

TEODORO TUSINO

NUNCA DIJO NO

Padre Aníbal María Di Francia

Segunda edición

Título original: *Non disse mai no. P. Annibale Maria Di Francia*,
Edizioni Paoline, Roma 1967.
Traducción: P. Matteo Sanavio RCJ

Se autoriza para imprimir:

P. Bruno Rampazzo RCJ,
Superior General de los Rogacionistas del Corazón de Jesús

© Rogacionistas del Corazón de Jesús.
Comisión para las traducciones.
Roma 30 de noviembre de 2020.



20201130

Secretaría de Estado de Su Santidad
n. 74158

Desde el Vaticano, 15 de junio de 1966

Reverendísimo Padre,

Me alegro comunicarle que el Augusto Pontífice acogió con agradecimiento el homenaje de su reciente libro con el título "*Nunca dijo no – Padre Aníbal María Di Francia*", que devotamente se Le ofreció por la Paternidad Vuestra Rev.ma.

Su Santidad me confía, por lo tanto, el venerado encargo de expresarle Su agradecimiento por este acto de filial obsequio, y de manifestarle Su complacencia por la publicación que ilustra la figura y la obra de un "apóstol de la oración por las vocaciones sacerdotales, y apóstol de caridad, especialmente por los huérfanos abandonados".

Deseando abundantes frutos de bien, el Santo Padre con el corazón le imparte la propiciatoria Bendición Apostólica.

Aprovecho del encargo para confirmarme con sentidos de religioso obsequio

De Vuestra Paternidad Rev.ma
Dev.mo en el Señor
+ ANGELO DELL'ACQUA
Substituto

Reverendissimo Padre
Teodoro Tusino RCJ
Via Tuscolana 167 - Roma

Roma, 13 luglio 1966

Reverendísimo Señor,

Me llegó el agradable homenaje, que Vuestra Señoría se complació de enviarme, de la biografía del Siervo de Dios Padre Aníbal María Di Francia.

Agradeciendo Vuestra Señoría Rev.ma por la atención que se me usó, deseo felicitarle con el Autor por la sencillez y la objetividad con que supo pincelar la vida, la obra y el Espíritu del Siervo de Dios.

Al lado de las anteriores biografías, algunas también de notable valor artístico-literario, la presente tiene el mérito de decirlo todo brevemente, y con segura intuición de las características de la espiritualidad del Di Francia.

Deseo con el corazón que la fatiga del Autor sea compensada por una larga difusión de su obra; esto será un medio no sólo para hacer conocer el Siervo de Dios, sino también para seguir su apostolado en favor de las sagradas vocaciones.

Acepte la expresión de mi particular obsequio y me crea

de Vuestra Señoría Rev.ma
dev.mo en el Señor

Reverendísimo Señor Padre Carmelo Drago
Superior General de los Padres Rogacionistas
Via Tuscolana 167 - Roma

Arzobispo de Trani, Nazareth y Barleta
Administrador perpetuo de Bisceglie

Trani, 5 de agosto de 1966

Rev.mo Padre,

Enviándome la vida del S. Fundador de los Padres Rogacionistas, escrita por el P. Tusino, Usted me hizo de veras un buen regalo. En las páginas del Padre Tusino aparece, vivo, dinámico, muy simpático, el Padre de los Huérfanos y el Apóstol de las Vocaciones. El libro del Padre Tusino se lee todo seguido por el estilo ágil y enérgico, pero más aún por el contenido muy interesante, que ofrece un testimonio muy bonito a la santidad del Padre Di Francia.

Expresando nuevamente mi agradecimiento por este volumen, hago votos que la causa de beatificación del Siervo de Dios pronto llegue a su feliz conclusión.

Acepte, Padre Rev.mo, mis distintos obsequios y me encomiende en el Señor

su dev.mo en Cristo
+ Reginaldo Addazzi

Reverendísimo Señor
Padre Carmelo Drago
Superior General de los Padres Rogacionistas

PREFACIO

Del Siervo de Dios Aníbal María Di Francia escribió la vida con objetividad de historiador y afecto de hijo, el Padre Francisco Vitale, su colaborador durante largos años e inmediato sucesor en el gobierno de los Rogacionistas. Aquel poderoso volumen (VITALE, *Il Can.co Annibale M. Di Francia nella vita e nelle opere*, p. VIII-768), lamentablemente, ya hace tiempo que no está en ventas.

Giorgio Papásogli y Lelio Taddei, escritores de altas esferas en hecho de hagiografías, nos dieron un trabajo muy cuidadoso (PAPASOGLI – TADDEI, *Annibale Maria Di Francia*, Marietti, 1958) al que nos referimos, para quien quisiera una vida bastante desarrollada del Siervo de Dios.

Señalado el trabajo (de D. GIUSEPPE PESCI, *Gli uomini non possono attendere*, Salani, Firenze 1958), presentado por el P. Lombardi: «Una biografía con amplio cuadro histórico», tanto que el autor «halló la manera de hacer un pequeño tratado sobre las vocaciones y sobre el medio para obtenerlas».

Quien deseara tener la vida del Di Francia en una reducción orgánica, puede leer el opúsculo del Capuchino P. Felice de Porretta (*Vita popolare del Can.co Annibale M. Di Francia*); pero es un trabajo que remonta ya unos veinte y cinco años atrás, y desde entonces muchos documentos salidos iluminaron mejor la figura y la obra del Di Francia.

Se pensó, pues, a un perfil biográfico, que pusiera en luz especialmente el espíritu del Siervo de Dios, con relación a su doble

misión: apóstol del Rogate, para la difusión de la oración por las vocaciones, y apóstol de la caridad, a servicio de los abandonados hijos del pueblo.

Se explica así el origen y la finalidad de este modesto trabajo.

Si conseguimos realizarlo, alabado sean el Señor y la Virgen Santa; si fallamos en la meta, se nos compadezca, formulando con nosotros el voto que plumas de bien otro valor se muevan pronto a darnos la obra perfecta.

Roma, 8 de diciembre de 1965 y clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II.

EL AUTOR

PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

Agotada en breve la primera edición de esta biografía, he aquí la segunda, ella también con 10.000 copias.

Sustancialmente, nada se mudó; las modificaciones y añadiduras fueron muy discretas

Quiera la Virgen Santísima seguir bendiciendo el modesto trabajo «que ilustra la figura y la obra de un apóstol de la caridad, especialmente para los huérfanos abandonados».

Roma, 15 de agosto de 1966, Asunción de María Santísima.

EL AUTOR

CAPÍTULO I

LA VIDA SEGLAR

1. El primer y el último encuentro

20 de agosto de 1911: en el tren, en la línea adriática hacia Brindisi. Éramos nueve chicos; el Padre Di Francia nos había venido a buscar en Bisceglie y nos llevaba a Oria en su Instituto de San Pascual.

Era el más pequeño de la compañía, y él luego se complacerá de recordar la ocasión de aquel viaje, era el recuerdo que le había dejado de mi viveza.

“Era tanto – y hacía la señal con la mano – era tan pequeñín, y durante todo el viaje reía, reía siempre”.

Ciertamente es un testimonio que no me honra; pero de muy

otra naturaleza es el recuerdo imborrable que me dejó todo aquel día, el primero, pasado en compañía del Padre.

Como el tren se movió, me pidió:

“Dime: ¿cuánto quieres a Jesús?”.

Me hallé desplazado y tartamudeé: “¡Lo quiero todo lo que puedo!”. Y él insistiendo: “Pero, ¿cuánto quieres amarlo?”. No recuerdo lo que contesté; recuerdo, en cambio que, después de haber dirigido a todos la misma pregunta, él sugirió esta respuesta: “Yo quiero amar a Jesús con el amor con que lo aman todos los Ángeles y todos los Santos del cielo y todos los justos de la tierra, con el amor con que lo ama la Santísima Virgen María y, finalmente, ¡con el amor con que lo ama su mismo Divino Padre!”. Y explicaba: “Está claro, ¡no es posible llegar a tanto! Pero, ¿qué importa? A Jesús le gustan los santos deseos, de ellos se complace y acrecienta en el alma las llamas de su amor.

Un discurso de este tipo era para mí totalmente nuevo; ni menos nuevo el hecho que el viaje era ampliamente adornado por oraciones y rosarios. Acercándonos a los diversos pueblos, el Siervo de Dios se asomaba a la ventanilla buscando con la mirada la Iglesia y decía: “Mira, allí está Jesús: saludémoslo; en estas horas estará igual solo, abandonado...”. Recuerdo, sin embargo, muy bien que no me aburría, mientras él sabía distraernos con discursos santos: nos contó, por ejemplo, la vida de San Barsanofio Abad, protector de Oria, nos habló del instituto de San Pascual, etc.

De repente lo interrumpí bruscamente: “¡Padre, tengo sed! Los trenes en aquel tiempo no ofrecían las innumerables comodidades de hoy, y el acueducto de las Apulias aún tenía que venir, y un vaso de agua se compraba en los lugares públicos. El Padre, por

lo tanto, me sonrió y dijo: “Ahora Jesús bebe en tu corazón; en Bríndisi Jesús te dará para beber a ti”.

Lenguaje nuevo, también; y yo miraba con los ojos abiertos de par en par, casi para decir: ¡pero, mientras tanto, no hay agua! Y el Padre amorosamente; “¿No lo crees? Ten cuidado: ofrece esta sed a Jesús: ¡es como si se le hubieses ofrecido agua, cuando Él la pedía en la Cruz!

El discurso corría maravillosamente, y de todo el complejo de cosas vistas y admiradas en el viaje, en mi pequeña cabeza inquieta iba formándose un pensamiento: “¡Este Padre es un santo de verdad!”.

Y el pensamiento se fue madurando luego en firme convicción, en los dieciséis años que permanecí en su escuela.

30 de mayo de 1927, ante vigilia de su muerte.

El Padre se hallaba hacía unos veinte días en la Guardia, barrio periférico de Mesina, donde se esperaba en la recuperación de su salud ya agotada.

Aquella mañana le llevé la Comunión muy pronto y, después de la Santa Misa me fui a despedir de él para volver a la ciudad. Lo hallé sentado en su viejo sillón de mimbre verde.

“¿Qué tal se encuentra, Padre?”.

“¡Como un árbol caído!”, me contestó con acento de la voz y un relámpago en los ojos, en que, aunque en la plenitud del abandono a la divina voluntad, revivía la nostalgia de los tiempos pasados, cuando el árbol vigoroso desafiaba los vientos y las tempestades. Y siguió: “Dejemos que Dios actúe: ¡Dios sabe lo que hace! Te bendigo”. Y levantó la mano paternal sobre mi cabeza.

Fue aquello para mí su última enseñanza y su última bendición: enseñanza y bendición que me permanecen imprimidos profundamente en el alma, me acompañan en las alternas vicisitudes de la vida, hasta el día en que el Señor por su infinita misericordia querrá abrirme las puertas de la eternidad bienaventurada.

Y me ayude aquella bendición a redactar estas breves memorias.

2. En el colegio San Nicolau

El P. Aníbal María Di Francia fue apóstol de la oración por las vocaciones sacerdotales, apóstol de caridad especialmente para los huérfanos abandonados, y apóstol de la devoción a S. Antonio de Padua.

Nació en Mesina el 5 de julio de 1851, sábado, por el Cab. Francisco, Marqués de S. Catalina, creado por Pío IX Vicecónsul Pontificio y Capitán honorario de la Marina, y por la dama Ana Toscano de los Marqueses de Montanaro por parte de madre.

Huérfano con dos años, pasó una infancia solitaria y triste, porque la mamá, comprometida en la administración del patrimonio familiar que iba derritiéndose, no pudo cuidarse inmediatamente de él, y lo confió a una tía anciana, que vivía sola, en un ambiente cerrado, hecho para mortificar la vivez de un niño. De este tormento suyo físico y moral se sirvió la Providencia, para infundirle en la joven alma los gérmenes de aquella incomparable ternura para con los pequeños y derelictos, que caracterizan su vida.

Con siete años, fue metido por la madre en el colegio S. Nicolau

de los Gentiluomini, regentado por los Cistercienses, donde, abriendo la mente a los primeros elementos de la sabiduría, calentaba el corazón en el fuego de la piedad: él recordará siempre con gratitud el buen P. Foti, que cada noche lo llevaba delante de una imagen de la Virgen para rezar con él el estelar de la Inmaculada Concepción, y con sus discursos y ejemplos le desarrollaba en el alma llamas de amor hacia la Ss.ma Virgen.¹

La caridad parecía nacida con él. Su madre solía decir que, desde niño, era grande la solicitud del Siervo de Dios para con los pobres, a los que daba todo lo que en la casa podía recoger en objetos o alimentos para ellos.

¹ En la vida edificante del hermano del siervo de Dios, Francisco, (FELICI, *Il padre delle orfane, Mons. Francesco M. Di Francia e il suo Istituto*, Roma Nova Lux), Icilio Felici junta Francisco y Aníbal en la morada con la tía *rara y misántropa* y luego en el Colegio de ellos Cistercienses. Esto no nos resulta; más bien tenemos argumentos que dirían lo contrario. Hablando de sus miedos infantiles al lado de la tía, Aníbal, que recordaba con admirable lucidez personas y cosas de aquel tiempo, nunca mencionó a su hermano. Estamos de acuerdo con Felici que la Señora Toscano no podía, por la necesaria defensa del patrimonio familiar, dar vueltas por los estudios de los abogados y las aulas de los tribunales, llevándose en brazo el pequeño Francisco. Pero entre sus familiares no se contaba sólo con la melancólica tía. Escribe a razón Vitale: que la Señora Toscano «pensó de confiar a los familiares los más pequeños de los hijos». Creemos que Francisco, más afortunado que Aníbal, no padeció las extravagancias de la vieja histérica; que, además, se fue muy pronto con el cólera de 1854.

Sobre la permanencia del Siervo de Dios en el Colegio, para la precisión histórica se tienen que distinguir dos períodos. El primero se cierra con la entrada de Garibaldi en Mesina, el 24 de julio de 1860, cuando la Señora Toscano reparó con los hijos con sus familiares en Nápoles. Reprimida la revolución, el Siervo de Dios volvió a S. Nicolau, donde permaneció hasta la supresión de 1866. En este período tuvo como compañero de colegio el hermano menor Francisco.

3. *El abrazo del pobrecillo*

Nos es señalado una anécdota que se refiere a estos años de colegio.

Un pobre había sido admitido en el comedor de los alumnos. Mientras consumía en un rincón lo que se le había ofrecido, he aquí que es indicado a las impertinencias de aquella multitud inconsciente, que, empezando por los educadores, en un principio con bromas y motes, y luego con el tirar de pieles, torsos y restos de la mesa, lo obligaron a retirarse mortificado. Ante este espectáculo, el pequeño Aníbal no aguantó: recogió en una canastilla algo de pan, queso y fruta y fue a ofrecérselo al pobrecillo que se alejaba. El buen viejo lo abrazó y lo besó con las lágrimas en los ojos.

Después de la revolución de 1860, la mamá dejó Mesina, reparando en Nápoles con unos familiares, con el jovencito que vestía la blanca veste cisterciense.

“¡Que pueda beber en el cáliz!”, o sea que puedas ser un sacerdote, le dijo sonriendo la portera; y el Siervo de Dios se complacía en recordar hasta los últimos tiempos como el Señor había realizado el augurio de la buena plebeya.

4. *En la escuela de Bisazza*

Con quince años salió del colegio, definitivamente cerrado por las leyes subversivas, y siguió sus estudios con mucho provecho bajo la guía del insigne poeta mesinés Feliz Bisazza.

Él había nacido poeta. Después hablaremos también de su vena y de su actividad poética. Ciertamente, si hubiese habido tiempo

y modo de cultivar las disposiciones naturales, el Siervo de Dios habría recogido en el campo de la poesía muchos lauros. Prefirió, en cambio, cogerlos en el campo de la caridad: ¿y acaso no es poesía, altísima poesía, la caridad?

5. *El apostolado de la prensa*

Un tío suyo dirigía *La Parola Cattolica*, valiente semanal que encaraba sin miedos las batallas de la fe y de la defensa del Papado, tanto que mereció muchos secuestros y un año de suspensión, de junio de 1866 a junio de 1867, por su firme afirmación de la causa católica.

El Siervo de Dios empezó allí su apostolado de la prensa, que fue siempre para él una pasión. Nos limitamos a señalar sus primeras dos colaboraciones, una en versos y la otra en prosa.

El 2 de junio de 1868 publica una oda sáfica *Para María Virgen*.

*Sobre tu trono de estrellas yo también te canto Amargado,
en el abril de los años, que con un dolor valiente y santo
¡bebí los dolores!*

...

*¡Adiós, sueños vírgenes!
Adiós, beatas ilusiones del alma, exclamé,
que en el fervor de una primera edad
¡ebrio soñé!*

Se siente el alma rica de piedad y fervor, pero se trata siempre de un joven con sus ansias y problemas.

El poeta sigue destacando la tristeza de los tiempos, la violencia de la lucha entre el bien y el mal, que divide Italia, y anuncia la salvación, que vendrá de la Virgen. Pero, ¿cómo triunfará la Virgen?

El poeta, repetimos, es joven, y los jóvenes – también los sanos y... ¡los futuros auspiciados santos! – se sabe, todos son, los que más, los que menos, de la ardiente familia de los *Boanerges* (cf. Mc 3, 17), *hijos del trueno*, que, como Santiago y Juan, pedían fuego desde el cielo. Y concluye, pues:

*Mujer y Reina de la eterna sede,
¡Fulmina los impíos de tu cielo soberano!*

En este punto me parece ver la Santa Virgen inclinarse sobre el ardiente jovencito, para hacerle sentir en el oído, adaptándolas a Sí misma, las palabras de su Hijo Divino: «Tú no sabes de qué espíritu eres: mi misión no es la de perder lo hombres, sino de salvarlos». El joven entendió esta llamada y en el periódico que conservó consigo, corrigió con su mano:

¡Convierte los impíos de tu cielo soberano!

6. «*Justicia para la inocencia*»

Su primer artículo, el 26 de noviembre del mismo 1868, tiene como título: *Justicia para la inocencia*. Es sintomático que el futuro apóstol del *Rogate* se nos revele en este primero escrito suyo dado a la prensa como defensor de los sacerdotes. Se trata, en efecto, de la defensa de dos sacerdotes, el director y un

colaborador de *La Abeja Iblea*, periódico católico de Palermo, arrestados y abandonados en la prisión, sin justa motivación, y esto por el espíritu sectario que dominaba el ambiente:

«Culpables sólo por haber defendido los principios del catolicismo en una ciudad libre. No podemos aguantarnos sin denunciar a la Europa civil un hecho que basta para hacer conocer la inmoralidad y el arbitrio de nuestros gobernadores». Y concluye: «Pero, ¿Qué es lo que se quiere hacer? ¿Hacernos callar con parecidos actos de arbitrio? Oh, ¡esto es un error garrafal! El amor de la patria y de la religión, con la ayuda de Dios, nos mantendrá firmes y constantes en la batalla. Sí, lo decimos con la frente alta y segura: usaremos los derechos que la ley nos concede para desvelar siempre vuestras tramas, oh bajos enemigos de la fe católica; seguiremos siempre desengañando los ilusos, a llamarlos a la religión, a hacerlos obedientes a la voz del Sumo Pontífice. Esta es nuestra misión, que quisiéramos ejercer también con vosotros. Pero desafortunadamente el espíritu del mal se mueve en vuestras venas, os domina el corazón y el intelecto, ni os hace ver vuestro daño. Vosotros tenéis miedo a la luz: el que teme la luz es digno de las tinieblas, ¡y así que quede sepultado en ellas!».

A parte el énfasis retórico, a parte la conclusión, que revela aún el *hijo del trueno*, no se puede no admirar el celo, la franqueza, el valor de este joven de diecisiete años sosteniendo las propias ideas en defensa de la religión.

En 1869 publicó también un carme en honor de Pío IX, que el 11 de abril celebraba sus bodas de oro sacerdotales.

7. *Una bofetada bien puesta*

Pero el apostolado del joven Di Francia, en la ocurrencia no se limitaba en la pluma.

Una vez, saliendo de la catedral, con el vestido de gala y su bonito sombrero de copa en la cabeza, notó que en la plaza un charlatán que había reunido un grupo de gente y clamaba contra el Papa. Sin pensarlo dos veces, el marquesito Di Francia rompió el círculo, encaró el impostor y lo redujo en seguida al silencio con una bofetada solemne, que obtuvo el aplauso de todos.

CAPÍTULO II

EL CLERICATO

1. La Vocación

Regresado a la familia del Colegio, el Siervo de Dios sentía en el corazón un fuerte impulso a la piedad y a la unión con Dios y, con diecisiete años, obtuvo por el confesor, poder hacer la Comunión diaria, que en aquellos tiempos representaba un verdadero privilegio. Esta hace suponer un sensible progreso del joven en la vida espiritual. Él, sin embargo, aún no sentía ningún indicio de llamada al estado eclesiástico; creyó, más bien, por algún momento de ser destinado a formarse una familia. A los dieciocho años, con los frémits de la insurgente personalidad siente una mayor necesidad de reflexión y de clausura en sí mismo, casi para ponerse en la escucha de la voz de Dios y ritmar con aquella los latidos de su corazón. En septiembre de 1869, en la oda *Soledad*

canta:

*Cuando de amor la angelical Celeste poesía
Me encenderá en el alma, grande un deseo de amar
Estrecho a las santas imágenes de Cristo y María
¡No cesaré de llorar, No cesaré de amar!*

Confidencialmente me dijo un día: “Mi vocación tuvo tres calidades: 1) Fue, antes de todo, *repentina*: por cuanto yo amara la vida devota, en aquellos tiempos de masonería y liberalismo imperantes, tampoco pensaba en la carrera eclesiástica: de repente el Señor me envió su luz. 2) Fue *irresistible*: sentía que no podía sustraerme a la acción de la gracia: tenía que ceder absolutamente. 3) Fue *segurísima*: después de aquella luz, yo fui absolutamente cierto que Dios me llamaba, no podía más mínimamente dudar que el Señor me quería por aquel camino”.

¿Fue entonces que pensó de hacerse jesuita? Podría ser, porque en *La Parola Cattolica* del 3 de octubre de 1869 publica la recensión de la vida de *Juan Berchmans*, beatificado por Pío IX en 1865, y se complace que este libro «puede mucho sobre el corazón de los jóvenes, y podrá servir para dejarles una beata simpatía para las instituciones religiosas, en que germinan estos purísimos lirios del Señor, y especialmente para el Orden glorioso de S. Ignacio, que, siempre contrarrestado por los impíos, no cesa, sin embargo, de distinguirse entre todos por doctrina y santidad».

De todos modos, o entonces o bien después, hubo una aspiración a la Compañía, que, sin embargo, no fue autorizada por el confesor, que lo dirigió hacia el sacerdocio diocesano.

2. «Oh, ¡si hubiese aún santos!»

La mañana del 8 de diciembre de 1869 – en aquel día en Roma se abría el *Concilio Vaticano I* – después de una noche pasada en oración, visitó el hábito talar, junto con el hermano Francisco, en el templo de la Inmaculada, en los pies de la Virgen Santísima, desafiando las oposiciones y contrastes de los familiares, especialmente de la mamá, que no los recibió en casa si no tras imposición del propio confesor.

En su autoelogio fúnebre, hablando en tercera persona, hace esta mención a su vocación: «Con diecisiete años se sintió llamado en un modo más bien extraordinario, o mejor no totalmente ordinario, al sacerdocio»; y lo explica: «Se acercó a ello con un cierto amor a la devoción y con un deseo de ser todo de Jesús y de conquistarle almas».

En un discurso tenido en Nápoles en 1922, se nos abre un resquicio de donde podemos contemplar su alma, hablando de su visita a la Sierva de Dios Sor María Luisa de Jesús: «Estaba en la flor de mis años, no aún sacerdote, pero sólo vestido con el sagrado hábito; y me deleitaba y me emborrachaba alguna vez leyendo la vida de los santos y, aún nuevo en la experiencia religiosa, me imaginaba que había santos o santas en un tiempo, pero que luego fueran cesados, como ciertos héroes legendarios, que ya no se reproducen. Y entre mí decía: “Oh, ¡si hubiese aún santos! ¡Cómo quisiera conocerlos y amarlos, y obtener a través de ellos toda gracia por Dios!”. Con el alma vibrante por el ardor juvenil, representaba la santidad objetivamente en las incomprendidas regiones del más trascendental misticismo, en aquella comunicación íntima de un alma escogida, que no vive más la vida de los sentidos, sino que transformó toda en dios, y de

ello reproduce en sí los esplendores divinos, como un espejo lindísimo puesto bajo los rayos del sol: un ser que vive por una vida sobrenatural, no común a todos los hombres y, como confiando en la Infinita Bondad, de allí puede llevar a la tierra gracias y bendiciones sin fin.

«Tales en verdad fueron los grandes héroes y las grandes heroínas del cristianismo, que la S. Iglesia eleva a los honores de los altares.

«Así preocupado, me fui a un venerando Padre franciscano – el *P. Pedro de Porto Salvo* – en un convento de Mesina y le propuse mi duda: o sea si hubiese aún en la tierra seres sobrehumanos como en los pasados siglos. Pero aquel, que era un hombre de Dios, me dijo que nunca faltan en la tierra almas de perfecta santidad; que N. S. Jesucristo no deja nunca falta su mística esposa, que es la Iglesia. Supe así por él acerca de la Sierva de Dios Sor M. Luisa de Jesús, que gozaba en Nápoles y fuera de la ciudad fama de gran santidad»; y pensó en seguida ir a Nápoles: «Allí llegué el 26 de julio de 1870. Palpitaba por la sagrada emoción, ante la grata del Monasterio de Estrella matutina, en presencia de la humilde Sierva del Señor, que, dotada como era por el Espíritu del Señor, adelantó mi porvenir con lo que su Esposo Celestial le inspiraba».

3. *Apostolado de la palabra*

Con la inscripción en la milicia eclesiástica, estalló en el corazón del joven seminarista la sed de las almas, y él pasaba el tiempo que le sobraba del estudio en obras de apostolado.

Se dedicó preferentemente en la enseñanza del catecismo a los

niños y en la predicación, por la cual demostraba especiales actitudes, afinadas ya en el colegio con el ejercicio de la declamación.

Su clericato es memorable sobre todo por una inmensa actividad oratoria en Mesina y alrededores. Un clérigo que haga el predicador hoy no se podría concebir, al menos con aquella intensidad con la que predicaba el Di Francia; pero entonces los tiempos llevaban así. Nos limitamos a recordar aquí la predicación del sábado sobre la Virgen, durante varios años, y la del mes de mayo de 1876 en la iglesia parroquial de S. Lorenzo cuando introdujo en Mesina la devoción a la Virgen de Lourdes y, en el siguiente julio, la novena de la Preciosísima Sangre en S. Lucas.

Se le invitaba, con autorización de los dos Ordinarios, para la novena a S. Verónica Giuliani en Ciudad de Castillo (Perugia), a la que, sin embargo, tuvo que renunciar por una enfermedad.

4. *Colaboración en la PAROLA CATTOLICA*

Mientras tanto sigue su colaboración en *La Parola Cattolica*.

La Iglesia y el Concilio Ecuménico de 1870: un pequeño poema en versos libres, que se extendió durante diversos números; entretejió la historia de los Concilios y cantó las glorias de la Iglesia.

Dolores y triunfos es un carme para el 25º aniversario de la coronación de Pío IX en junio de 1871. *23 de agosto de 1871* celebra el día en que Pío IX cumple los días de pontificado de S. Pedro. Hallándose en Roma el Siervo de Dios el 20 de septiembre de 1871, escribe sus *Reminiscencias de la ciudad de Roma*.

Se intuye, obviamente, como en todos estos versos el autor no

puede que deplorar la violencia hecha a la Iglesia y al Papa con la brecha de Porta Pía.²

En 1878 leemos una protesta suya a *la Gaceta de Mesina*.

Con ocasión de la muerte de Victorio Emanuel II, aquel periódico había recogido una fantástica correspondencia de Roma, verdadera o falsa, en que Pío IX fue tomado por

² Publicando nuevamente estos versos en *Fe y Poesía*, cincuenta años después, el Siervo de Dios los hace seguir por esta nota: «Estos versos fueron escritos por el autor después de la entrada de las tropas italianas en Roma, cuando el alma de todos los católicos y verdaderos amantes del Sumo Pontífice se sintió herida en el ataque al Vicario de Jesucristo, no sabiendo qué acontecería.

«Los tiempos luego demostraron como el Omnipotente, que todo sabe girar para su gloria, hizo salir admirablemente su divina permisión para la exaltación del Sumo Pontífice Romano, ya que los mismos enemigos de la Santa Sede, en muchos años que Roma es agregada a Italia, fueron obligados a contemplar de cerca lo que quiere decir gloria del Papado y la inquebrantable estabilidad de esta divina institución, contra la cual las portas del Infierno, o sea todas las adversas potencias infernales o humanas, no pueden prevalecer, y jamás prevalecerán, según la promesa inefable de N. S. Jesucristo: *Non prævalebunt!*, confirmada durante veinte siglos.

«Oh, cómo en medio del torbellino de las pasiones, en el choque de los partidos, en la agitación de los pueblos, la divina figura del Vicario de Jesucristo, en más de cincuenta años de la toma de Roma, ¡permaneció noble, sublime, pacificadora, generosa y santa, verdadera imagen del Cristo Redentor y Dios!

«La conciencia italiana permaneció encantada ante los pies de la Roca inquebrantable del Vaticano, ante los triunfos de un Anciano sin armas, ¡que todo el mundo admira asombrado! Por este camino, ¡cuántos que no conocían el Papado sino a través las burlas y calumnias de las malas prensas, se desengañaron, y acabaron admirando y amando también ellos lo que ya ven y tocan con su mano!». En 1921, cuando el Siervo de Dios escribía esta nota, aún estábamos lejos de la Conciliación, y la cuestión romana permanecía actual y caliente, y por eso concluye:

«En cuanto a la así llamada *cuestión romana*, que siempre está viva, el autor, aunque deseando nuestra querida patria Italia grande, magnánima y poderosa, como privilegiada por Dios entre todas las naciones, sin embargo, se somete sin ninguna restricción a la mente del Vicario de Jesucristo y de todos sus Sucesores».

remordimiento por cómo había tratado el rey: «se vuelve terrible en el aspecto, y chilla contra los Cardenales que lo rodean y los amenaza y grita: *¡Ay de vosotros, si con vuestra boca venenosa contamináis la sagrada y pura figura del santo entre los Santos de Saboya!*».

El Siervo de Dios responde en su tono; pero aquí nos limitamos a referir la conclusión del largo artículo; es una cálida amonestación a los escritores del periódico: «¡Ay! Creedlo, en los extremos momentos de la vida no confortarán ni los artículos escritos contra la Iglesia ni los homenajes hechos a los enemigos de Jesucristo, ni los insultos lanzados contra el Papa y los curas, sino más bien la memoria de haber sido firmes en la verdadera fe en que se nació, de haber servido constantemente a Jesucristo, de haber sacrificado el orgullo, haber vencido las pasiones, haber defendido la verdad y la alegría de morir en el regazo de la Iglesia Católica. ¡Quiera Dios que cada uno sepa aprovechar estas grandes verdades!» (*La Parola Cattolica*, 23 de enero de 1878).

Como vemos, ¡se aplacan los furores del *hijo del trueno!*

5. «*¡Rogad el Dueño de la mies!*»

En la hoja del 13 de marzo de 1875 hallo una *Invitación de oraciones*, sin firma, pero creo que sea del Siervo de Dios; y sería la primera vez que él recuerda en la prensa el divino mandato.

Después de la muerte de Mons. Luis Natoli, Mesina está en la espera del nuevo Arzobispo. *La Parola Cattolica* invita la ciudadanía a la oración, y nosotros podemos pensar que el redactor sea nuestro Siervo de Dios: «No podríamos elevar a Dios súplica más grande que esta, ya que Él mismo lo dejó dicho: “Mirad estos

campos cubiertos por la mies ya en su sazón: rogad, pues, el dueño de la mies, que mande trabajadores para recogerla”. Si nosotros usamos apresurarnos con oraciones públicas, para que el Señor envíe la lluvia a nuestros campos, tanto más tenemos que rezar fervorosamente a Dios para que bendiga las viñas de nuestras almas, a través los cuidados de un Pastor sabio, lleno de sabiduría divina. ¡Oh, sí! Pidamos con todo el corazón a la Virgen de la Sagrada Carta nuestra protectora un Arzobispo santo y culto, un hombre de sentido, de prudencia y fortaleza, y que sea a Ella muy devoto... ¡oh, sí, recemos! ¡La oración humilde, confiada y perseverante es omnipotente ante el corazón de Dios, infinito en su misericordia! Cuanto más lo rezaremos, tanto más abundantes veremos los frutos de nuestra oración». Y recuerda los grandes Obispos de la Iglesia en todo tiempo: S. Ignacio, S. Basilio, S. Carlos Borromeo, S. Francisco de Sales, S. Alfonso de Liguori...

6. *¡Sacerdote!*

Durante el clericato, el Siervo de Dios consiguió el título de maestro elemental, el 26 de enero de 1876, también para dar una ayuda a la mamá y no ser un peso para sus familiares.

¿Y los estudios del Siervo de Dios preparatorios al sacerdocio?

En aquel tiempo no había Seminario en Mesina, cerrado por los motines políticos. Los seminaristas frecuentaban la escuela de unos maestros: el prof. Catara-Lettieri para la filosofía, el Can.go Ardoino para la moral, para el dogma el Can.go Filócamo, y Mons. Basile para el derecho canónico. Era esta, efectivamente, la condición en que entonces se hallaban la mayoría de los Seminarios de Italia. La seriedad, mejor, la totalidad de los estudios, no se

alcanzaba; y el Siervo de Dios toma de esto ocasión para humillarse. Escribe, en efecto, en su autoelogio:

«Muy débil en los estudios teológicos: a rigor de justicia no hubiera podido ordenarse sacerdote».

Ciertamente no fue él un hombre de escritorio: Dios lo destinaba a la acción; pero en hecho de estudios sagrados tenía su competencia, como también se puede sacar de sus escritos.

El 16 de marzo de 1878, sábado de las Témperas de cuaresma, el nuevo Arzobispo de Mesina, Mons. José Guarino, lo consagraba sacerdote en la iglesia del Espíritu Santo.³

Ya destacamos que desde clérigo el Siervo de Dios había empezado la predicación semanal cada sábado en la iglesia parroquial de S. Lorenzo. También en aquel sábado de su ordenación sacerdotal quiso ser fiel a su compromiso y pasó la tarde, recogido en su habitación a preparar el discurso de la noche. Lo dedicó a S. José, cuya fiesta caía el martes siguiente, queriendo así agradecer el gran Santo por el sacerdocio conseguido.

³ De Mons. Natoli había recibido: Tonsura, Ostiariado y Lectorado el 15 de septiembre de 1872 en la Capilla del Palacio Arzobispal; el 20 de marzo de 1873, Exorcistado y Acolitado en la Catedral. Por Mons. Guarino: Subdiaconado el 10 de junio de 1876 en la Iglesia del Monasterio de S. Teresa; Diaconado el 26 de mayo de 1877 en la Iglesia de Montevergine.

CAPÍTULO III

EN EL BARRIO AVIÑÓN

1. *¡Las Gardenias de Cumía!*

Entraba un día en Mesina un tal Lorenzo, florero, con una canasta de gardenias, las blancas, perfumadas gardenias de Cumía.

De repente la canasta se le escapa de la mano y las cándidas flores caen en un charco.

“¡Hágase la voluntad de Dios!”, exclama resignado el pobre hombre, que así ve perdido el pan del día.

“Sí, hijo bendito, es correcto: ¡hágase siempre la adorable voluntad de Dios! Añadió en seguida el Can.go Di Francia, que iba unos pasos detrás de aquel pobrecillo, había visto la escena y oído las palabras. Siguió:

“Mientras tanto, ves: es cosa de nada; quédate parado, mantén la canasta”.

El Sacerdote piadoso se inclinó, recogió en el charco aquellas flores una por una, ¡y las repuso en la canasta cándidos, intactos como antes!

“¡Milagro!”, exclamó lleno de asombro el pobrecillo. Pero el P. Di Francia alargó el paso y siguió por su camino.

Dios suscitó al P. Di Francia para esta misión; levantar las almas del charco del camino y hacer resplandecer en ellas la belleza en la luz de la verdad y de la gracia.

2. *El encuentro con Zancone*

Aún era diácono, cuando el Señor dispuso un encuentro que tenía que cambiar su porvenir.

Se halló un día con un joven ciego, tal Francisco Zancone, que le pidió una limosna.

“¿Adónde moras?”, le pidió el diácono.

“En las Casas Aviñón”.

“¿Y dónde son las Casas Aviñón?”.

“Hacia la Zaera”.

“¿Conoces las cosas de Dios?”.

“¿Y quién hay para enseñármelas?”.

“Vendré a verte; toma”, y le hizo deslizar en la mano una limosna.

3. *La «tierra maldita»*

En el carnaval de 1878 el Di Francia consiguió hallar las *Casas Aviñón*, así llamadas por el nombre del propietario; un barrio periférico de la ciudad, que recogía unos tugurios, con un centenar de inquilinos, en promiscuidad deplorable, entre miserias y

suciedad y, por eso, entre barullo, ignorancia, desorden material y moral más degradante. Aquel lugar fue definido justamente *trozo de tierra maldita, habitada por una manada de bestias*.

El Siervo de Dios cayó en seguida en la cuenta «que no había lugar mejor donde ejercer un poco la caridad por puro amor de Nuestro Señor Jesucristo Sumo bien, que tanto ama los pobrecillos y los quiere salvos».

Delante de la figura delgada y demacrada del joven cura, que se presentaba nada más y nada menos con la pretensión de reformador, los jefazos de aquel gueto se creyeron con el deber de tomar posición y le intimaron abiertamente que se retirara:

“¡Para convertir esta clase de gente, hace falta dos capuchinos con tanto de barba!”, y acompañaban las palabras con un gesto significativo: “No es algo para usted, podéis marchar de aquí”.

En cambio, él no se marchó, sino que se sumergió hasta el cuello en aquella podredumbre... Empezamos destacando que una de las luchas más enérgicas que tuvo que sostener fue contra los parásitos, que abundaban entre la suciedad de aquellos lugares e infestaban horrendamente aquella muchedumbre de harapientos «hasta a hacer morir algunos, escribe el Siervo de Dios, lentamente devorados». A pesar de las medidas higiénicas puestas en la obra, no se conseguía acabar con ellos. Finalmente, se liberó de ellos con los medios de la fe, a la que siempre recurría: una fervorosa novena a San José Bendito Labre, que hallaba en estos molestos animalitos su cilicio. El Santo intervino porque nuestro Siervo de Dios no tenía la singular extraña vocación del insigne Peregrino francés...

El trabajo del Siervo de Dios empezó poco a poco a dar sus frutos.

A costas de sacrificios sin número el barrio Aviñón mudó la

cara: fue redimido moral y materialmente; y en aquel tristemente célebre lugar el Padre – así el Di Francia empezó a ser llamado desde aquel entonces – hizo el centro de sus obras de caridad y celo, que tenían de allí difundirse ampliamente en Italia y fuera, principalmente en favor de los huérfanos abandonados.

4. *Mano a la obra*

Pero recordemos aquellos primeros tiempos e intentemos seguir al Siervo de Dios en sus primeras experiencias apostólicas entre aquella muchedumbre.

Se puso, pues, a trabajar en aquel círculo verdaderamente infernal de Aviñón. Trabajo inmenso, que nos da desde ahora la medida de la virtud de joven sacerdote. Hacía falta elevar, antes, aquella *manada de bestias* al honor de *hombres* y, luego, a la dignidad de *crístianos*. Lo sabía bien que hacía falta empezar desde el cuerpo para llegar al alma haciendo tesoro de la recomendación del Venerable Ludovico de Casoria: «Cuando recogeréis un pobre y lo limpiaréis y vestiréis desde la cabeza hasta los pies, y lo socorreréis al menos un mes, luego podréis empezar hablándole de confesión».

Y así se dedicó a limpiar, socorrer con vestidos, camas, comida, dinero. Empezó a comprar – ¡lamentablemente a peso de oro! – aquellas barracas para tener un punto de apoyo y un lugar de reunión.

Pero solo no era posible ir adelante. Unos sacerdotes se unieron a él, primero entre todos fue el Can. Ciccolo, singularmente dotado por habilidades organizativas; pero sólo para llamar la atención de la ciudad sobre las condiciones miserables del barrio y

atraer unas limosnas. El 19 de marzo de 1881 fue preparada por todos aquellos pobres una comida servida por las damas de la aristocracia de Mesina. Aquella misma mañana fue celebrada en aquellos lugares por primera vez la S. Misa en una de aquellas casuchas transformada en capilla. El año siguiente, el 19 de marzo de 1882, se renovó la comida para todos los niños del barrio. En octubre del mismo año, nueva comida ofrecida por el P. Ángel Colantoni, de los Frailes Menores, que así quiso celebrar el centenario de S. Francisco. El banquete fue honrado por la presencia del Arzobispo José Guarino, que bendijo la mesa servida por jóvenes del Círculo Católico.

En realidad, la ayuda que venía al Siervo de Dios de sus esporádicos colaboradores se limitaba en la organización de estos banquetes de caridad y de una modesta feria de beneficencia; así que él permanecía sólo en la brecha luchando con la infinidad de miserias materiales y morales, que formaban la poco envidiable herencia de un nombre altisonante: Marqueses Aviñón.

Claramente, no se podía pretender, por todos, el heroísmo. Recordamos que el Can. Ciccolo, cuando puso pie por primera vez en Aviñón, salió pálido, asustado; y, naturalmente, a pesar de su cooperación como dicho arriba, no se sentía el ánimo de comprometerse imitando el Siervo de Dios.

5. Las relaciones con el P. Cusmano

Los testimonios directos sobre los orígenes de la Obra y su vida difícil de los primeros años se perdieron en el tiempo; pero un pequeño grupo de letras enviadas al Siervo de Dios Santiago

Cusmano⁴ nos pone delante, con plástica evidencia, el ambiente de trabajo y las dificultades humanamente insuperables, entre las que nuestro Siervo de Dios echó las bases de su Obra.

«¡Dios mío, qué horrores! – escribía este en agosto de '84 a dicho P. Cusmano – ¡a la miseria se tiene que añadir la desmoralización y el tormento asustador de la inocencia y de la virginidad! Solo, solo, entregado a la Divina Providencia, falto de medios, porque yo también soy pobre, intenté elevar esta pobre muchedumbre, reformando aquellos lugares sucios y salvando la inocencia y la virginidad en peligro».

En otra carta del mismo mes le encomienda cálidamente: «Sobre todo la S. V. ruegue al Sumo Dios y a su Madre SS. y a S. José, ¡para que se dignen hacer florecer las santas virtudes en aquel lugar, que hasta ahora fue el lugar de horrores y abandono!».

6. *Los primeros asilos*

Sin olvidar los adultos, a los que, con el bien de la instrucción moral y religiosa, no hacía faltar el pan material, el Siervo de Dios se dedicó principalmente a cuidar los pequeños: escuela de noche para los niños, asilo para las niñas de los cinco a los ocho años, que la noche volvían a la familia; y luego el comienzo del orfelinato femenino, el 8 de septiembre de 1882, llamado *Pequeño Refugio del Corazón de Jesús* y, seguidamente, *Refugio de María Inmaculada*. El año siguiente, 4 de noviembre de 1883, nació el orfelinato masculino.

⁴ El P. Cusmano (1834-1888) fue fundador en Palermo de la Obra del *Bocado del Pobre* de las hermanas *Siervas de los Pobres* y de los misioneros *Siervos de los Pobres*.

Los chicos se introducían en las artes y en los trabajos: con una vieja máquina regalada por el Cab. Crupi, se empezó una tipografía; funcionaba una zapatería en regla y, escribía el Padre, «se esperaba implantar cuanto antes otras artes útiles». Las niñas aprendían los trabajos de mujer.

Se añadía una pequeña comunidad de viejas y lisiadas: en todo un centenar de personas.

7. *Entre espinos y tribulaciones, el Rogate*

De la anunciada correspondencia con el P. Cusmano podemos sacar otras noticias para completar el cuadro de la Obra en aquellos primeros años.

«Con la ayuda del Señor conseguí fabricar una capilla al Sagrado Corazón de Jesús... en la pequeña fachada está escrito *Rogate Dominum messis* (Lc 10, 2). Este espíritu de oración para este soberano interés del Sagrado Corazón de Jesús, o sea la gracia de tener buenos trabajadores para la S. Iglesia, me esfuerzo de convertirlo en espíritu y vida de esta Obra». Y miraba desde aquel entonces con ternura aquellos hijos que demostraban un germen de vocación sacerdotal:

«Yo sueño con la idea de cultivar las santas vocaciones al sacerdocio, si se presentaran, como espero en Jesús». «Las niñas trabajan, y entre estas un cierto número quieren darse a Jesús; y, oh, ¡parece que sean las primeras florecillas que germinan entre los horrores de aquel lugar!».

La correspondencia entre los dos Siervos de Dios se empezó y siguió con el fin de conseguir una eventual cesión de la Obra a las religiosas fundadas por el P. Cusmano, y por eso nuestro

protagonista explicaba: «Este lugar de los pobres, donde tendrán que venir vuestras santas hijas, es una viña escogida por el Divino Agricultor. Pero, oh, ¡cuántas espinas y tormentos la rodean! Yo no escondo a la S. V., mi muy querido Padre, que viniendo aquí sus hijas hallarán muchas ocasiones para ejercer todas las virtudes: la paciencia, la humildad, la santa pobreza, la caridad, la mortificación y las demás virtudes. Hallarán la Cruz de Jesucristo extendida en ambas sus dimensiones en todo este lugar. Pero la Obra es grande, ¡y grandes son sobre ella los dibujos de la Divina Providencia! (...) Este lugar fue la vergüenza y la ignominia de toda Mesina. La pobreza extrema y la extrema depravación se habían reunido desde hace unos cuarenta años. Parece que el Sumo Dios quiera convertirlo en lugar de gracias, de gloria y de misericordia: y como lugar de una pobreza santificada. Una transformación parecida allí empezó, pero sólo comenzó».

Hablando de las jovencitas, destaca: «Aquí empieza a florecer el espíritu de la perfección cristiana. Es esta la comunidad en la que tienen que venir a habitar las Hermanas Bocardistas y, se lo aseguro, Padre Mío, que hallarán una bonita viña para cultivar: pero no sin espinas». Y concluye: «Ruego el S. Corazón de Jesús que teniendo que hacer esta importante fundación en Mesina, la ilumine para escoger las más santas entre sus hijas. ¡Viva Jesús amor nuestro!».

8. *Es una obra sui generis*

El Di Francia tiene miedo de no haber dado el cuadro detallado de la Obra y no quiere preparar al Cusmano una desilusión: «me doy cuenta que la S. V. (...) se formó de esta Obra Piadosa una opinión demasiado buena. En esta Obra Piadosa no hay ni aquella

disciplina, ni aquel desarrollo de artes, ni aquellos trabajos que se imagina. Todo lo contrario: no hay sino un comienzo de todas estas cosas. La Obra es todavía un esbozo; no se la puede imaginar si no la ve. Es *sui generis*: nace en el *caos*, y crece fuera de todos los cálculos, entre extrañas y nuevas tribulaciones y miserias». Y concluye con una solemne profesión de humildad: «Le falta una sola cosa a esta Obra para ser sublime: ¡el hombre de Dios a la cabeza de ella!». ¿Y sus recursos? Escribe el Siervo de Dios: «No hay rentas, se vive con puras limosnas: parece humanamente imposible sacar adelante, se vive difícilmente día tras día; ¡pero se ven grandes milagros de la Divina Providencia! Las contradicciones, las dificultades y las penas son continuas. ¡Qué viva Jesús!». Y en otro lugar repite: «La Obra no tiene ninguna renta y vive puramente con limosnas. La Divina Providencia se manifiesta en modo portentoso, aunque seamos siempre con deudas».

Y solicita la visita del P. Cusmano también por un interés personal: «No titubee, mi muy querido Padre, si tenga o no que hacerse esta fundación en Mesina: esto se verá luego, después de que Vuestra Señoría estará en Mesina. Por ahora lo importante es que venga: viniendo, verá de lo que se trata y estoy seguro que enviará las Hermanas. En todo modo y en todo caso, la sola venida suya no será de leve ventaja, sino de gran bien, porque me hallo casi agotado en los afanes: *¡Tempestas demersit me!* Acabo de llegar al penúltimo límite del desánimo. Me giro a la derecha y a la izquierda, ¡y no hallo el que me consuele! ¡Ay, Padre mío! Siento necesidad de hallar por un momento el que me comprenda y que comprenda la Obra, y me guíe y me enseñe. Vuestra Señoría me dirá que no es para tanto. Está bien. ¡El verdadero Consolador es

Dios! ¡Jesús es el verdadero maestro!

¡Pero Vuestra Señoría trabaja desde hace muchos años, y yo desde pocos! Podrá, pues, darme alguna luz, con la ayuda del Señor. ¡Yo tengo que decirle muchas y muchas cosas!». Y luego: «Espero insistentemente la venida de la S. V. como anticipación de nuevas misericordias que quiera hacer el S. Corazón de Jesús en estos lugares, ¡donde en medio de las más extremas miserias espirituales y temporales implantó su Cruz y puso el misterioso granito de mostaza!».

Veremos luego como este misterioso granito se desarrolló en árbol que da amparo entre sus ramas a los pájaros del cielo...

9. *Vio y besó a Jesús*

En los primeros tiempos de su apostolado, el Siervo de Dios halló un chico minusválido, sucio, con baba, burla de los gamberros, que lo molestaban para zumbarse de él. El Padre lo sustrajo de allí, lo llevó a casa, lo lavó, lo limpió y lo acostó a su cama para hacerlo descansar: recordando, pues, que los pobres representan a Nuestro Señor, se inclinó para besarlos. Tuvo entonces una visión de inteligencia, durante un instante: él vio y besó a Jesucristo.

En sus tiernísimos versos en honor del Sagrado Rostro de Nuestro Señor, hay igual un recuerdo de la dulcísima visión. Ella desapareció muy pronto, pero le dejó en el alma un beneficio perenne en el espíritu de viva fe y ardiente caridad para con los pobres, que fue la característica de su vida; ellos se convirtieron para él en los verdaderos grandes del reino de Dios; y llamarlos *marqueses, príncipes, barones*, como usaba, no era, como el mundo

podrá pensar, una broma o una ironía, sino la manifestación de este convencimiento íntimo suyo. Recuerdo una bonita expresión del Can.go Celona:

«Los pobres para el Padre eran verdaderamente Jesucristo». Y por eso limpiarlos, arrodillarse delante de ellos, lavarles los pies, besarlos con intenso afecto, era una de las alegrías más vivas y más puras de su espíritu, y él tenía cuidado de procurársela muy frecuentemente.

10. Abogado de los pobres

La causa de los pobres era su causa, y no podemos no recordar una defensa de ellos, que escribió en 1899, cuando en Mesina se ensañaron contra los mendigos, organizando una verdadera *caza a los pobres* y, bajo el pretexto de la ley, se arrestaban los mendigos, tanto que un comisario se jactaba con el Siervo de Dios de haber encarcelado más de sesenta de ellos. Él entonces escribió una vibrante protesta rogando toda la prensa ciudadana de publicarla. Allí se define antes de todo el justo concepto de la ley del vagabundeo: «La ley condena la *cuestación hecha con modos vejatorios*, y en persona de jóvenes mendigos que, en vez de trabajar, prefieren molestar el público e igual aprovechar también de ello». No se trataba de esto: «¡Es toda otra cosa hallarse con un pobre viejo cascante, que con voz piadosa extiende la mano y pide un trozo de pan, para no morir de hambre como un perro! ¿Dónde están aquí los modos vejatorios? ¿Qué ley puede afectar este afligido? Pero, ¿acaso es un delito la pobreza? Sé que la pobreza se cree como una desventura, como una infelicidad, como una grave tribulación: ¡pero nunca se dijo que ser pobre es una delincuencia!

Si la pobreza fuera un delito, si el pobre fuera lo mismo que un malhechor, ¿por qué El que vino al mundo para enseñarnos a amarnos los unos a los otros como hermanos, quiso abrazar la pobreza, protegió los pobres, y declaró como hecho a sí mismo lo que se hace a los pobrecillos abandonados? (...) El pobre es falto de muchas y muchas cosas, ¡pero al menos hacedle gozar con el libre sol, con el aire libre, con el libre horizonte de la naturaleza, hoy que hay mucha libertad para todos! ¡Más consideramos esta grave injusticia social, y más aparece estremecedora!».

La prensa ciudadana publicó la protesta, y la caza a los pobres fue por lo menos atenuada durante un cierto tiempo.

CAPÍTULO IV

LAS DIFICULTADES

1. Es Dios que planta, no el hombre

Una mirada a las dificultades innumerables que encaró el Siervo de Dios, dificultades que no faltan en cada obra de bien; signo, además, de las bendiciones del Cielo, que quiere estas obras y las quiere acompañadas y sostenidas por la S. Cruz.

Con las mismas palabras del P. Di Francia presentamos una síntesis de las luchas que tuvo que encarar para establecer su Obra. Él usa términos generales, pero reflejan perfectamente sus condiciones.

«¿Quién no sabe cuánto sean graves, y tal vez humanamente insuperables, las dificultades que rodean el desarrollo de las obras del Señor?

«Yi diría que el que empieza obras parecidas, tiene que luchar

contra cuatro opuestos objetivos:

«En primer lugar, él tiene que luchar contra oposiciones externas: las críticas, las persecuciones, las desautorizaciones de los mismos buenos... Añádanse las escaseces de los medios, las penurias, las defecciones, las ingratitudes de los mismos beneficiados y cien otras dificultades y dolorosas peripecias.

«En segundo lugar, hace falta luchar contra uno mismo. El hombre se cansa, se siente fallar... sin embargo, hace falta fortaleza, sacrificio, constancia... es un estado de continua violencia contra uno mismo.

«En tercer lugar, hay el que pelea noche y día, extrínseca, intrínsecamente, por medio de los hombres, por medio de las mismas nuestras pasiones: ¡es Satanás!

«Pero en otra lucha de género muy diferente, y sería la cuarta, entra el que comienza estas obras parecidas. Esta es la lucha de Jacob contra el Ángel. Él tiene que luchar contra Dios mismo. Es el Altísimo Dios el autor de toda obra buena, y el hombre no es sino un débil e inútil instrumento. Pero, ¡sobre este instrumento y con este instrumento, Dios trabaja! Él quiere la inmolación. Jesús Sumo Bien quiere su imitación... Dios quiere las obras, pero las quiere formadas entre las fatigas, los gemidos, los suspiros, los sacrificios. Él actúa con dos manos: con una sostiene el débil instrumento y con la otra lo ejerce en la lucha. Entonces el hombre conoce su impotencia, su nada, entra en la difidencia de uno mismo, se humilla, se anonada, se cree como el obstáculo de todo buen éxito... Finalmente la lucha de Jacob con el Ángel termina con aquel fuerte abrazo acompañado por aquella amorosa proclamación: *No te dejaré hasta que me concedas tus bendiciones*, y queda felizmente concluida con la abundancia de las bendiciones

divinas, que tanto serán más abundantes, por cuanto más larga y cansada fue la misteriosa lucha. Era Dios, pues, que plantaba, no el hombre».

2. «Madre... ¡aconséjame!»

«Estas cuatro dificultades – sigue el Siervo de Dios – rodearon esta pequeña Obra de beneficencia y la embistieron por cada lado desde su primera concepción. Ellas fueron cada vez más creciendo, con tal complicación de cosas, con tal barullo de circunstancias, que la Obra se halló en un torbellino de tribulación y fue cien veces cerca de morir antes de nacer. Cuántas veces me sentí impulsado a exclamar con el profeta lamentoso: *Inundaverunt aquæ super caput meum; dixi: perii*. Un diluvio de aguas se descargó sobre mi cabeza y dije: estoy perdido».

Pero su confianza en Dios nunca falló y lo sostenía recurrir a la Madre Celestial. «El Poeta Arici – escribe – el elegante lírico de Brescia de la escogida falange de los poetas del principio de nuestro siglo, escribió bellísimos versos en honor de la Santísima Virgen bajo el dulce título del Buen Consejo. Yo lo recordaba a menudo, y en los momentos en que se agitaba la tempestad y cada salida parecía cerrada, exclamaba con aquellos versos delicados:

*Como te ve el peregrino por el camino
quitar las nubes con un solo gesto de tu ceja,
Madre, para salvar la nave mía,
¡dame consejo!*

«María SS. es el canal de todas las gracias que bajan del Cielo: más bien no hay gracia, como decía S. Bernardo, que no pase por

sus manos bonitas. A ella es confiado todo el tráfico del erario celestial. De ella vemos en principio de la salvación humana; de ella a cabo de todas las Obras, de todas las Instituciones, grandes y pequeñas, que surgen en la Iglesia de Jesucristo.

«Con esta confianza, invocaba a menudo la madre del Buen Consejo».

3. *Ambiente ingrato*

He ahora algo en particular sobre las dificultades halladas por el Siervo de Dios.

Ante de todo, el ambiente en el que trabajaba: gente de ínfima plebe, incapaz de comprender el estado de embrutecimiento en el que yacía y de apreciar los esfuerzos entre los que el sacerdote piadoso se deshacía para su redención. Imagínense que aquellas mujeres pretendían ser pagadas porque – ¡nada menos! – ¡dejaban en el Instituto sus niñas! No sabían darse cuenta que un colegio tiene que haber normas disciplinarias, que regulan las visitas y las relaciones con el exterior; y como durante una ausencia del Padre la mujer piadosa responsable de la guardería había puesto una rueda en el parlatorio, nació un verdadero motín: el Instituto fue asaltado por las mamás que se arrastraron a las hijas.

Al Padre le tocó luego empezar todo desde nuevo.

Vienen, mientras tanto, las oposiciones irreducibles de los familiares y amigos; y el mismo clero no lo sabía comprender. ¿Por qué perderse entre los descartes de la humanidad, mientras podía y tenía que ser el orador, el apologista, el maestro?

4. *Ánimos autoritarios*

Pero su vocación era otra; y él estaba decidido en seguirla, chocando contra toda clase de dificultad, fuerte de la bendición de su Arzobispo que le había dicho: “Vaya, vaya a Aviñón, ¡y salve aquellos pobrecillos!”.

Se añadía el ánimo de insignes Siervos de Dios: P. Ludovico de Casoria y el gran don Bosco.

El primero le expresaba así su juicio sobre la Obra naciente: «Me gusta, me gusta, porque nace en la gruta de Belén», aludiendo a la pobreza de los comienzos; y – como antes destacamos – compartía a nuestro Siervo de Dios sus experiencias para la eficacia del apostolado entre los pobres, sugiriendo de empezar por el cuerpo para llegar al alma.

El segundo le escribía por medio de don Rua: «Hágase ánimo. Las obras del Señor sufren grandes dificultades; pero es esto precisamente el signo evidentísimo que son del Señor, por lo cual no pueden perecer, si aquel que es su instrumento sigue adelante con fe inquebrantable». Y le sugería de servirse de la prensa. «Su usted hiciera hablar algún periódico local, muchos tomarían conciencia de su situación, y alguna alma caritativa sería tocada en el corazón».

5. *La enfermedad de su hermano*

Una grave tribulación fue para el P. Di Francia la enfermedad de su hermano Juan. El pobre enfermo pretendía que el hermano Aníbal le fuera cercano, «habiendo obtenido de su parte – destaca nuestro protagonista en unas notas – la compasión del Arzobispo Guarino, que tenía presente aquel pasaje de S. Pablo: *Si quis autem suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit*

et est infideli deterir (1 Tim 5, 8), y lo aplicaba a su caso». Interpelado por la Señora Jensen por carta, contestaba: “El Canónigo Di Francia halle un sacerdote amigo suyo que lo substituya en la Obra”. «Siendo imposible hallarlo, creí que seguía la voluntad del Arzobispo abandonando la Obra durante más años casi totalmente, estando al lado de mi hermano». Luego, alquiló el cuarto de Alessi en Aviñón, donde fue trasladado el enfermo, y así pudo establecerse él también en medio de los niños.

Su forzada ausencia, sin embargo, produjo efectos deletéreos: «Mi lejanía produjo que un Instituto como era el de los huerfanitos, acabó cabizbajo». Y añade tristemente: «¡Vi que mis fatigas se desperdiciaron, se perdieron los tiernos corderitos, y perecieron muchas esperanzas mías, como perecen los deseos del pecador! Por todo esto alabada sea la divina Voluntad». ¡También ahora – y esta vez con el ramo masculino – le tocó empezar desde cero! «En la fundación de esta Obra Piadosa – añade el Siervo de Dios – el Señor requiere muchos sacrificios, ¡igual porque igualmente grandes tienen que ser los destinos!».

6. *La lucha para la existencia*

Mientras tanto, aquí se tiene que recordar la que fue la fatiga y la preocupación de largos años: la lucha para la existencia de sus Obras, golpeadas por mil contradicciones, pero siempre triunfantes por la misericordia de Dios y la fe sin medida de su Siervo.

¿Adónde él sacaba los medios para mantener tantas personas? Todo era fruto de sus industrias y actividades personales. Se dirigía a las administraciones comunal y provincial, recurría con súplicas también fuera de Mesina para solicitar el buen corazón de nobles y

ricos, que podrían ir en su ayuda.

Siguiendo el consejo de don Bosco, interesaba la prensa ciudadana, que más veces encomendó su obra. Referimos de *La Gazzetta di Mesina* del 17 de abril de 1885:

«De veras uno tiene que ser valiente para asumir el peso de mantener y educar un centenar de niños, cuando no se posee nada seguro; pero la ayuda de corazones generosos no faltará para sostener los esfuerzos del piadoso Sacerdote». En el Barrio Aviñón se iba adelante, sí, pero siempre, quisiéramos decir, justamente con el alma entre los dientes: la Providencia del Señor no faltaba en el momento oportuno, cuando los medios humanos habían fallado; pero ella quería que su Siervo empleara, antes de todo, sus recursos de fe y sacrificio, para tener un gran mérito, y para que su obra fuese marcada con el sigilo de Dios.

7. «Oh niños míos, llegará un día...»

Después de haber *empleado* todo su patrimonio, el Siervo de Dios se hizo mendigo para sus niños pidiendo a todos la caridad *por amor de Jesús y María*. Durante veinte años la ciudad de Mesina vio al heredero de los Marqueses de S. Catalina recurrir con largos pasos sus calles, todos los días, bajo el sol, el viento y el agua, con la túnica descolorida, los zapatos rotos y el gorro consumido, batir todas las puertas implorando: «No es para mí, sino para mis niños».⁵

⁵ Ilicio Felici (*ob. Cit.*, p. 61), también en Aviñón pone a Don Francisco Di Francia al lado de Aníbal y ve a los «dos hermanos, que tenían en las venas sangre aristocrática, ¡moverse y agitarse en aquel círculo infernal que era entonces el barrio Aviñón!», porque le «parece totalmente lógico que (Francisco) se pusiese a su (la de Aníbal) disposición, para colaborar en la obra empezada».

*Para que no falte el pan a estas mesas
Me enfrié, sudé... oh, mientras tanto he aquí
Hoy la comida, hijos míos; para mañana
¡Proveerá aquel Dios que os quiere tanto!*

*A menudo llamé a puertas de hierro en vano:
Atroz fue mi sentencia:
- ¡Fuera de aquí el importuno, está loco!
¡Que pague la pena de su locura!*

*Oh niños míos, llegará un día en que
Conoceréis mi martirio y el amor mío,*

El asunto no está propiamente así. Francisco había escogido otra vida: la del misionero en la diócesis y allí trabajó durante muchos años y muy fructuosamente; a Aníbal daba, cuando podía, alguna ayuda ocasional, como los demás sacerdotes, Ciccolo y Muscolino, pero luego se retiraba. Y podemos documentar nuestra afirmación. En 1884 el Padre deberá pararse bastante en Roma y de allí, el 1 de julio, escribe a Francisco: «Te encomiendo aquellos pobres niños de las Casas Aviñón. *Cuando puedas ir allá alguna vez, ves para confortarlos*».

Don Francisco empezó a frecuentar Aviñón en 1887. Escribe, en efecto, el Padre a Mons. Guarino el 25 de noviembre de 1887: «Mi hermano cura desde hace unos cuantos meses puso un particular amor para estos lugares, mora a menudo aquí, de vez en cuando duerme aquí, y me pide que le prepare una habitación». Se unió al Padre en 1888. El Padre, en efecto, obstaculizado al lado del hermano Juan, escribe a las Hermanas el 9 de septiembre de 1888:

«En cuanto el Señor me alejó, hizo venir allí a mi hermano, *que nunca pensaba en esta obra*» (el destaque es nuestro).

Pero en los tiempos de don Francisco el barrio Aviñón por méritos de Aníbal había cesado hacía rato de ser un «círculo infernal».

De todos modos, también cuando don Francisco estableció su domicilio en Aviñón, su residencia efectiva era siempre limitada, porque subordinada a las pocas disponibilidades que le dejaban sus compromisos misioneros; y el mendigo de Aviñón quedó siempre y solo Aníbal.

*Que más no ama el padre sus hijos,
¡Que por vosotros imploré a los hombres y a Dios!*

8. *Los paseos de beneficencia*

En un discurso a las damas de la aristocracia mesinés, en agosto de 1906, el Siervo de Dios siente la necesidad de llamar la atención de su benevolencia sobre sus obras, contra las críticas, que no cesaban de molestarlo: «¡Os encomiendo a mis huerfanitos y a mis huerfanitas! No, no son sólo unas limosnas, las que os pido... Os pido otros favores: vuestro apoyo moral, vuestra benevolencia, vuestra consideración piadosa para con estos Institutos... yo os pido que no acojáis tan fácilmente las injustas críticas con que, algunas veces, personas, movidas no sé por cuál espíritu, difunden voces siniestras, especialmente entre las clases altas, para alejarme las almas... poniendo en mala vista, como obra de inútil explotación, mis Institutos. Hace falta poco, oh señores, para criticar y derribar, pero vosotros sois bastante llenos de sentido y de experiencia, para comprender cuánto haga falta para edificar».

En homenaje a la verdad, sin embargo, el Siervo de Dios quiere que se reconozca que los adversarios y opositores en Mesina se reducían a una facción, mientras casi la totalidad de la población siempre miró con simpatía sus Institutos. En los momentos críticos se organizaban unas *ferias y sorteos*, y la ciudadanía respondía suficientemente. Él amaba recordar en particular los *diversos paseos de beneficencia*. «¡Entonces todas las clases de Mesina se ofrecían, toda la ciudad se ponía en movimiento! El cuartel militar nos preparaba dos grandes carros, que eran adornados oportunamente y galardonados, y en uno se colocaban unas cuantas huerfanitas, y en el otro unos cuantos huerfanitos; la banda musical militar precedía los carros, la banda municipal los seguía, inmenso pueblo los rodeaba; y entre los conciertos musicales y la emoción

universal, los dos carros procedían recorriendo lentamente casi todas las calles principales de la grande y bonita ciudad. Entonces era toda una competición para dar. De los balcones llovían vestidos y dineros. De las tiendas se ofrecían telas, comestibles y diversos objetos, según los comercios diversos. Jóvenes fervientes y valientes se armaban con cajita y corrían aquí y allá, arriba y abajo, para hacer colectas. ¡Hacia falta más veces en el día que los carros volviesen a los Institutos para descargar las cosas, los comestibles y los objetos que los habían llenado, y los jóvenes el óbolo de las cajitas, para luego empezar otra vez el benéfico paseo! Oh, memorias queridas... ¡no moriréis en nuestros corazones!».

¡Un espectáculo parecido no se podría hoy ni pensar! La justicia social, con sus leyes asistenciales y de seguridad, modificó ciertamente las condiciones de los huérfanos; pero estamos seguros también que ella no podrá nunca eliminar o sustituir la caridad: la ley soberana, que el cristianismo está difundiendo en el mundo, tras el ejemplo y la enseñanza del Divino Fundador.

También las administraciones ciudadanas – excepto un caso que señalaremos – se mostraban siempre benévolas; así también las provinciales. Ni el Siervo de Dios quería que fueran olvidados los bienhechores insignes, como, por ejemplo, el Señor Mariano Gentile, la Señora Luisa Pellegrino, los hermanos Ciampa de Piana de Sorrento, el banquero Grill, protestante pero muy generoso en el corazón, hasta que no fracasó y su hijo pasó entre los beneficiados del Siervo de Dios.

9. El trabajo de los asistidos

Pero el P. Di Francia confiaba mucho en el trabajo como fuente de vida. Durante diversos años la prensa de papeles colorados para los limones que se enviaban al exterior producía bastante frutos; y luego los trabajos de las niñas: prendas de punto, bordado en

blanco, en seda y en oro, trabajos de *filet*, de ganchillo, de bolillo, de hilo de oro, de cordón uso antiguo; y luego flores artificiales en papel, en paño, en metal; y luego la floricultura:

«Y si las guirnaldas de flores frescos, compuestas por nuestras huerfanitas – destaca el Siervo de Dios – simbolizaron la abundancia de la oración por alguna memoria querida, los ramos de rosas o gardenias perfumaron la rica mesa de las bodas celebradas...».

Con la herencia del Señ. Mariano Gentile, arriba mencionado, él pudo elevar un molino y una panadería: «Obra verdaderamente atrevida – destaca explícitamente – que nos hizo envejecer antes del tiempo, pero solucionamos un grave problema para nuestros Institutos: o sea el pan de cada día, que se saca de las ganancias de la venta del *pan de puro trigo*... Además, somos contentos de haber ofrecido a la ciudad un pan perfectamente higiénico y sustancioso, creído como el más seguro que no contenga nada extraño».

10. El pensamiento predominante

La Obra del Siervo de Dios, mientras tanto, seguía adelante, aunque en medio de dificultades: el Señor premiaba en esta manera su fe: «Por gracia del Altísimo, predominaba un pensamiento, un sentimiento, una fe, o sea: busquemos a Dios, atendamos a inmolarnos por las almas, busquemos el buen éxito, la santificación, la salvación; y a todo proveerá el Señor. Las prácticas de piedad, la oración, la oración mental, el trabajo y unas devociones especialísimas, eficacísimas, más bien llamémoslas industrias devotas nuevas, singulares, fecundísimas, fueron, son y siempre serán, los grandes recursos de esta Obra Piadosa de beneficencia, tan pequeña, miserable, abyecta en su nacer».

CAPÍTULO V

EL APÓSTOL DEL «ROGATE»

1. «Por el Rogate no digamos nada: ¡se dedicó en ello!»

En el mismo tiempo preocupaban al Siervo de Dios los cuidados de otro apostolado.

Desde joven se sintió particularmente llevado a la oración para obtener sacerdotes a la Iglesia, especialmente después de la lectura de las obras de S. Alfonso y de S. Francisco de Sales, que le hacían desear almas con el valor de aquellos grandes Santos, para la dilatación del Reino de Dios en la tierra. Y especialmente en sus prolongadas adoraciones a Jesús Sacramentado, expuesto durante las Cuarenta Horas en la Iglesia de S. Juan de Malta, su gemido se

hacía apasionado y ardiente. Cuando luego leyó en el Evangelio las palabras de Jesús: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam* (Mt 9, 38; Lc 10, 2), una luz sobrenatural alumbró su intelecto y él comprendió que el Señor lo llamaba a consagrar todas las fuerzas y toda la vida para difundir el divino mandato y solicitar, por parte de todos, la obediencia a esta categórica imposición del Divino Maestro.

En este punto tenemos una explícita confesión del Siervo de Dios, aunque escondida bajo el velo del anónimo, hablando de «un tal fulano que tuvo la atención sobre este Divino Mandato, antes aún que lo leyera en el Evangelio, y exhortó con esta atención la carrera de su vida»; y añade que a este tal fulano «el Señor, por su infinita gratuita bondad, dio luces sobre esta gran palabra del Evangelio».

Cuando luego la carrera de la vida tocaba su extremo, en la serena visión de la misión cumplida, el testimonio de su buena conciencia dictaba al Siervo de Dios las palabras de su testamento: «Por el *Rogate* no digamos nada: se dedicó en ello: o por celo o por fijación, o el uno y el otro». Parece de escuchar el eco de las palabras del Apóstol a Timoteo: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi* (2 Tim 4, 7): podría también él decir que había luchado una buena batalla, había terminado el recorrido, había conservado la fe, o sea había permanecido fiel a la misión que, aún jovencito, el Señor le había confiado delante de los altares.

Entre el primero y el segundo testimonio corre la vida, que por el *Rogate* comienza, con el *Rogate* se encierra, por el *Rogate* se gasta: «¡Se dedicó en ello!». Aquí está todo nuestro Siervo de Dios.

2. El divino mandato

He aquí cómo el Siervo de Dios nos presenta el mandato de Jesús:

«Dos evangelistas, S. Mateo y S. Lucas, grabaron una gran palabra de Nuestro Señor Jesucristo.

«S. Mateo (9, 36-38) así se expresa: *Y viendo aquellas muchedumbres, (Jesús) se compadeció de ellas abandonadas y dispersas como rebaño que no tiene pastor. Entonces dijo a sus discípulos: la mies verdaderamente es abundante, pero los trabajadores son pocos; Rogad, pues, al dueño de la mies, para que envíe trabajadores a su mies: Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam.*

«S. Lucas (10, 2) así escribe: Entonces Jesús decía a sus discípulos: *la mies verdaderamente es abundante, pero los trabajadores son pocos; Rogad, pues, al dueño de la mies, para que envíe trabajadores a su mies: Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam.*

«El sentido de estas palabras es muy claro. Para la mies se entienden las almas, los obreros son los sacerdotes y todos los que tienen el encargo de salvar las almas confiadas a ellos; las almas para salvar son muchas, pero los ministros de Dios son pocos. Jesucristo decía: *Rogate ergo Dominum messis: Rogad al dueño de la mies, quiere decir: Rogad a Dios para que envíe sacerdotes numerosos a su Iglesia para la salvación de las almas.*

«En este *Rogate-Rogad* hay una exhortación y un mandato juntos. Es deber de todo cristiano obedecer a este mandato. Hace falta que todos, todos roguemos para este fin, porque Jesucristo lo quiere».

3. *En el Rogate el gran recurso de la Iglesia*

Destacamos de los escritos del Siervo de Dios los graves pensamientos que, con ritmo cerrado, le ocupaban la mente ya en los años más jóvenes: «Jesús representaba, con aquellas simbólicas palabras, la S. Iglesia y todo el mundo y cada reunión social como una mies que, bien cultivada por medio de buenos Trabajadores, llenaría los místicos graneros con abundante cosecha, pero que, si olvidada, míseramente perecería... Jesucristo Nuestro Señor con aquellas palabras venía a mostrar que la salvación de esta mística mies de las almas son sus sacerdotes; y es fuera de duda que en la obediencia a este divino mandato hay el gran secreto de la salvación de la Iglesia y de la Sociedad, el recurso más grande que pueda tener la S. Iglesia para la dilatación del reino de Dios y un gran medio de todos los bienes en el tiempo y en la eternidad... Nuestro Señor quiere hacer comprender que para obtener este inestimable bien hace falta pedirlo al Altísimo Dueño que es Dios, que es Él mismo. Quiso instruirnos que sus sacerdotes no brotan de casualidad, no se forman de por sí, no puede formarlos el esfuerzo humano; sino que vienen de la Divina misericordia que los crea, que los genera, que los dona al mundo; y que, si no se reza para tenerlos, ¡no se obtienen! ¿No es acaso esta una de las más grandes misericordias que Él concede? ¿Cómo se puede pretender de tenerla si jamás se pide? El mandato de Jesucristo es muy claro: la mies es mucha, pero los trabajadores son pocos: *¡Rogate ergo!*».

4. *Soberano, infalible recurso*

Hoy también, como en los días de su vida inmortal, «Jesús hace

sentir el doloroso gemido: *messis quidem multa, operarii autem pauci*. ¿Cuál es el recurso? Nuestro Señor lo indicó grande, universal: ¡*Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam!*

«Ello, pues, es ligado a la oración: soberano, infalible recurso. Y llamamos infalible este recurso porque, habiéndolo indicado e impuesto Nuestro Señor, no puede fallar; y si indicó la oración para este fin, quiere decir que quiere atenderla, al revés no la habría mandada. Y es como si hubiese dicho: “Si me pedís los trabajadores para la mies de las almas, os lo daré”. Y esto significa también: “Si no me los pediréis, no tendréis los tendréis en cantidad y cómo los necesitáis.

«Recordemos que, cuando Dios quiere castigar un pueblo con el máximo de los castigos, le quita los buenos sacerdotes, y esta es la mayor desventura que pueda ocurrir a una nación, a una ciudad; al revés, la más grande entre las divinas misericordias, es cuando el Sumo Dios envía los buenos trabajadores para la salvación de las almas, como envió una vez el Unigénito Hijo suyo a la tierra, ¡y de él los sacerdotes son los verdaderos representantes!».

5. *Programa de vida*

El divino mandato de Jesús fue, pues, el uniforme, el ideal, el programa de vida del Siervo de Dios.

Repetía continuamente: «Se hacen oraciones para la lluvia, para las buenas cosechas, para la liberación de los divinos castigos, y se deja de rogar al Sumo Dios, para que envíe buenos evangélicos trabajadores a la mística mies».

Escribió y distribuyó para este fin una serie de ardientes

oraciones, que, recogidas en un opúsculo, fueron traducidas en diversos idiomas. «La salvación del mundo, decía, depende por los sacerdotes, y el medio de tenerlos lo tenemos seguro e infalible en la oración mandada por nuestro Señor Jesucristo: no obedecer al mandato de Jesús, quiere decir no querer sacerdotes, no querer la salvación del mundo». Y, en una ardiente invocación al S. Corazón, suplica e implora: «¿Por qué todos vuestros amantes no elevan ante vuestra presencia esta oración saludable? ¿Por qué, mientras tantas almas perecen, el mundo católico no se eleva como un único hombre para implorar de vuestro Divino Corazón innumerables sacerdotes? Dilatad, oh Señor, desde el oriente al occidente, del mediodía al norte, este espíritu de oración: hiervan y desborden los corazones de todos los altos prelados, de vuestros obispos y de los sacerdotes, de toda la Iglesia. Se inflamen los corazones de todas las vírgenes y de las monjas a vos consagradas... Os pedimos, oh Señor Jesús, el triunfo de la *rogación evangélica* de vuestro Corazón en toda la Iglesia, en todo el mundo. Haced que se convierta en una *rogación universal*... Que todos los ojos se dirijan a este divino deseo de vuestro Corazón, que todos los oídos sean penetrados por este incesante grito de vuestro Corazón anhelante: *es mucha la mies, pero los operarios son pocos: ¡Rogate ergo Dominum messis!*».

6. *Opportune et importune*

¡Nos hallamos de veras delante de un alma de fuego! Con razón fue escrito acerca del Siervo de Dios: «el *Rogate* fue la luz de sus pasos, la estrella de su pensamiento, el sol de su vida; había nacido por ello; y no se puede imaginar al P. Di Francia sino en el acto de agitar aquella luminosa bandera con el ansia ferviente de

llevarla a la conquista del mundo».

En realidad, *opportune et importune*, diríamos con el Apóstol, con todos y siempre hablaba y trataba el *Rogate*; aprovechaba todas las ocasiones, aprovechaba todas las charlas; su ansia ferviente era la de atraer la atención de todo el mundo cristiano sobre la necesidad de esta oración. «Fue tan penetrado por la necesidad de esta oración, por la Iglesia, de tener numerosos y dignos trabajadores y de la eficacia del recurso evangélico para implorarlos, que, para actuarlo, movió, se puede decir, tierra y cielo».

Al pensamiento que este sueño apostólico suyo podía convertirse en realidad, él escribía una vez a un obispo: “¡Me siento morir por la alegría!”.

Al revés, nada le podía hacer más dolorosamente sensible un eventual fracaso de sus Institutos, cuando el pensamiento que el *Rogate* se olvidaría.

«Cuando en nuestras hazañas – escribía – todo va cabizbajo, no queda otro consuelo que la resignación a la Divina Voluntad, que todo lo hace bien, aunque no lo comprendamos. Cuánto coste esta resignación en casos parecidos, puede comprenderlo bien el que en ello se halló. Pero en mi caso había una circunstancia que hacía todavía más amargo este cáliz: tener que resignarme en ver desperdiciarse el germen de una obra consagrada al santísimo fin de aquel mandato celestial: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*; tener que guardar este sacrosanto estandarte, en el que resplandece una de las más tiernas expresiones del Corazón SS. de Jesús, y al que puede ser ligada la salvación de las almas por el camino más breve y seguro».

7. *Todo en función del Rogate*

Las obras de caridad, a las que el Siervo de Dios consagró sus fuerzas y las de las Congregaciones religiosas fundadas por él, no son consideradas sino en función de obediencia al *Rogate* de Jesús: si se reza para los buenos trabajadores, hace falta ser y actuar como trabajadores celosos; y la difusión de este espíritu de oración no se puede asegurar más válidamente sino propagándolo entre los niños, que lo llevarán mañana a las familias y a la sociedad.

Sus Congregaciones tienen como finalidad primaria la obediencia al divino mandato y la propagación de esta oración, con la obligación de un voto particular, y en todas las Casas resuena, perenne y fervorosa, en los labios de todos sus hijos, la invocación: *¡Domine messis, mitte operarios in messem tuam!*

8. *Entre el clero y entre los fieles*

Para la difusión de este espíritu de oración entre el clero, fundó la *Sagrada Alianza* en que invita Obispos, Prelados, Sacerdotes, a una intensa cruzada, en unión espiritual con sus Institutos: para los fieles erigió canónicamente la *Unión Piadosa de la Rogación Evangélica del Corazón de Jesús*.

Del S. Padre Pío X, imploró el privilegio, para sus Institutos, de añadir en las Letanías de los Santos, después del versículo *Ut Domnum Apostolicum* etc., este otro: *ut dignos ac sanctos operarios in messem tuam copiose mittere digneris, Te rogamus audi nos*; y recogió de más de ochocientos Obispos de todos los continentes la petición, que dirigió a la Sagrada Congregación de los Ritos, para que este versículo se

extendiera a la Iglesia universal.

En sus correspondencias con los monasterios, almas piadosas – ¡y tuvo muchas! – el pensamiento del *Rogate* vuelve con asidua frecuencia, con la insistencia de un tema obligado.

Y cuando la divina Providencia le dio los medios para elevar en Mesina aquella joya de Templo al S. Corazón, Santuario de S. Antonio, quiso que con letras mayúsculas resplandeciera en la fachada el divino mandato: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam.*

9. *Operarii no quiere decir sólo sacerdotes*

El Siervo de Dios insiste en la palabra *Operarii*, palabra que abraza, ciertamente y, en primer lugar, los sacerdotes; pero no se limita a estos. La palabra tiene un significado más amplio, abrazando también todo el laicado, cuya actividad deriva, en cierto sentido, del sacerdocio y a ello es ligada inseparablemente.

«El sacerdocio, destaca el Siervo de Dios, ejercido bajo la dependencia de los Ordinarios, tiene de por sí la gran virtud de destruir el reino del pecado, de implantar el reino de Jesucristo y de mudar la faz de la tierra. Ello tiene un poder que no es de este mundo: tiene una fuerza divina, un secreto milagroso con que se gana los corazones y hace impotentes todos los poderes enemigos terrenales e infernales.

«Pero – él sigue – la divina palabra es siempre una sublime síntesis, que encierra innumerables misterios, y de la que se pueden sacar muchas y saludables aplicaciones. Aquel divino *Rogate ergo* no se tiene que considerar sólo en relación a los sacerdotes suscitados por las soberanas vocaciones, y estas obtenidas por la obediencia a aquel divino mandato, sino que se

tiene que considerar en orden a los que el Altísimo impulsa con su divina gracia para actuar un bien más o menos eficaz en su Iglesia, en la gran mies de las almas». Y baja a detallar: «de las apostólicas fatigas de los sacerdotes viene también la formación de muchos ayudantes, los que pueden ser los laicos verdaderos y fervorosos católicos, las religiosas y los que se comprometen con celo en esta santa obra de la salvación eterna de las almas, en el gran campo de la Iglesia y del mundo. Los reyes, los gobernantes católicos, iluminados por el Señor, verdaderos hijos de la Iglesia y del Sumo Pontífice, pueden y tienen que ser, con el cumplimiento de sus grandes misiones civiles, los salvadores de las místicas mieses confiadas a ellos.

Obedecer a aquel divino *Rogate*, quiere decir también pedir a la divina Bondad maestros y educadores y directores de Institutos creyentes, practicantes, temerosos de Dios, que, mientras instruyen la mente con la santa instrucción, santamente educan su corazón. Vale también esta oración para que el buen Dios dé luces y gracias a todos los padres, que tienen en sus manos la gran mies de las futuras generaciones, para que sepan edificar con su ejemplo sus hijos y saberlos tener lejos de los peligros del alma, los crezcan con santa educación y los presenten con buen éxito o bien destinados a buen éxito, a aquel Dios que para este fin los dio: ¡*Rogate ergo!*»

10. *El gran medio de todos los bienes*

Oigamos aún al Siervo de Dios, inagotable en el tema que fue en el centro de su corazón: ¡*Rogate!*

«En relación a la sociedad, esta divina palabra es el gran medio de todos los bienes y de toda salvación en el tiempo y en la

eternidad. Sin embargo, durante veinte siglos – esta es la verdad – la gran palabra, que es, ni más ni menos, sino un explícito y repetido mandato de Nuestro Señor Jesucristo, permaneció casi sepultada e inadvertida en las páginas mismas del Evangelio, mientras en aquel *divino mandato*, salido por el divino cielo del Corazón de Jesús, hay un gran secreto de salvación de la Iglesia y de la Sociedad. ¡Inexplicables misterios de Dios! Igual el Altísimo guardó la manifestación de este secreto, entre las otras cosas tan claro, a nuestros tiempos, en los que el Santuario se volvió desierto, y las ciudades y los pueblos están faltos de lo que forma el más grande elemento de salvación».

11. Oriens ex alto...

Y asistimos a la gradual revelación de este secreto por obra de los Sumos Pontífices.

León XIII había animado al Siervo de Dios a seguir sus hazañas hasta la *completa realización*. San Pío X lo consoló con sus bendiciones, destacando que había hallado la manera de *hacer resonar el mandato de Jesucristo*. Bendito XV lo aseguró que la oración para los buenos trabajadores interesaba antes de todo a Él, Jefe de la Iglesia, que se proclamó *el primer rogacionista*.

Cuando Pío XI, autorizando la *Unión Piadosa de oraciones para las vocaciones* instituida en Roma por el Card. Vicario, la definió: *la obra de las obras*, él escribió: «Palabra verdaderamente inspirada: ¡Dios habló por boca de su Vicario! ¡Obra de las obras es rezar por las vocaciones sagradas! La oración mandada por Jesucristo para obtener sacerdotes a la iglesia, cuando es constituida y organizada en obra, ¡esta se tiene que llamar *obra de las obras*!»

«Y esta expresión, penetrándola, quisiera decir: “Una obra dedicada para este fin es la obra madre de muchas obras buenas, generadora de obras grandes y santas, para la máxima gloria de Dios, para la mayor salvación de las almas, para el más amplio cumplimiento de la divina misión de la Iglesia de Jesucristo en todo el mundo, como la que obtiene ciertamente los escogidos de Dios y produce hasta los Santos en la Iglesia».

Y el Siervo de Dios no puede no observar en propósito: «No se puede considerar sin gozo interior el aparecer, como un primer rayo de sol naciente, de este espíritu de oración o rogación universal por obra de los Sumos Pontífices. Pero este *oriens ex alto* – seguía recordando la expresión de Pío XI – se empezó a derramar espléndido y luminoso desde los primeros días del pontificado de Pío XI».

12. El primer mediodía

Sin embargo, él, prevenido por la muerte, no pudo asistir en el total fulgor de este sol ardiente: *Fiat, fiat! Amen!*, escribió en los últimos tiempos; y podemos pensar, apelándonos a la comunión de los Santos, que sus oraciones no son extrañas al triunfo del *Rogate*, desarrollado hoy por obra de S.S. Pablo VI. Este instituyó la *Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones*, fijada en el segundo domingo después de Pascua, y recordó, a los fieles, dos grandes verdades, que *la primera fuente de la vocación sacerdotal es Dios mismo, su misericordiosa y liberísima voluntad es que el primer deber, que obliga a todos los cristianos, en orden a las vocaciones, es el de la oración, según el precepto del Señor: Messis quidem multa, operarii autem pauci. Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam.* (De la

Summi Dei Verbum).

¡La gran alma del Siervo de Dios ve así coronada con éxito, con la palabra del Papa, el ansia apostólica, que lo afanó en toda la vida para el triunfo del divino *Rogate!*

En la alegre previsión de los frutos de salvación que vendrían de la obediencia a este específico mandato del Señor, había cantado:

*Soñé, soñé, en el éxtasis amoroso,
Campos fecundos e intrépidos obreros
Ceñidos con estola radiosa
Valientes y fervientes por divino celo
Recoger en los graneros
Espigas en su sazón,
Almas a millares, y enviar al Cielo
Los pasos inciertos y errantes...*

CAPÍTULO VI

LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS

1. Canónigo y responsable de los clérigos

Retomemos el hilo de nuestra historia.

El 12 de enero de 1882 Mons. Guarino nombraba el Siervo de Dios Canónigo de la Catedral. Él «expuso con lágrimas» las condiciones que le impedían de aceptar aquella dignidad, o sea su compromiso con los pobres de Aviñón; pero el Arzobispo insistió, animándole con el ejemplo de S. Juan Bautista De Rossi, que fue apóstol de caridad aunque en el oficio canonical. En el mismo año lo nombró responsable de los clérigos externos, o sea de los clérigos que vivían en familia y eran asignados para determinadas

iglesias para las prácticas de piedad y en ayuda a los párrocos.

2. *De una cosa nace la otra*

Mientras tanto, él se hallaba con dos Institutos que iban creciendo. ¿Cómo proveer a su consistencia?

Los mesineses admiraban la inmensa caridad del Siervo de Dios, y lo llamaban: *nuestro S. Vicente de Paul*; pero él puede compararse a S. Vicente también por el modo de portarse en la fundación de sus obras. De S. Vicente leemos que no concibió de repente su plan caritativo: temía obstaculizar los pasos de la Divina Providencia; aprovechaba, en cambio, las ocasiones que se le presentaban para hacer el bien y luego organizaba y desarrollaba sus obras de caridad.

Así también nuestro Padre. Nunca soñó con hacer el *fundador*: la Providencia lo puso a trabajar en el Barrio Aviñón, y él se comprometió en ello con todas sus fuerzas, siguiendo siempre dócilmente los caminos de la misma Providencia.

He aquí como se presenta al P. Cusmano, en agosto de 1884: «Desde más de seis años me hallo en el principio de unas fundaciones, sin casi conocer cómo me encuentro en ello. Pero parece que así quiere el Sumo Dios, que escoge las cosas enfermas». La obra necesita una dirección segura, pero él no se siente adecuado, y repite el pensamiento ya referido: «Esta Obra de las Casas Aviñón es verdaderamente bella y sublime, pero el gran inconveniente que hay es que falta de un hombre de Dios, que la lleve adelante. Hace mucho tiempo estoy rezando el S. Corazón, que se digne proveer esta Obra con un hombre apostólico, y le digo a menudo aquellas palabras de Moisés delante de la zarza ardiente:

mitte Domine, obsecro, quem missurus es (Éx 4, 13). Es por esto que la ruego, Padre mío, de hacer también esta oración al S. Corazón de Jesús para esta Obra».

Pero el hombre escogido por Dios era justamente él, sin que él se diera cuenta. «De una cosa nace la otra» él decía; y así de aquella *cosa* sin forma y repelente que eran las Casas Aviñón, salieron, con los Orfelinatos, dos Congregaciones religiosas.

En 1901, dando noticia de los nombres definitivamente reconocidos para la Obra Piadosa, el Padre escribía a los Sagrados Aliados: «Hallados los nombres para estos nacientes Institutos, ¿acaso puedo alagarme que esta Institución de religión y de ¿beneficencia sea ya establecida? ¿Que ya tenga profundas raíces y que ya dé abundantes frutos? Ay, ¡estoy bien lejos de hacer a mí mismo esta ilusión! La Obra no es sino recién nacida: ella aún está en su comienzo. Los veinte años que pasaron de su comienzo los puedo calificar como el tiempo de su lenta concepción. El granito está largamente bajo la tierra para marchitar: ayer echó el primer brote. Pero, ¿Crecerá esta plantita? ¿Acaso se formará? ¿Se convertirá en árbol? ¡Dios lo sabe! Si yo miro al abismo de mi debilidad y miseria, nada bueno puedo desearme de su porvenir. Pero si la obra es de Dios, su brazo todopoderoso le dará las personas adecuadas para su formación y estabilidad».

Las personas vinieron, por misericordia divina, pero después de un largo martirio del Siervo de Dios.

Para la comunidad de los Huérfanos, él durante largo tiempo tuvo que atender él solo, aprovechando también la ayuda de sacerdotes piadosos y de algún buen laico. Hubo también unos Clérigos – Antonino Damiotti y Pascual Scibilia – pero se trataba siempre de ayudas esporádicas, provisionales, que pronto fallaban,

porque la vida del P. Di Francia era una vida toda sacrificio e inmolación, entre la pobreza más absoluta, que lindaba con la miseria, alimentada sólo por la llama vivísima de su fe y ardiente caridad.

3. *La visita del P. Cusmano*

Hubo un momento – ya lo tratamos antes – en que él pensó ceder toda su obra – e igual también él mismo – al P. Santiago Cusmano, fundador en Palermo de la Obra del *Bocado del Pobre*. Tras su invitación, en efecto, el P. Cusmano se fue a Mesina el 11 y 12 de mayo de 1883, para visitar la incipiente obra de nuestro Siervo de Dios, y la halló «encantadora por su pobreza y por la protección con que el Señor guarda en una admirable tranquilidad aquellos seres, que allí se hallan amparados». Añade, más bien, que queda «emocionado por el celo caritativo» del Di Francia y «por la pacífica pobreza que se disfruta en aquel lugar»; y concluye: «Hablando con aquel buen Padre, parece que fuera dispuesto a unirse con nosotros».

De esta unión, sin embargo, no se hizo nada, porque esta no era la voluntad de Dios: las dos obras tenían que permanecer separadas, ya que cada una tenía su propio espíritu y dirección. «La unión, escribía el P. Cusmano, no haría que destruyéramos».

La visita del P. Cusmano reanimó al P. Di Francia y lo alentó a seguir por su camino según su método, o sea el total abandono en la Providencia. «Lo interrogué, escribe el nuestro, si en estas obras de beneficencia se pueden contraer deudas. Me contestó que sí, porque en este modo provocamos el que nos hace crédito a realizar una obra de caridad. Le pregunté si en estas obras se tiene que ir

con el compás, o sea calculando entradas y salidas como se hace en una administración en regla, y proporcionando así el bien que se puede hacer, o bien si se puede ir buenamente, con la confianza de Dios, sin muchos cálculos. Me contestó con estas precisas palabras: *Cuando yo no iba con el compás, veía milagros*».⁶

4. *Los Rogacionistas del Corazón de Jesús*

De todos modos, el Di Francia, aunque viendo los milagros porque no usaba el compás, permaneció largamente solo en Aviñón. La falta de brazos fue el tormento de toda su vida.

Durante la enfermedad de su hermano Juan, en 1888, empezó a frecuentar las casas de Aviñón el otro hermano suyo, Sac.

⁶ Tras petición del P. Mammana, Superior General de los Bocadistas, nuestro Siervo de Dios dejó este testimonio sobre el P. Cusmano: «Admiré: 1) Gran desapego, porque habiendo visto que mis mínimos Institutos, aunque en su primer comienzo, tenían una dirección propia, no consintió agregárselos, sino que me animó a seguir. 2) Gran humildad y gran amor a la santa pobreza, porque, habiendo visto que los Institutos nacían dentro ciertas casitas o barracas, exclamó: *oh, ¡cuánto me emocionan estas casitas! ¡Cuánto me gustan!* 3) Gran fervor. Predicó en la S. Misa con gran fervor sobre la eficacia de la oración, diciendo entre las otras cosas: *Dios es todopoderoso, ¡pero la oración es todopoderosísima!* 4) Gran recogimiento: ¡celebrando la S. Misa era muy recogido! 5) Gran prudencia. Me contó su encuentro con Melania, la pastorcita de La Salette, pero calló su nombre; e interrogado por mí, dijo: *¡no se agravié con un secreto!* 6) Grandísima confianza en la S. Virgen. Interrogado por mí que quisiera revelarme el secreto como él conseguía las gracias, me contestó: *¡digo un Avemaría a la Madre de Dios!* 7) En el conjunto movía a veneración el aire de santidad que se le aparecía en el rostro, y un habla tranquila, suave, modesta, como de alma muerta a todo y unida a Dios». Este escrito remonta a enero de 1912. En 1923 los Bocadistas renovaron la petición de nuevas noticias y el Siervo de Dios escribió un informe sobre la visita del P. Cusmano a Mesina, y desarrolla mucho los pensamientos ya expresados en la carta de 1912.

Francisco, que hasta aquel momento nunca había pensado en la Obra. Ahora, más bien, se estableció y empezó a dar una mano a su hermano; también esta, sin embargo, era una ayuda provisional, saltuaria, porque don Francisco, sacerdote muy celoso, - ya lo dijimos en otros lugares, se había dedicado a la predicación de las misiones al pueblo, en que trabajó durante muchos años con gran fruto, y por eso a menudo estaba ausente de casa. De todas maneras, también esta ayuda más tarde falló, habiéndose don Francisco retirado para fundar una nueva Congregación.

Una colectividad empezó en 1889, cuando el Padre empezó a recoger unos jóvenes aspirantes al sacerdocio, y formó un buen grupito: más de treinta. Pero aún no se delineaba perfectamente la idea de una comunidad religiosa: y el Arzobispo, en la medida en que los jóvenes eran ordenados, los sustraía al Siervo de Dios asignándolos al cuidado de las almas. Además, los mismos jóvenes, que frecuentaban la escuela del seminario, no mostraban otra mentalidad que la de los curas diocesanos. Prueba es que cuando, en 1904, el Siervo de Dios les propuso el noviciado, a cabo de pocos días fallaron todos, hasta el último, y lo dejaron nuevamente solo.

“He aquí, ¡se fueron todos!”; decía una noche al Padre Vitale, enseñándole los sitios vacíos en el comedor; pero no tuvo una queja para nadie: ¡adoraba, en todo, la amable voluntad de Dios!

Y se puso mano a la obra nuevamente, con admirable firmeza y aún más admirable confianza en la divina Providencia; y con la ayuda de los que luego fueron sus más válidos colaboradores – el P. Pantaleón Palma y el P. Francisco Vitale – pudo echar los cimientos de la Congregación masculina, que del *Rogate* quiso llamarla los *Rogacionistas del Corazón de Jesús*.

5. *Las Hijas del Divino Celo*

En los primeros tiempos el Siervo de Dios confió las niñas a una distinguida señora ya convertida a vida de fervor por una predicación suya: Laura Jensen Bucca, que le fue una válida ayuda durante unos años, pero luego se retiró; y el Padre, después de haberse dirigido en vano a diversas comunidades religiosas, se decidió a fundar una Congregación femenina, que llamó *Hijas del Divino Celo*, refiriéndose en su pensamiento, aquí también al *Rogate*, que es la expresión del *celo* con el que ardía el Corazón Divino de Jesús para la gloria del Padre y la salvación de las almas.

El 18 de marzo de 1887, vigilia de la fiesta de S. José, el Siervo de Dios dio el hábito a cuatro jovencitas, primer germen de la nueva Congregación.

El origen íntimo de la Congregación nos lo desvela el mismo Siervo de Dios en un discurso suyo de 1906: «La gravísima tarea de la educación e instrucción de muchas huerfanitas, me puso en una grave necesidad: en la necesidad o de procurarme unas buenas educadoras o bien de formarlas. En un principio, intenté procurarlas; y me dirigí a dos Comunidades de Hermanas en Italia, porque en este asunto de la educación de las jovencitas recogidas en un Instituto, no nos halagamos en contrario, ninguna maestra particular igualará jamás una Hermana, que nació hecha entre las manos de la religión para hacer de madre, maestra, amiga, hermana, a las jovencitas de cualquier condición. La hermana educadora y madre de las alumnas, es uno de los más bellos espectáculos que el Cristianismo ofreció en todo tiempo, y especialmente desde hace dos siglos.

«Sentí la estrecha necesidad desde que empecé a recoger huerfanitas. Pero las comunidades que deseaba para mi orfanato, o sea las Hijas de la Caridad y las Hijas de S. Ana, no pudieron aceptar mi invitación, no teniendo yo los medios para recompensarlas.

«Entonces concebí un pensamiento demasiado atrevido, sino audaz: el de formar yo mismo una comunidad de hermanas educadoras para mis huerfanitas».

Es natural que el proyecto atrevido pasara por el crisol de las lenguas... benévolas; y el Siervo de Dios no lo ignora: «Ya sé que la crítica mordaz no me faltó contra esta hazaña atrevida de la formación de una Comunidad de Religiosas, para la salvación de las huerfanitas. En verdad, ¡habría sido una gran maravilla si la crítica no hubiese faltado! Lamentablemente, es verdad que nadie es profeta en su patria; pero yo temí más bien la crítica del porvenir que la de hoy: temí más bien que mañana, después de mi muerte, este orfanato tuviese que desaparecer; y entonces una justa queja se elevaría para golpear mi memoria, porque no habría sabido hacer estable y duradero este asilo de salvación para las niñas pobres y huérfanas. La perpetuidad de esta obra de beneficencia, fue encima a todos mis pensamientos, fue uno de los principales objetivos de mis pobres esfuerzos. Para conseguir esta intención de no leve importancia, hacía falta formar una comunidad de hermanas; y como no pude tener ni las *Hijas de la Caridad*, ni las *Hijas de S. Ana*, pensé de formar las *Hijas del Divino Cielo*».

Pero, ¡cuánto cuesta dicha obra! «No es fácil comprender cuánto hazañas parecidas salgan difíciles... Oh, si los que una vez me criticaban, supiesen por cuálesfortunosas vicisitudes tuve que pasar para la formación de esta Congregación de Hermanas; ¡cómo

tuve que enfriarme y sudar, en el tiempo mismo que mi pobre alma abrazaba montones de huérfanos y huérfanas de la ciudad, de la provincia y del ayuntamiento! ¡Tener que formar el éxito de muchas chicas y, en el mismo tiempo, formar sus educadoras y maestras!

«Hazaña ardua, oh señores, inmensamente ardua, ¡para mí que de la hermana moderna tengo en la mente un tipo, un ideal elevadísimo! Hoy la hermana ya no está encerrada entre cuatro paredes; ella está en contacto con la sociedad, ella tiene que responder a las exigencias de un siglo crítico, burlón e incrédulo; ella tiene que saber honrar el hábito que lleva, tiene que resplandecer en virtud, modestia, prudencia, ¡y también en inteligencia y ciencia!

6. *El año de bendición*

Destacamos, mientras tanto, que en la naciente comunidad no faltaron turbulencias: la tribulación acompaña todas las obras del Señor: más bien, ella es el sello de las divinas complacencias. Antes de todo, se consumó un cisma⁷ que acrecentó prejuicios ya

⁷ La naturaleza de este pequeño trabajo no conlleva una amplia y completa exposición de los hechos; pero para que no quede deformada la verdad, creemos que sean necesarias unas aclaraciones.

En 1897, don Francisco Di Francia, que durante nueve años saltuariamente ayudaba en Aviñón, se separó del hermano Aníbal. Las diversidades de ideas en orden administrativo están en la base de un doloroso estado de hecho que se creó en la Obra, por el que se hizo necesaria la separación.

Está claro que el gobierno del Siervo de Dios era singular, original. Lo califica perfectamente Mons. Di Tommaso, Obispo de Oria: «Su gobierno fue el de un santo, se diría más bien de un imprudente, porque audaz, confiando ilimitadamente en la Providencia». Ahora hace falta reconocer lealmente que dicho gobierno sale

de lo común y, si requiere una vocación particular en el que lo ejerce, no requiere una menos importante en quien lo soporta. Ciertas posiciones mandan el heroísmo; y esto, evidentemente, ¡no es para todos! Hace falta tener presente, consecuentemente, que el Siervo de Dios no puede ser juzgado con los criterios humanos.

El *Risveglio* del 4 de mayo de 1895, periódico local, definía el Siervo de Dios: un hombre *de la naturaleza del Cottolengo*. Y el que leyó la vida de aquel Santo sabe bien cuántas tuvo que pasar porque lo querían medir con el metro de los pequeños hombres. El Padre no dejó nunca faltar el necesario a la comunidad; y, por la parte espiritual, la piedad y la vida interior de los sujetos, la cultivaba con todo el compromiso, hasta ser tildado de exagerado; pero hacía falta saber mirar el hombre poniéndose bajo su perspectiva para poder juzgar rectamente su obra.

Aquí está justamente el origen del cisma consumido entre la comunidad de aquel tiempo.

Luchar para la existencia de cada día, como acontecía en Aviñón, y hallarse siempre en las secas ante el imposible, porque la generosidad del Padre lo daba todo a los pobres, hacía de veras *imposible humanamente* la vida por algunas de aquellas jóvenes hermanas. Si la cosa se fuera limitada al sacrificio material del trabajo asfixiante y de la cuestación nunca interrumpida, igual se podían arreglar; pero, como ellas decían, se perjudicaba la tranquilidad del espíritu, porque no hallaban en la comunidad aquel orden material y aquella regularidad en las prácticas, que son un deber y un privilegio de los institutos formados. Pero no caían en la cuenta que tales condiciones no se podían pretender en el estado embrionario de una Obra. Ellas deseaban un nuevo estado de cosas y, mientras tanto, en la comunidad se extendían descontentos y murmullos.

Aquellas jóvenes habían sido enderezadas a Aníbal por don Francisco, y así llevaban a él sus quejas. Don Francisco compartía sus ideas; y no es correcto decir que él colaboraba con Aníbal «con docilidad, más que de un hermano, de un hijo amoroso» (FELICI, *ob. cit.*, p. 81).

La comunidad se halló, así, dividida en dos; y don Francisco creyó justo apoyar a sus protegidas.

Perfectamente de acuerdo con el Felici, que «la cosa no puede sorprendernos para nada»; pero era así, y era siempre dolorosa.

Entre las jóvenes que aspiraban a un cambio de cosas destacaba Sor Verónica del Niño Jesús, en el siglo Natala Briguglio.

Abramos un paréntesis para una rectificación de fechas.

Se hace entrar Sor Verónica el 6 de mayo de 1886 en Aviñón, el 18 de marzo de 1887 en el noviciado y se indica la fecha de su profesión el 19 de marzo de 1889

(*Il ramo Fiorito. L'Istituto delle Suore Terziarie Cappuccine del Sacro Cuore nel 50° della morte del Fondatore*, p. 35). No es así.

Entre las primeras cuatro Hermanas, que empezaron la Comunidad de las Hijas del Divino Celo el 18 de marzo de 1887 – Giuffrida, Affronte, Santamaria, D'Amico – como se ve, falta la Briguglio. Ella nos resulta admitida en Aviñón el 6 de mayo de 1888. El 9 de mayo tomó el hábito de aspirante y fue recibida como novicia el 18 de marzo de 1889. La fecha de la profesión, lamentablemente, no nos resulta. Es cierto, sin embargo, que el 18 de marzo de 1891 ella aún no había profesado: la hallamos, en efecto, quinta en el listado de seis novicias.

Sor Verónica no fue superiora, pero fue a cabo de las tres o cuatro Hermanas que permanecieron durante un par de años en Aviñón, después del pasaje al palacio Brunaccini, para la asistencia doméstica, siempre dependiendo por la Superiora que moraba en el Brunaccini, y luego en el Espíritu Santo. Hasta el junio de 1892, fue superiora Sor Arezzo, luego Sor D'Amore, a la que siguió Sor Maione.

Retomemos ahora los hilos del discurso.

Por lo que se dijo arriba, la comunidad estaba profundamente dividida; y hablar de «incomprensiones, persecuciones, hasta calumnias» a cargo de Sor Verónica y de la falta de un «director espiritual capaz de comprenderla y guiarla» (FELICI, *ob. cit.*, p. 197) no vale claramente para detallar la situación y mucho menos para explicar adecuadamente la solución que siguió.

Hubo recursos a la Autoridad Eclesiástica y el Card. Guarino con oficio del 3 de agosto de 1896 destituyó la superiora, Sor M. Carmela D'Amore. Pero las cosas no mudaron, porque la nueva superiora Sor M. Nazarena Maione se mostraba ligada al Fundador no menos que la Sor D'Amore.

Entonces las Hermanas descontentas creyeron que era mejor separarse. De noche, *insalutato hospite*, saliendo de la puerta de la iglesia, el 11 de marzo de 1897 – y no de 1895 – ¡aquí también una importante rectificación! – fueron a un pueblo de la provincia, Roccalumera, y allí permanecieron bajo la guía de don Francisco.

Son caminos de la Providencia, que en modo admirable persigue sus designios misteriosos. De aquel modesto grupo salió una bonita y próspera Congregación religiosa, las *Hermanas Terciarias Capuchinas del S. Corazón*.

Concluyendo, nos interesa destacar: 1) La separación de las obras no afectó para anda la fraternidad de los sentimientos del Siervo de Dios hacia don Francisco. 2) El Siervo de Dios hasta la muerte fue constante bienhechor de las Hermanas de su hermano. Sor Verónica afirma de él: «Admiraba nuestra comunidad. Para nosotras eran los mejores regalos que su gran corazón nos destinaba». 3) Los hijos y las hijas del P. Anibal perpetúan la admiración de él para las hijas de don Francisco con las felicitaciones y las oraciones para toda su prosperidad en el Señor.

existentes sobre el Siervo de Dios y su obra, también por parte del Clero.

Algún mes después, la huida de una huérfana y la consiguiente intervención de la policía, durante una ausencia del Padre de Mesina, hicieron desbordar la balanza, y el Vicario General, Mons. Basile, decretó la supresión del Instituto.

Por la autoritaria intervención de un venerando Fraile Menor, el P. Bernardo de Portosalvo, se obtuvo la suspensión del decreto, y fue concedido al Siervo de Dios un año de prueba. En aquel año él pudo tener como cooperadora de la Obra Melania Calvat, la célebre pastorcita a la que apareció la gran Madre de Dios en la montaña de La Salette el 19 de septiembre de 1846. Melania permaneció en el Instituto un año, del 14 de septiembre de 1897 al 2 de octubre de 1898, y el Padre llamaba aquello un año de verdadera bendición. La prueba fue felizmente superada, la comunidad tuvo un vigoroso impulso y la vida de la Congregación femenina fue asegurada.

Todo esto el Siervo de Dios lo atribuía a la Virgen. Una estatua en madera, que se veneraba en la capilla de las hermanas, el 25 de mayo de 1897, sudó abundantemente, tanto que se empaparon unos paños; y un escultor en madera, Antonino Saccà, solicitado por invitación del Vicario General para estudiar el fenómeno, lo declaró inexplicable por la ciencia. El Siervo de Dios recuerda este sudor y da su interpretación en ciertos versos que pone en la boca de Jesús en diálogo con la Congregación de las Hijas del Divino Celo:

*¡Tristes aquellos días! Entonces la Madre mía
Del simulacro de su capilla
Manó unas gotas, como el que por la calle*

*Suda cansado: así sudaba también Ella,
Por ti sudaba para pedirme salvación,
Por ti sudaba para expulsar Satanás,
Parecía que llorara contigo, y la amargura
¡Dividir contigo por el reciente afán!*

CAPÍTULO VII

EL TERREMOTO DE 1908

1. Las huerfanitas del P. Sóllima

Pronto el ramo femenino se mudó del Barrio Aviñón, demasiado pequeño para la Obra que iba desarrollándose, acrecentada ahora también por las huérfanas del P. Sóllima, un sacerdote piadoso que con la muerte dejaba un orfanato suyo en peligro de perderse. El Siervo de Dios aceptó aquellas niñas en su Instituto, que trasladó primero al Brunaccini, palacio histórico que hospedó Goethe, y luego en la sede definitiva al monasterio del Espíritu Santo, obtenido por el Ayuntamiento primero provisionalmente, y luego en enfiteusis.

2. «En treinta segundos»

Luego llegó el terremoto del 28 de diciembre de 1908.

«Fue una catástrofe inmensa – escribe el Siervo de Dios – que difícilmente tiene comparación con otros hechos históricos parecidos, ya que sólo en Mesina, en la poblada y espléndida ciudad de ciento veinte mil habitantes, ochenta mil perecieron bajo las ruinas, sepultados entre los escombros de sus casas.

«En cerca de treinta segundos, Mesina civil, Mesina comercial, Mesina industrial, Mesina religiosa, Mesina monumental, Mesina popular, Mesina bella, sonriente, artística, desapareció. Las olas de sus mares azules que mojan aquellas famosas Rivas, esparcidas de escombros, parece que lloren con su lento chorro la suerte de la antigua ciudad, ¡contra la cual el dedo del justo Dios las había hasta empujadas casi para engullirla!

«Oh mis queridos conciudadanos – él exclama – ¡fuisteis vosotros muertos sobre un campo de batalla, empuñando las armas para Dios y la Patria! ¡Fuisteis vosotros muertos como los mártires del Señor, bajo las persecuciones y los asaltos de los enemigos de la Fe! Pero, ¡sentiros en la oscuridad de la noche, echados de la tranquilidad del sueño por el repentino y agitado balanceo de la tierra, ver las puertas de vuestras casas menear como velas expuestas a los vientos, y en medio de los tectos truenos y el rugido de las fábricas estropeadas y la nube de polvo agotador, hallaros o aplastados bajo una piedra, o bien sangrientos bajo una viga, o bien varados y oprimidos entre los techos y los suelos! ¡Oh, hijos de mi patria, oh, víctimas de la explosión repentina de la justa ira de Dios, oh, cuáles gritos, cuáles gemidos y agonías fueron las vuestras, cuáles boqueadas en aquellos momentos supremos, estrechos por

la muerte tan cruel! ¡Ay, se elevaban hasta vuestras voces lamentosas, imploraban socorro bajo los escombros... pero para vosotros, los que allá debajo pericisteis, no hubo ayuda, fueron sordos los hombres, os abandonaron igual hasta los supérstites amigos o familiares, que aterrados, asustados, huían!».

3. *No es casualidad ni naturaleza*

El Siervo de Dios toma aquí la ocasión para rechazar la objeción del incrédulo o del hombre de poca fe, que, ante un espectáculo tan terrible, no piensa en Dios, sino que se apela a la casualidad o a la naturaleza. «Para nosotros la casualidad y la naturaleza no representan sino las causas segundas, en todo normadas y movidas por la omnipotente Causa primera, que es Dios; no representan sino la coincidencia entre pecado y el castigo, preparada *ab æterno* por la infinita mente del Altísimo, Que hace que en un mismo punto establecido, se encuentren las dos corrientes, la moral de las culpas que llenan la medida y la natural, física, telúrica, o humana de aquel desastre, de aquel terremoto, de aquella guerra, de aquella hambruna, de aquel azote castigador. Para nosotros los creyentes, cuando Dios así actúa no es cruel o injusto, sino que Él es perfectísimo y santo e, igualmente, compasivo». Y recordando las palabras de la Escritura: *etiam cum iratus fueris, misericordiam facis*, piensa en las almas innumerables que la divina misericordia salvó por medio de aquel azote.

4. *Azote de Dios más veces preanunciado*

Azote que el Siervo de Dios había previsto y más veces preanunciado. Parece que el Señor lo hubiese investido, como el Profeta, con la misión de llamar la atención de su ciudad en el camino del bien con la amenaza de los divinos castigos. Había publicado un opúsculo de consideraciones y oraciones con el título: *El preservativo de los divinos azotes* y hacía de ello amplia difusión. Este tema recurría frecuentemente en su predicación.

En Mesina cada año se practicaba una función propiciatoria, establecida por voto del Senado de la Ciudad, tras el terremoto del 5 de febrero de 1783, llevada luego al 16 de noviembre por el terrible seísmo acontecido en aquel día de 1894, en que fue evidente el milagro de la protección de la Virgen si Mesina no se derribó. Muchas veces el Siervo de Dios fue encargado de predicar en esta ocasión, y él lo hacía con la máxima libertad: parecía un profeta enviado *durus nuntius* (cf. 3 Reyes, 14, 4) a sus conciudadanos. El último discurso para la circunstancia lamentable es del 16 de noviembre de 1905, y dejó en el auditorio de la gran catedral una profunda impresión.

«¡Hace falta que yo cumpla – él gritó – mi santo ministerio! Y sin medios términos, sin reticencias ni temores, os digo, mis conciudadanos, que Mesina está bajo amenaza de los castigos de Dios... Los castigos están en las puertas y el Ángel de las divinas venganzas ya rodea la espada exterminadora». Él presenta un terremoto *fuerte y exterminador* y mientras anima a la confianza en la divina misericordia, que podrá salvar a los que viven según la Divina Ley y se abandonan en las manos de Dios, explícitamente anuncia que por toda la ciudad no ve escapatorias:

«La solución tendría que ser ni más ni menos que lo que hallaron los Ninivitas ante la predicación de Jonás. ¿Qué hicieron

entonces los Ninivitas? Empezando por su Rey, todos hicieron penitencia con saco, con cilicio y ayunas etc. animales etc. Mesina esto no lo hace. *Esto quiere decir que por toda la Ciudad no hay solución: el castigo es inevitable...»*.

Y he aquí las condiciones de espíritu del profeta mientras anuncia el castigo del Señor: «¡Ay! si las amenazas de la ira de Dios, que yo voy a anunciaros, se tengan que cumplir; si al terrible oficio me escogiera el Señor para prepararos al estallido del relámpago divino sobre esta Ciudad pecadora, yo no intentaré huir como Jonás del rostro del Señor, sino que, como Jonás a los pilotas, diré a los Ángeles Santos y a todos vosotros: *tollite me, et mittite me in mare, et cessabit mare!* (Jo 1, 12). Ay, ¡ojalá pudiese, oh Señor, bastaros el inútil sacrificio de mi vida, para que esta tierra sea salvada de vuestros castigos!».

Dios no ratificó la ofrenda y Mesina fue destruida.

5. *La protección divina sobre los Institutos*

No nos detenemos a describir las escenas terribles de aquel amanecer de sangre; pero la protección divina se hizo manifiesta en manera evidente.

Ninguna víctima en el Instituto masculino: derribado el dormitorio, permanece intacto sólo aquel trato de techo que cubría los huérfanos recogidos en un rincón, alrededor de la imagen de la Virgen, para las oraciones de la mañana. El mismo fenómeno acontece en la capilla, donde se hallaban para la meditación los religiosos: caído el techo, se paró sólo aquel trato bajo el cual los religiosos rezaban.

En la casa femenina, también las huérfanas fueron todas

salvas, no sin una evidente protección divina. «Entre aquel terrible desbarajuste de los muros que se derribaban, entre la densa oscuridad, las niñas hallaban el camino de salir a salvo, reuniéndose en grupos en el jardín. Una chica de trece años, cayendo el muro, fue echada a la calle, donde habría muerto: en cambio, halló un balcón y permaneció sin daños. Una niña de cinco años no se dio cuenta de nada: unas vigas del sostre, cayendo, se habían cruzado en su cama, que permaneció así protegido de los escombros: cuando abrió los ojos, salió de aquel jaleo y se paró en las ruinas, esperando que la sacasen, ¡y se disculpaba luego con la hermana que no había oído el despertador!».

6. *Las víctimas*

Sin embargo, hubo víctimas: y el Señor las escogió entre las Hermanas. S. Antonio bendito quiso que fueran *trece*, su número simbólico: trece lámparas que se consumieron para obtener de la divina misericordia la salvación de los Institutos.

El Siervo de Dios las recuerda con expresiones llenas de cálida ternura paternal: «¡Muy queridas hijas! ¡Ellas eran trece corderitos de este místico rebaño! Eran humildísimas de corazón, obedientes en todo mandado, muy respetuosas con sus superiores, muy apegadas a la frecuencia de los santos Sacramentos. Había entre ellas las que sostenían la casa con sus fatigas y con el sacrificio; había entre ellas modelos de docilidad y de paciencia en los trabajos más humildes y materiales; había entre ellas algunas de compromiso esbelto, de gusto artístico, que empezaron los estudios, las bellas artes, los trabajos fines; y todo con la única intención de dar gloria a Dios, de consolar al Corazón SS. de Jesús

y el de sus superiores y de dar incremento a su Instituto; almas fidelísimas comprometidas con la propia santificación... ¡Oh, muy queridas almas! Vosotras también, muy queridas al Corazón de Jesús, sufristeis las penas atroces de aquella muerte tan cruel, quizás también prolongadas bajo los escombros amontonados, ¡sin ayuda humana, sin humano consuelo! ¡Pero gozad allá en el reino de los escogidos, donde vuestro esposo celestial ya os puso en el dedo el anillo de las bodas eternas, y os ha revestido con el manto de su gloria!».

El Siervo de Dios quiso después que trece lámparas de plata ardieran en la capilla del Espíritu Santo, cada una con el nombre correspondiente de la Hermana difunta.

7. «¡Dios mío! Mi Mesina... ¡mis hijos!»

Gravísimo golpe al corazón del Siervo de Dios fue el terremoto. Él se hallaba en Roma y la noticia la aprendió de los periódicos a las 10 horas del martes 29 de diciembre. Quedó de piedra; luego levantó los ojos al cielo: «¡Dios mío! Mi Mesina... mis hijos...». Y salió en seguida con el ferry *Scilla*, en el cual providencialmente había conseguido tener un sitio en Nápoles.

«Mi corazón estaba oprimido – escribe – me resignaba a la divina voluntad, bendecía la justa ira del Altísimo, y entre las lágrimas rezaba para los supérstites y para los difuntos, ¡entre los que la mente representaba todos mis hijos en Cristo!».

Llegó al puerto de Mesina a las 16 horas de jueves 31 de diciembre. De la nave, delante del montón de escombros, que habían sepultado la ciudad, buscó con los ojos el lugar en que estaban sus Institutos y levantó la mano trazando una amplia señal

de la cruz. La Superiora General de las Hijas del Divino Celo, Madre María Nazarena Maione, que se hallaba con la comunidad delante del SS. Sacramento expuesto en una barraca improvisada, tuvo en aquel momento una intuición extraordinaria y exclamó: “El Padre está en el puerto y nos bendice!”.

Mesina se hallaba en estado de sitio y no se podía entrar. El Siervo de Dios tuvo que seguir hasta Catania y de allí pudo volver a Mesina. Se halló entre sus hijos la noche del 5 de enero, cuando acababa un triduo de oraciones hecho por la comunidad para obtener su feliz regreso.

8. «*¡María nos quiere hacer resurgir!*»

Igual que el Siervo de Dios había insistido preanunciando el divino azote, con el mismo celo, después del terremoto, no se cansaba de elevar incesantemente el ánimo abatido de sus conciudadanos, encendiendo nuevamente en ello en modo particular la confianza en la protección de la Virgen.

En la iglesia-barraca nacida en los escombros en Plaza Cairolì, el 3 de junio de 1909, fiesta de la Virgen de la Carta, protectora de Mesina, tuvo el panegírico, in que demostró que la Virgen SS. no había fallado a su promesa de perpetua protección. «¡El abandono de Dios y de María es cuando lo dejan hacer! (...) Por el camino en que se había puesto, Mesina perecía... Si Dios la hubiese abandonada, habría fallado su Fe. Dios la golpeó, quiere decir que la quiere salva. Y esta es la protección de María SS. La Escritura está llena con estos ejemplos, que se reflejan en aquella divina palabra: *quos amo arguo et castigo*».

E, inaugurando el 12 de junio de 1911 el resucitado Santuario

de la Virgen de Montalto proclama cuál tiene que ser la nueva Mesina: «María nos quiere hacer resurgir. Este Santuario es la prueba. Pero, ¿cuál es la resurrección que quiere María? Jesucristo dijo: *ego sum resurrectio et vita*. La resurrección de un pueblo no puede ser sino Jesucristo. Por María se va a Jesús. La resurrección de Mesina no puede acontecer sino con el regreso de Jesucristo. Por eso cada uno de nosotros vuelva con todo el corazón a Jesús por medio de María. El que no vuelve a Jesús es el enemigo de uno mismo, de María, de Mesina. ¡El que no regresa a Jesús, quiere la perdición suya y de la Ciudad! Ay, ¡no sea jamás esto! Tengamos compasión de nosotros y tengamos compasión de una Ciudad que yace oprimida y desanimada, rodeada de escombros... ¡Pero aquí aparece nuevamente María, estrella de la mañana! ¡Aquí la aurora de nuestros triunfos! Aquí Mesina católica; y es con Mesina católica solamente que podrá resurgir Mesina comercial, Mesina artística, Mesina industrial, Mesina histórica, Mesina científica y literaria, ¡porque nada puede restaurarse sino en Jesucristo y no se llega a Jesucristo sino por María!»

9. Las primeras relaciones con don Orione

Con ocasión del terremoto hubo los primeros contactos personales del Padre con aquel Siervo de Dios que fue don Luis Orione.

Las relaciones epistolares empiezan en 1900, cuando a nuestro Padre llegó la fama de las obras apostólicas de don Orione, entonces joven sacerdote. Y le escribió el 18 de julio de aquel año:

«Reverendo Padre y muy querido Hermano, por medio del Exc.mo Mons. Obispo de Noto, Blandini, conocí como V. R.

siendo aún joven, se consagró totalmente, alma y cuerpo, mente y corazón, al servicio del dulcísimo S. N. Jesucristo, celando ardientemente la salvación de las almas, ¡que son las preciosísimas perlas que Jesús adquirió con el inestimable precio de su Sangre preciosísima!

«Oh, ¡cuánto estas noticias inundaron con íntima, profunda e inmensa alegría mi abatida alma!

«Desde aquel día no cesé indignamente de tenerla presente cada día en mis débiles, inútiles y mezquinas oraciones, pidiendo al dilectísimo Señor que quiera cada vez más encenderla con las inapagables llamas de su amor y de su celo, y quiera darle cada vez más ánimo, vigor, ardor, fervor, fuerza, valor y virtud y constancia, para trabajar en la mística viña, ¡donde tanto escasean los trabajadores!

«Ahora yo sería muy contento, mi querido hermano, si quisiera enviarme una apreciada carta suya, y hacerme conocer si y cuando pasará por Mesina, porque yo quisiera verlo personalmente, y abrazarlo y besarlo en Jesucristo, dilecto de nuestros corazones.

«Como cada día con el máximo fervor que me es posible, hablo de usted con el soberano Señor mío y eterno Bien, así también le ruego que quiera encomendarme a las piadosísimas entrañas de la caridad del Corazón misericordiosísimo de Jesús, mientras besando una y otra vez sus sagradas manos, que se abren a la caridad, a la misericordia y al alivio y salvación de los niños y de muchas almas, me declaro humildísimamente: Su inútil ínfimo siervo Can.go Aníbal M. Di Francia».

Sin embargo, no parece que los dos Siervos de Dios se encontraron antes del terremoto de 1908. Ocurrió a don Orión una desventura parecida a que ocurrió a nuestro Padre con la defección

de los clérigos. En 1902 el Obispo de Tortona mandó que los clérigos de don Orione entraran en el seminario y así «una docena de hijos suyos, crecidos con el pan de su mesa y el calor de su caridad, dejaron la Congregación en la vigilia, podemos decir, del sacerdocio» (cf. GASPARE GOGGI, *Dei figli della Divina Provvidenza*, p. 175). Este hecho llevó la clausura de diversas casas, entre las cuales la de Noto, y así faltó para don Orione la ocasión de un viaje suyo a Sicilia.

10. «*La S. V. es proclamada nuestro Director General*»

Con el terremoto don Orione llegaba a Mesina, antes como miembro de la Comisión pontificia de las ayudas a las víctimas del terremoto, y luego, del 17 de julio de 1909 al 7 de febrero de 1912, como Vicario General de la Diócesis, nombrado directamente por Pío X.

El Padre fue inmensamente contento de esto y no faltó de homenajear al nuevo superior escribiendo de Sava (Taranto) el 18 de septiembre de 1909.

También esta carta merece ser recordada:

«De este momento somos todos sujetos a su sabia dirección, y la S. V. es proclamada nuestro Director General. Abraze en su apostólico corazón esta otra Obra como suya, y la empuje en el camino de su doble fin de religión y de beneficencia, a través sus ardientes oraciones, sus consejos, sus enseñanzas y sus mandatos. Todos y todas las Casas estamos listos, con la ayuda del Señor, a su obediencia.

«Ahora espero que el Corazón SS. de Jesús quiera concedernos aquellas gracias que mi indignidad no pudo conseguir,

y reparar a tantos y tantos males que pude producir.

«¡Presento a la S. V. junto con el personal de nuestras siete mínimas Casas, aquel sagrado estandarte en el que está escrito: *Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam!* ¡Esta divina palabra salida del divino cielo del Corazón de Jesús, *el mandato de su divino cielo*, en el que hay el gran secreto de salvación para la Iglesia y la sociedad, la S. V. Rev.ma la recoja de la boca adorable del Redentor divino, como nosotros la recogimos y grabamos en nuestros corazones para formar una santísima misión, y de ello se haga apóstol y pregonero!

«Le pido la S. Bendición, le beso las manos y me digo: su humildísimo siervo Can.go Aníbal M. Di Francia».

Se estrecharon, entonces, los vínculos que, en la caridad de Nuestro Señor, unieron indisolublemente los dos Siervos de Dios; y recuerdo que la primera vez que conocí a don Orione se liga a esta relación.

El P. Vitale lo presentó a nosotros, estudiantes, en Mesina, con estas palabras: “He aquí don Orione, el amigo de nuestro Padre”.

Y el insigne Siervo de Dios subrayó con complacencia, con la sonrisa amplia de los labios y el relámpago de sus grandes ojos, que era la característica de don Orione: “¡Amigo, sí, amigo verdadero, amigo verdadero!”.

Nuestro Padre, en el *Libro de los divinos beneficios*, en 1909 define así el encuentro con el apóstol de la Divina Providencia: «Este año tuvimos el acercamiento singular de don Orione, que manifestó para nosotros gran protección y afecto».

CAPÍTULO VIII

EL DESARROLLO DE LOS INSTITUTOS

1. En tierra de Apulia

El terremoto de Mesina, que habría podido anonadar la Obra del P. Di Francia, en los designios de Dios dio ocasión a su mayor desarrollo.

En realidad, desde 1902 la plantita del *Rogate* había puesto nuevos brotes en Taormina con el orfelinato femenino en el antiguo convento de los Capuchinos y en la cercana Giardini con un externado de jovencitas y escuela de trabajo, que en poco tiempo floreció.

En noviembre de 1908 el Siervo de Dios había estado en las

Apulias para una predicación en Francavilla Fontana (Brindisi), diócesis de Oria, y había empezado, por mediación de aquel Obispo, Mons. Antonio Di Tommaso, las prácticas para la adquisición del antiguo convento de los Alcantarinos, S. Pascual.

Sobrevenido el terremoto, la mayoría de la Comunidad, al menos en los primeros tiempos, no podía quedar en Mesina, y se mudó a Francavilla.

2. *Dos afectos contrarios*

En el discurso de presentación de sus huérfanos a las Autoridades y al pueblo de Francavilla, el 31 de enero de 1909, el Siervo de Dios abre los sentimientos de su alma y por este acontecimiento: «El día que, junto con estos huerfanitos que aquí vosotros veis, dejé Mesina, sentí en mí dos afectos contrarios, que luchaban en mi corazón como los dos gemelos en el vientre de Rebeca. Yo tenía que decir: “¡Adiós, Mesina, adiós, mi querida patria, tan miserablemente perecida! ¡En tus calles obstruidas por montones de escombros, ya no pasearán mis huerfanitos, que tú tanto amaste! ¡En tus iglesias, ya derribadas, ya no verás los tranquilos hijos que socorrías con tu óbolo! Aquel resto de pueblo mesinés, que vivía bajo las tiendas, entre el lodo y la lluvia en la avenida S. Martín, vio pasar rápidamente estos niños que iban a tomar el buque de vapor que ya humeaba, y, aprendiendo que dejaban Mesina, ¡meneaban sus cabezas y suspiraban! Todo esto era argumento de profundo dolor para mí mesinés. Habría querido volver atrás, reponer en su sitio de batalla y de sacrificio a mis huerfanitos... ¡pero delante de la mirada del alma, como una visión lejana, me aparecía Francavilla! (...) Apagué en mi corazón los

argumentos de mi dolor, como hijo de una tierra que me vio nacer y crecer; y cuando la locomotora se movió del territorio de la también infeliz Regio, para llevarnos aquí rápidamente, tuve que ahogar en mí mi pena, para dar lugar a argumentos de confianza y alegría en el Señor. Ahora, pues, ¡henos entre vosotros oh habitantes de Francavilla! Vosotros, pues, seréis la patria de estos niños, la que los alimentará en su pecho; ¡vosotros seréis sus nuevos bienhechores, los que cuidaréis de ellos, de sus necesidades, de su porvenir! Eran hijos de Mesina, se convertirán en hijos de Francavilla; eran hijos de la SS. Virgen de la Sagrada Carta, serán hijos devotos de María SS. de la Fuente».

Las Hijas del Divino Celo el 4 de abril de 1909, Domingo de Ramos, tomaban posesión en Oria del Monasterio S. Benito; y, estipulado el compromiso para la adquisición del Convento S. Pascual para los Rogacionistas, estos tomaban posesión de ello el 28 de septiembre del mismo año.

3. Las bendiciones de S. Pío X

En aquellos tiempos una grave tribulación golpeaba la comunidad femenina, con frecuentes enfermedades y también con mortalidad.

Inaugurando ahora la casa de Oria, el Siervo de Dios el 7 de octubre imploraba por el S. Padre la apostólica bendición sobre la nueva fundación y encomendaba las enfermas a sus oraciones.

«Por dos misericordias de la S. V. acudo a sus pies.

«Antes de todo, expongo que adquirí, con deuda permitida por Mons. Obispo Di Tommaso, un antiguo convento en Oria, muy bonito y grande. Pertenece a los Padres Alcantarinos.

«Ahora yo, junto con los míos, suplicamos humildísimamente Vuestra Santidad, para que quiera acompañar esta nuestra entrada en aquel sagrado perímetro con una paternal, piadosa y apostólica bendición, que haga totalmente acepta al Corazón SS. de Jesús, ahora y en el porvenir, la ocupación que hacemos de aquel sagrado lugar.

«Secundariamente, humildísimamente expongo a la S. V. que hace algún tiempo el justo y soberano Señor visita nuestra comunidad religiosa femenina con frecuentes y largas enfermedades, y también con mortalidad, en persona o de las superiores o de unas hermanas oficiales, que más se hacen necesarias para el buen funcionamiento de las casas.

«Ahora, todos suplicamos la caridad de la S. V., para que quiera hacernos una especial oración en el gran Sacrificio de la S. Misa, y quiera particularmente bendecir estas comunidades, para que el Altísimo no mire mis pecados, y nos haga misericordia con la curación de las enfermas, si así gusta a su Divino Corazón, por la intercesión de su SS. Madre».

Las enfermedades y la mortalidad cesaron en poco tiempo y no sin fundamente el Siervo de Dios atribuía este beneficio a las oraciones y bendiciones de S. Pío X.

4. En San Pier Niceto

El 24 de octubre, por generosa intercesión del Sac. Francisco Antonuccio, Vicario de zona, se abrió la casa de San Pier Niceto (Mesina). El Antonuccio ofrecía su casa, sus propiedades, la capilla edificada por él y dedicada a la Virgen del Rosario de Pompeya, y, además, toda su actividad personal a servicio de la fundación.

También dos hermanas suyas entraban entre las Hijas del Divino Celo, y se convirtieron, una especialmente, Sor María Paracleta, muy beneméritas en la Congregación.

5. Los criterios para las fundaciones

Vale la pena destacar aquí los criterios que conducían el Siervo de Dios en las fundaciones, y nos referimos a lo que escribe para las Hermanas.

Antes de todo, es indispensable preparar el personal adecuado:

«La superiora atienda para formar el espíritu y el intelecto de las hermanas, la habilidad en los trabajos, el cumplimiento de los oficios y lo que haga falta para salir una hermana perfecta». Y da una regla de oro, que es el gran secreto de las vocaciones y de la feliz propaganda de un Instituto: «Considere que cuando la formación espiritual, intelectual y doméstica está bien hecha, Nuestro Señor envía siempre nuevas vocaciones, porque el Instituto, procediendo así de bien, se convierte en un arca de salvación y de santificación para las que se agregan en ello.

«Las fundaciones no tienen que considerarse con espíritu de ambición, ligereza, vanidad, vanagloria: sería esto un delito y el Señor no podría bendecir este modo de portarse.

«Las hermanas se tengan siempre preparadas, como soldados, a la señal de los superiores militares: así esperen, empezando por la superiora, cuando se manifestará la voluntad del Señor, para moverse a nuevas fundaciones, y siempre para la divina gloria, para el máximo gusto del Corazón SS. de Jesús y para la salvación de las almas, para trabajar en la S. Iglesia, en el místico campo del gran Padre que es Dios.

Tras haber noticias sobre la fundación que se desea, «se empiecen en seguida novenas y otras oraciones y celebraciones de SS. Misas, *al menos durante un mes*».

Hace falta ciertamente examinar los medios de subsistencia, que ofrece una nueva fundación; pero «no se tiene que pretender que las rentas sean fijas y equiparadas al mantenimiento de las huérfanas: quede sin problemas un margen vacío, para lo que se pueda añadir con los propios lucros y para cuanto la Divina Providencia a ello concurra, en la que hace falta tener gran confianza; pero no hace falta ir a los excesos tentándola, empezando fundaciones de orfanatos donde humanamente hay poco o nada para esperar. Se tome en todo el justo camino del medio».

6. Las fundaciones en los pequeños centros

¿Qué decir de una fundación en los pequeños centros? Si ella tiene garantías de subsistencia y desarrollo, «en este caso una fundación se acepte con amor, aunque se tenga que preferir alguna fundación en grandes centros, especialmente si en aquel pequeño pueblo no existe otra fundación de hermanas o existe otra de las diferentes. A Nuestro Señor gusta que se actúe el bien para aquellas almas que más necesitan, igual son más dóciles de las de las grandes ciudades y de las hijas de los grandes del mundo. Se tenga presente lo que antes se dijo, o sea que las fundaciones se tienen que hacer no por ambición, buscando grandes centros, donde el Instituto pueda exponerse en el mundo y pueda llenarse con ganancias, sino que búsquese humildemente la gloria de Nuestro Señor Jesucristo y el bien de las pobres almas, a las que no se piensa

por otras instituciones».

Y concluye con una magnífica incitación para las hermanas destinadas a fundaciones parecidas: «¿Acaso las hermanas misioneras que van a las tierras salvajes de los infieles van allí por su propia gana? Una fundación en un centro humilde y pobre, conque pueda subsistir, es una verdadera misión, muy agradable al buen Pastor Jesús, que busca aquí y allá, en los montes y en los campos, las ovejitas perdidas, olvidadas y fácil presa de los lobos infernales. Las hermanas de una fundación parecida tendrían que tener mucha confianza en que el Señor las bendiga y provea, a condición que no degeneren de su vocación, sino que vivan siempre con el primitivo fervor, con el espíritu de santificación y saquen gran provecho en sí mismas y en las almas confiadas a ellas».

7. *En Trani*

Y siguiendo la historia, destacamos que en 1910 las Hijas del Divino Cielo abrieron casa en Trani (Bari) por la mediación de aquel Arzobispo, Mons. Francisco Pablo Carrano, insigne bienhechor de aquella Casa. En abril se empezó una escuela de trabajo para las hijas del pueblo; pero en el verano de aquel año la ciudad fue golpeada por el cólera que hizo muchas víctimas, y entonces el Padre añadió en seguida el orfanato.

Al Siervo de Dios interesaba hacer conocer los méritos de Mons. Carrano en el discurso por sus bodas de oro sacerdotales y en el elogio fúnebre de él, fallecido el 17 de marzo de 1915. Mons. Carrano compró la casa, construyó en ella un segundo piso, colaboró en los primeros gastos y pasó los lucros de las tiendas, almacenes y apartamentos anexos al palacio. El Siervo de Dios

perpetuó la memoria con una lápida conmemorativa.

8. *Durante la guerra*

Luego llegó la guerra con todos sus horrores. Las casas masculinas se vaciaron. Las femeninas siguieron entre muchas dificultades.

En 1915, tras una donación de una piadosa virgen secular, sor María Rosario Jaculano, se abrió un taller para las jovencitas en S. Eufemia de Aspromonte (Regio de Calabria) al que siguió luego el orfelinato.

En aquel mismo año el Padre escribe en la agenda: «Septiembre de 1915: adquisición de un amplio terreno en Padua, contrada Arcella, donde nacerá, *Deo placente*, un gran Instituto».

Padua fue siempre un gran sueño del Siervo de Dios: una fundación en la ciudad del Santo, al lado de su tumba, tenía que ser un atestado de amor, devoción y sentido reconocimiento al gran Taumaturgo, que derramaba con tanta generosidad su protección en favor de sus obras.

Aquellas palabras de la agenda son una verdadera profecía. En seguida hubo, en efecto, una modesta fábrica, que, sin embargo, por diversas vicisitudes, permaneció largos años desierta, hasta que la última guerra la derribó desde los cimientos, por un cúmulo de bombas que abrió en aquel lugar un inmenso agujero. Pero la palabra del Siervo de Dios no tenía que caer en el vacío: ahora el *gran Instituto* ya funciona y esperamos poder inaugurar pronto la iglesia anexa, parroquia de *Jesús Buen Pastor*.

En 1916 el Siervo de Dios abrió en Altamura (Bari) el orfelinato para las hijas de los militares caídos en guerra: quería así

homenajear la patria, por cuya grandeza los hijos habían inmolado sus vidas.

9. *El templo de la Rogación Evangélica*

Volviendo ahora a unos años atrás, recordemos que, hasta el terremoto de 1908, el Instituto masculino en Mesina tenía sólo una capilla semipública: la iglesia llegó en 1910, una bonita iglesia-barraca, estrenada el 1 de julio de aquel año por el P. Vitale, en ausencia del Siervo de Dios; y se recuerda en aquella circunstancia la presencia de don Orione, que participó también en la adoración junto con don Albera, futuro obispo de Mileto. Fue la primera iglesia en el mundo, creemos, que encima de la humilde entrada llevaba con el entusiasmo de una pasión, el divino mandato *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*. Y fue nuestro primer santuario de S. Antonio, al que el corazón de mil y mil fieles envió latidos y votos.

Después de unos nueve años de vida fecunda, la iglesia desapareció entre las llamas de un incendio indomable en la noche del Domingo *in albis* entre el 26 y 27 de abril de 1919. Nada se salvó; ni fue posible poner a salvo el mismo Jesús Sacramentado.

Y he aquí el Siervo de Dios volverse nuevamente mendigo para dar al Señor una casa más grande y más bella: surgió así el bonito templo de la Rogación Evangélica, rico de oro y mármol, verdadera joya de arte, que pudo ser inaugurado la mañana de Pascua, 4 de abril de 1926. En realidad, en aquel tiempo las fuerzas del Di Francia eran ya muy flacas: él celebró sólo dos veces en ello y dos veces predicó. Pero la alegría de su alma fue inmensa, pensando especialmente que el divino *Rogate* resplandecía bajo el

sol en letras de oro en la majestuosa fachada, para recordar a todos los fieles la obligación de obedecer perennemente al mandato del S. Corazón.

CAPÍTULO IX

EL EDUCADOR

1. Fin de la educación

Escribe el Siervo de Dios: «Amasar unos chicos para alimentarlos y dejarlos vegetar, no es implantar una casa de educación, no es mudar las suertes de la orfandad abandonada y preparar el porvenir a los derelictos hijos del pueblo. Hace falta que la educación regenere y moralice la niñez arrancada al vagabundeo; hace falta que la instrucción la haga lista para ganarse un día honradamente el pan de la vida».

Una palabra sobre el Siervo de Dios educador es indispensable para tener un perfil adecuado de su figura moral.

Pío XI el 31 de diciembre de 1929 escribió que «la educación consiste esencialmente en la formación del hombre, como tiene que

ser, y como tiene que portarse en esta vida terrenal para conseguir su último fin, por el cual fue creado» y que «no puede darse verdadera educación que no sea ordenada para este fin».

El Siervo de Dios no leyó la *Divini illius Magistri*, publicada después de su muerte, pero no podía tener un concepto diferente sobre la educación de los jóvenes. El reglamento escrito por él se encierra con estas palabras: «Aprendan ya desde ahora los jóvenes a cumplir sus deberes hacia Dios, hacia sí mismos y hacia el prójimo; y se pondrán así en el camino de tener un buen éxito, y, lo que es más, empezarán desde ahora a realizar su eterna salvación; porque todo pasa y cada hombre fue creado para la eternidad y cada cristiano tiene que tener siempre delante su último fin, que es la salvación eterna de su alma».

2. *El fundamento: la religión*

Antes de todo, pues, educación religiosa. En un discurso tenido el 31 de enero de 1909, así expresa su pensamiento: «Hace treinta años que estoy trabajando para recoger huerfanitos y educarlos, para proveer a su porvenir, ¡y creí y experimenté que base indiscutible de toda educación civil es la educación religiosa! Toqué con manos esta verdad enseñada por la experiencia, por la razón, por la fe, por los sabios y por el sentido común de toda la humanidad, ¡que para formar el hombre civil, educado, buen ciudadano, hace falta formarlo cristiano! Si se instruye la mente de los jóvenes en el gran gimnasio del conocimiento, hace falta también instruirlo en los soberanos principios de la fe católica. Si se ejercen los brazos de los hijos del pueblo en las artes y en los trabajos, hace falta también ejercer sus labios en la oración, y elevar

su mente a aquella purísima región de luz, en que no habrá diferencia según los rangos y distinciones sociales, sino según la virtud y los méritos de la vida cristiana. ¡Hoy la sociedad está en ruinas, porque fue sacudida la base de la religión, sea en la educación del corazón, sea en las enseñanzas del intelecto!».

3. *Antes de todo, la piedad*

Por lo tanto, en sus Institutos el primero, indispensable e insustituible medio de formación es la piedad, con la oración sentida como necesidad del alma y la frecuencia en los Sacramentos, canales de gracia y fuentes de vida sobrenatural.

Oración, antes de todo y sobre todo por parte de los educadores, para implorar eficacia a su apostolado.

Recuerdo una anécdota acontecida en Roma con el primer huerfanito acogido en aquella casa: un niño de cinco añitos. Había cometido una tontería y las Hermanas lo presentaron al Siervo de Dios para que le pidiera perdón: pero el niño no se inmutó: permaneció parado, frío, mirando casi en acto de desafío, por cuánto podría hacerlo la tozudez de un niño de cinco años. El Padre escribió al P. Vitale: «Las hermanas me lo llevaron para pedir perdón: él se me quedó delante como un pez mudo, sin decir una palabra, a pesar de las sugerencias y las insistencias de la hermana. ¡No parecía convencido de su falta!»; y concluía: «Recemos, por lo tanto, porque sin la gracia divina no es posible doblar la voluntad humana, ni la de un niño de cinco años».

El Siervo de Dios desde los primeros comienzos de los orfanatos había mandado una oración diaria a la SS. Virgen Inmaculada para el buen éxito de las chicas.

4. *El ejemplo del educador*

La disciplina exterior tiene que tender a ayudar el impulso de la gracia y a cooperar a su acción: hace falta rodear el niño con tales cuidados, con una asistencia atenta, asidua, paterna, para ponerlo en la moral imposibilidad de cometer faltas. Es el método preventivo, del que es gran maestro S. Juan Bosco.

Para que este método pueda ser aplicado rectamente, el Siervo de Dios requiere un educador tal que, en ello, antes de todo, «resplandezca observancia, piedad, celo, caridad, unión de corazones, santo fervor, para que de ello lleguen a los educandos ejemplos de virtudes y santidad; ¡y, más que las palabras, sus acciones penetren muy edificantes en el alma tierna de los sujetos!». Y detallaba: el asistente que se hace la señal de la cruz «sin aquella gravedad y compunción que requiere este acto, enseña a los jóvenes, se dé cuenta o no, de no considerar para nada la señal de la Cruz». El que murmura del superior «quita absolutamente a los jóvenes, para no decir otra cosa, que se transmite en tierra a criaturas que sean investidas de una superioridad».

5. *Espíritu de sacrificio*

Podrá ser educador sólo el que sepa apreciar las almas y se entrega generosamente en una vida de sacrificio: «Estimaré talmente las almas que, para la salvación de una sola, consideraré bien de emplear mi vida, aunque fuera toda de padecimientos y sacrificios». Y: «Tendremos presente que educar los niños es obra de continuos sacrificios, que requiere gran abnegación: se tienen

que aguantar molestias, privaciones, aburrimientos, dificultades; todo lo abrazamos con buena gana y ofrecemos al adorable Señor Nuestro Jesucristo».

Téngase presente que la educación de los niños es obra muy ardua. «La educación de los niños – escribía – es *ars artium, scientia scientiarum*, pocos la saben poseer, y haría falta ser filósofo, teólogo, gran conocedor del corazón humano y santo para ser educador de un niño pequeño». Por eso él lamentaba: «En el mundo la ruina de las almas en las familias es ordinariamente una hecatombe. Ya se dijo que en el mundo la educación se puede definir: *el arte más difícil confiada a las manos más inexpertas*».

Y recuerda todo esto no para desanimar o deprimir, sino para acrecentar la confianza de los educadores en la gracia divina y su compromiso en aplicar las normas educativas que se les aplica.

6. Normas educativas

Las normas son pocas, pero se tienen que aplicar rigurosamente. Antes de todo, amor. Aquí está el secreto del éxito de los educadores: «Hace falta amar con puro y santo amor los niños, en Dios, con íntima inteligencia de caridad, con caridad tierna, paternal, porque es esto el secreto para conquistarlos a Dios y salvarlos». E insiste: los educadores «sean almas amantes y el amor los hará fuertes para padecer, para actuar, para inmolarse».

En segundo lugar, respeto: «Sentirán en su corazón un gran afecto y respeto en Dios para todos los pobres huerfanitos confiados a ellos, considerándolos como almas muy queridas al Señor, e igual más queridos de ellos mismos – que son religiosos – al Corazón de Jesús por su inocencia y pobreza». Por lo tanto:

«Nunca y jamás se tienen que injuriar los chicos; nunca y jamás hace falta molestar con los chicos y mostrarles rencor y difidencia; esto es lo mismo que desanimarles y hacerlos relajar».

Y luego, asistencia, asistencia... El sistema preventivo «consiste en adelantar los chicos para educar (...); ellos sean vigilados de modo que no tengan modo o libertad para relajarse o cometer faltas, y formados así cristiana y devotamente que ellos mismos tengan interiormente el santo temor de Dios, de modo que estén cuidadosos y circunspectos para no cometer unas faltas importantes».

«La vigilancia y la asistencia sea para nosotros un precepto y una obligación de los más estrechos. Los directores y los inmediatos, cada uno por su parte, no pierdan nunca de vista ningún niño en la iglesia, en los talleres, en la escuela y especialmente en el recreo y en los dormitorios». El educador «debe mantener siempre vigilado todo el grupo de los huérfanos, y no se le tiene que escapar ningún movimiento de los mismos, ninguna acción, ninguna palabra». Los haga «jugar, saltar, y hacer jaleo, porque necesitan desahogarse, ya que esto vale para la salud y el desarrollo de los chicos; pero cuide que no se hagan daño, que no se pongan las manos encima, que no riñan. Vigile que nadie, y tanto menos dos solos, se aparten a distancia, o detrás de un escondite o árboles para parlotear; sino que los tenga todos bajo su mirada en el mismo terreno, que tiene que ser libre y sin obstáculos, para no ofrecer ocasión de escondimiento». Y cierra con una llamada de atención de máxima importancia: «El demonio busca asiduamente la perversión de los niños: el educador tiene que eludir, con gran atención, todas las insidias de Satanás, y custodiar como ángel los niños confiados a él, para devolverlos inmaculados al Señor».

7. Castigos y premios

Y, ¿no hay castigos? Tal vez se hacen necesarios también «siendo la naturaleza humana inclinada al mal desde la adolescencia» como destaca el Siervo de Dios refiriéndose a un texto de la S. Escritura.

«Los castigos – sin embargo – no tienen que ser nunca frecuentes, ni desproporcionados a la culpa; como el medicamento que se da al enfermo más allá de la dosis útil hace daño más que bien, y puede hasta matarlo». Además, los medicamentos, «si se toman con demasiada frecuencia, no tienen efecto, porque la persona se acostumbra a ellos; y entonces hace falta aumentar la dosis... Esto, sin embargo, no se puede hacer con los castigos, que, en un instituto de educación en mano de religiosos, no pueden y no deben nunca llegar al punto que los alumnos no las sientan más y que el instituto se convierta en una casa de corrección». El castigo principal para el Siervo de Dios, como también para don Bosco, y que es connatural con el sistema preventivo, es «una falsa substracción de afecto: alejar el chico que se acerca, no enseñarle una buena cara, mostrar que ya no se le quiere».

Estímulo natural para hacer bien es la atracción del premio; y el Siervo de Dios prescribe que cada año se haga una solemne premiación de los alumnos, «con una invitación y entretenimiento»; y el premio no se limite al diploma o a la medalla, sino que se concretice en un librito bancario, y así «cuando los chicos saldrán del Instituto, en su debido tiempo, se les entregará el dinero».

8. *El trabajo*

Pero los chicos tienen que prepararse a la vida y aprender a ganarse honradamente el pan. Y he aquí la necesidad del trabajo en la obra educativa. El Siervo de Dios destaca toda la importancia en un discurso suyo: «Los chicos y las chicas tienen que acostumbrarse al trabajo. El trabajo en una casa de educación está entre los primeros coeficientes de la moralidad: ello es orden, es disciplina, es vida, es garantía de buen porvenir para los sujetos que son educados. Ellos aprenden con tiempo a ganarse el pan con el sudor de la frente. No puede haber educación ni religiosa ni civil separada del trabajo. *Ora et labora*, ruega y trabaja, era el mote que tomaban como su uniforme los solitarios del occidente, que, aunque dedicados a una vida de ascesis transcendental, también proclamaban que no hay firmeza de principios religiosos allá donde falta el trabajo».

En este punto, los criterios del Siervo de Dios no admiten equivocaciones: «Siempre creí que un Instituto que tiene como finalidad la educación de la juventud, en el que, además de los niños, hay también jovencitos hábiles para trabajar, si pretendiera de sostenerse con las solas limosnas, se parecería ni más ni menos que a un joven robusto que, en vez de trabajar, quisiera vivir mendigando. A una institución de caridad es lícito, en ciertos límites, extender la mano, sólo cuando tiene unos sujetos inhábiles para trabajar: como ciegos, lisiados, o viejos cascantes o niños de pocos años. Además, apoyarse en las limosnas para institutos de jovencitos de ambos sexos, sería un perjuicio a la recta dirección educativa».

Y en el mencionado discurso al Comité de señoras de la

aristocracia mesinés, que fue a visitar el orfelinato femenino el 20 de agosto de 1906, él pide trabajo para sus huerfanitas: «Ellas tienen que vivir con el trabajo de sus manos, más que con las contribuciones: dadles, pues, unas comisiones... Trabajo os pido, oh señores: si el conjunto de tantas niñas, que nunca falta en mi orfelinato, tiene casi un derecho a vuestra caridad, el de las jovencitas ya preparadas para el trabajo, no quiere vivir de limosna: ellas quieren trabajar, aunque tengan que quitar horas al sueño, trabajen, para que, comiendo el pan de cada día puedan decir: *¡Nos lo hemos trabajado! Dios bendiga nuestras bienhechoras, que nos dieron un trabajo provechoso*».

CAPÍTULO X

EL PADRE

1. «Me llaman Padre...»

*Me llaman Padre: en sus cabezas
La mano del Ministro de Dios se pone;*

Y era espontánea, natural, en los labios de todos, la atribución del nombre de Padre a él, que derramaba sobre cada uno la ola de aquella ternura paternal, de que rebosa el sacerdocio de Jesucristo.

El estado miserable de los abandonados hijos del pueblo era un cuadro triste y negro, que no se iba de su mente. En modo particular, tenía presentes las niñas, «pobres criaturitas, entre los torbellinos de un mundo malvado y desordenado, en tiempos en que la inocencia es expuesta a muchos peligros, hijitas nacidas en

la pobre y obscura condición de familias necesitadas del pueblo, en que a la miseria y a la penurias se tiene que juntar la ignorancia de la religión y de la misma humana dignidad, faltas, antes de tiempo, de la paterna y materna asistencia... ¡Oh, espectáculo de llanto y horror! Estas niñas estarían en el hedor de alguna barraca, harapientas, sufriendo el hambre, el frío, las malas caras, la iracundia de los vulgares consanguíneos, que desahogan sobre ellas la preocupación y la queja de la extrema pobreza».

*Florechillas de Italia, recién nacidas,
Abierto estaba el abismo para devorarlos,
No había mirada de ojos enamorados
Que pudiese un sol momento alegrarlos.*

*Infantes perdidos en el camino,
Sin amor, sin vivacidad, sin sonrisas,
¡Ay de mí! ¿Qué porvenir, qué destino,
En el lagar del dolor, los conquistaría?*

«Y así – escribe el P. Vitale (p. 666) – principal objeto de sus amorosas solicitudes eran los niños y las niñas. Oh, cómo los miraba en la cara, en los ojos, en la lengua, ¡quién sabe pudiesen tener alguna enfermedad! Uno era pálido y convenía alimentarlo a parte; otro acusaba algo de anemia y se le tenía que prescribir una cura reconstituyente; aquel no parecía poder soportar el plomo de la tipografía y se tenía que preparar para otro trabajo, aquella niña tenía que excluirse del trabajo de la panadería y aquella otra del lavadero o de otros trabajos materiales».

2. «En hecho de higiene, presumo un poco...»

Recordaba a todos que, recibiendo los niños, no sólo nos comprometemos a educarlos y a atender su bien espiritual, sino que se asume también una *grave obligación de custodiar, salvaguardar y hacer progresar la sanidad corporal de los chicos*.

Era exigente en este punto. Escribía: «En hecho de higiene, presumo un poco. Soy Kneippista, leí también el tratado de Mantegazza, y cuido escrupulosamente la higiene. En nuestros comedores hay un pequeño reglamento de *preceptos morales, higiénicos y de buena educación*, que se refieren a la manera de tomar la comida... Aire y luz son los primeros factores de la vida; y deploramos que esta importante regla higiénica sea maltratada y prácticamente desconocida por la mayoría. Entre nosotros es muy fuerte... La salud florida que, gracias a Dios gozan mis huérfanos, es también debida a la más amplia observancia de esta regla higiénica: aire, aire siempre, aire fresco, aire nuevo, aire puro de día y de noche, en el dormitorio, en el taller, en la escuela, en el recreo, en el comedor, por doquier».

A los educadores y a las maestras pedía cuenta de la salud de los chicos, y pretendía que los superiores vigilaran atentamente, y decía: «¡La más pequeña de las huerfanitas vale más que el Fundador y la Madre General!».

3. *Entre los niños*

Entre los niños se hallaba en su salsa. Una anécdota muy sencilla, que remonta a sus últimos años de vida y que me quedó grabado en el corazón.

Estamos en Mesina, Barrio Aviñón. Los chicos están en los talleres; algunos pequeños, exentos del trabajo, por alguna riña entre ellos lloriqueaban alrededor del gran eucaliptus que domina y perfuma el patio. De repente llega el Padre que viene de fuera, gorro en la cabeza y capa con los con las solapas abiertas, que acrecienta así la dignidad de su noble portamento. Los chicos se levantan de repente: “¡El Padre, el Padre!”, y corren hacia él felices, aplaudiendo. “¡Vamos, vamos!”, dice el Padre, “caminemos así”. De tal manera, como arrancando los niños bajo la capa da con ellos, con pasos medidos la vuelta al patio.

Había olvidado el cansancio, las preocupaciones y los afanes. ¡Con los niños se volvía niño! No para nada había cantado:

*Yo amo a mis niños; ellos para mí son
El más querido ideal de mi vida,
Los arranqué del olvido, del abandono,
Impulsado en el corazón por una esperanza atrevida.*

...
*Perlas inmaculadas mis niñas,
Las recogí en el lodo una por una,
Casi como conchas por el camino:
Hoy iniciadas para una suerte mejor.*

En las pequeñas fiestas que se celebraban en familia, los niños y las niñas le leían pequeños poemas. Tal vez él respondía también en versos conservando el mismo metro y la misma rima de aquellos.

Recuerdo unos versos para la niña Loiodice:

*Si tuviese virtudes parecidas a flores
Los más bonitos de estos recogería*

*Y pintados con amables colores
A ti los ofrecería*

*A ti los ofrecería, hijita mía,
Para hacerte amar Jesús con vivo afecto
Ahora ruego Jesús que le seas tú misma un regalo acepto:
Un regalo que Él estreche a su Corazón
Sonriéndote en dulce acto de amor.*

4. Corregir y animar

Pero su paternidad se extendía sin parcialidad a todos los miembros de los Institutos: mejor, una parcialidad o preferencia había, y era para los que sufrían mayormente.

¡Cómo sabía animar! A una novicia dotada con una estupenda voz, después de una exhibición, regaló una imagen de la Virgen de Lourdes, con estas palabras detrás: «Un viva al Señor y una bendición particular, con el deseo que se una la armonía de las santas virtudes, siendo esto el verdadero cántico armonioso delante del Señor».

Las correcciones del Padre no se olvidaban. Una vez atravesaba con prisa el corredor delante de su habitación. Me reconoció por el paso: se asomó a la puerta, hizo señas con la mano de moderarme y me dijo sonriendo: “¿No recuerdas lo que dice Dante sobre la prisa? *Que despoja la acción de su nobleza* (Purg. III, 11). La prisa quita perfección a las cosas, daña las cosas. Vete sin problemas y... sin prisa”.

Un día oyó de la habitación que un chico, en contraste con un compañero de juego, había chillado: “¡Mentira!”.

El Padre salió y pidió: “¿Quién dijo: mentira? Es falta de

caridad hacia el compañero, suponiendo en él la intención de engañar. Se dice simplemente: ¡no es así!”.

Sabía también castigar y... hacer aceptar el castigo con gusto. Una vez me puso de rodilla en el comedor porque, preparando el copón con las formas, la había llenado demasiado, y una forma había deslizado en el corporal.

“Tienes que ser castigado”.

“Con gusto, Padre”.

“Quedarás de rodillas en el comedor”.

Terminado el castigo fui a pedirle perdón. Como me vio me sonrió. Me arrodillé y empecé: “Padre, perdóneme...”. No me dejó seguir: “La forma no era consagrada... y luego... algún castigo algunas veces lo doy para ver como los hijos lo aceptan... Vete en paz”.

Y encomendaba a los superiores la paciencia, la moderación, los buenos modales. Exhorta la Madre Nazarena, Superiora General a «escribir moderada, humilde, respetuosa con las esposas de Jesucristo y edificante». Y cita las palabras de la Escritura: «El laúd y el harpa hacen un sonido bonito, pero son superados por una lengua suave». Con estilo dulce y suave se puede decir todo y no se ofende y amarga un alma. Cuidad lo que quiere decir *Vicaria de la SS. Virgen e imitad Aquella que fue paloma sin hiel*».

5. *Con sus hijos soldados*

Vino la guerra... ¡cuántas amarguras para su corazón paternal!

Escribió, antes de todo, una fervorosa oración, *Para nuestros cohermanos que se hallan en la milicia*, que se rezaba cada día en todas las Casas.

En los himnos del 1 de julio de aquellos años se asoma siempre el recuerdo de sus hijos soldados:

*Jesús, ¿adónde andan
De tu Rogate los hijos?
Hijos ellos también de Italia
Entre los riesgos y peligros...
Soldados de dos ejércitos,
¡Del itálico y del cielo!*

*Y a la Virgen SS.:
Queridos hijos, dilectos hijos tuyos
Del Rogate campeones constantes:
Ahora dispersos entre riesgos y peligros,
¡En las tierras de sangre humeantes!
Por favor, aquel día entre los días más bellos
¡Devuélvenos los queridos hermanos!*

Y aún:

*¡Oh gran Madre! Si la ira divina
Tiene trato de manso perdón,
Por favor, en el campo de tanta ruina,
¡Salva nuestros consagrados al Señor!
Recuérdate que semilla son ellos
¡Del Rogate de su divino Corazón!*

El Siervo de Dios no faltaba de estar al lado de sus hijos con el ánimo, la buena palabra, la ayuda material.

Como supo que había sido alistado, en seguida me escribió:

«¡Aprendí que ya fuiste declarado hábil para la guerra! ¿Qué tengo que decirte? Estoy afligido hasta las lágrimas, pero, ¿acaso tenemos que desconfiar de la dulcísima misericordia del Corazón de Jesús? ¡Nunca jamás!».

En una circular a los Rogacionistas soldados, escribe: «Aprovecho la ocasión, hijos muy queridos, para advertiros que no relajéis vuestro espíritu de la Divina Presencia y del espíritu religioso, y que los trabajos y las molestias de la vida militar os sirvan como medio efficacísimo con que el Señor os llama a una más estrecha unión con su Divino Corazón». Y aún: «Son todos caminos de Dios. Cuando vosotros, nuestros muy queridos hijos volveréis al querido Instituto, como firmemente esperamos en la caridad del Corazón SS. de Jesús, ¡volveréis como hombres formados, para ser campeones de Jesucristo y de su amada evangélica Rogación! Mientras tanto, el Señor quiere que paséis por una serie de sacrificios de todas maneras, interiores y exteriores, porque está escrito: *El que no padeció, ¿qué es lo que sabe?*».

¡Volver todos! Era el sueño, la oración... Había implorado, de la Virgen:

*¡Por favor! Cuando Italia sea salva
De una y de otra orilla y reverente a Ti,
Devuélvelos, oh Madre, a su dulce nido,
¡Devuélvelos todos por tu gran merced!*

Pero hubo el que no volvió porque no quiso; y hubo también el que no pudo volver: el Hno. Mansueto Drago, nuestro muy

querido joven estudiante, dejaba su vida en el Monte Negro (Carso) el 24 de marzo de 1917. El Padre perpetuó su memoria en el himno eucarístico de aquel año:

*Compañero piadosísimo
De nuestro destierro, mira ahora
De tu Rogate el pequeño
Rebaño que a Ti suspira,
Que adora tu decreto
Por el hijo Mansueto
Que quisiste llevar contigo.*

Y a esto une la oración para todos los Rogacionistas soldados:

*Míralos, corderos tiernos
De tus más queridos corrales
Del templo y del silencio
¡Esparcidos en los campos hostiles!
A ti se dirige el llanto
De su corazón afligido
Pero firme en la Fe.*

6. «¡Jamás fui tan afligido!»

Y la guerra hizo también otra víctima. Un primo del Hno. Mansueto, el Hno. Mariano Drago, coadjutor, soldado en Palermo, ¡que en pocos días se cegó totalmente!

El Padre escribió: «¡Mi corazón está profundamente afectado! Entre nuestros muy queridos hijos, nadie tan expansivo en el amor

con nosotros – y especialmente conmigo – ¡cuánto el muy querido fray Mariano! ¡Será una víctima de mis pecados y de la actual sociedad!».

Corrió a Palermo y tuvo que trabajar intensamente para obtenerle la excedencia.

Escribía: «¡Jamás fui tan afligido! ¡Morir un joven en el frente no es el máximo de los dolores, como creíamos! ¡Perder la vista con 25 años, para vivir muerto otros cuarenta, cincuenta años, es más terrible! Cierto que nosotros, que por gracia del Señor somos cristianos y ministros suyos, alabamos siempre y bendecimos la voluntad adorabilísima de Dios; ¡pero Él no prohíbe al sagrado paterno amor que sentimos para nuestros hijos en Jesucristo de implorar gracia, gracia!».

Hizo lo imposible para que el joven pudiera readquirir la vista, especialmente solicitando oraciones de las almas buenas y de los monasterios conocidos. A la Superiora de Altamura, Sor M. Isabel, encomendando vivísimas oraciones al Niño Jesús concluía: «¡Decidle muchas, para que así se rinda!». Jesús no se rindió, porque tenía sus particulares designios sobre aquel religioso piadoso, pero las oraciones fueron ciertamente eficaces.

En los primeros días de la desventura, cuando estaba aún en el hospital de Palermo, el Padre anotaba: «Las muchas oraciones que se hacen por él, pobre hijo, le atraen la mirada misericordiosa del Señor, que esta noche amorosamente le infundió tanta quietud interior que apenas yo lo dejé, o sea él me había despedido, oí como si se lamentara. No sabía qué fuera: me acerqué y le pedí qué tuviera. Calmo y tranquilo me contestó: “Estoy cantando: *¡Sangre del primer mártir!*”».

7. *Las Hijas del Divino Celo en Padua*

En 1917 las Hijas del Divino Celo fueron requeridas en Padua por aquel Obispo para el hospital militar Belzoni. El Siervo de Dios envió ocho de ellas, ¡y con cuánto cuidado las siguió durante aquellos pocos meses que quedaron allá! Fue a visitarlas más de una vez y las animaba en aquella misión nueva para ellas: «Vosotras allá tenéis la tarea de asistir y confortar nuestros afligidos hermanos soldados; pero tenéis también la tarea de hacer resplandecer y estimar por las Autoridades Eclesiásticas y Civiles vuestro santo hábito y de preparar la bella obra de la Arcella, a la que el glorioso Taumaturgo nos llamó. Para portaros tan bien, hace falta que cuidéis vuestros deberes religiosos, empezando por la oración de la mañana, que es muy importante. No dejéis nada de las prácticas religiosas de nuestro uso, según nuestro calendario. Todas dependan como niñas de la prepuesta, que entre vosotras representa la Superiora General o bien, si queremos la misma Divina Superiora. Sed entre vosotras muy aficionadas la una con la otra».

«Grande es la hazaña que se os confió, bastante amplio el campo y nuevo. Pero sabed vosotras todas, cuáles son nuestras armas: la oración, la recta intención, el espíritu de sacrificio, el ejercicio de la caridad, igual que la buena observancia de las reglas religiosas entre las mismas Hermanas... No os impresionéis, ni vosotras ni las otras, por el modo de estar de los enfermos; usad por vuestra parte la modestia de los ojos, el debido comportamiento, el recogimiento interior y seguid adelante. Las Hermanas de vida activa tienen que ser como la paloma de Noé que volvió al arca sin mojarse, o como el rayo de sol que, aunque toque el lodo, jamás

pierde su luz».

En finales de octubre de aquel año aconteció la ruptura del frente y la invasión de Véneto. El Siervo de Dios dio disposiciones a las Hermanas que no se movieran: «Hasta que allí hay el Hospital, quedos firmes en el sitio, porque así encomendó el Santo Padre para todos los eclesiásticos». Pero él hizo en seguida un telegrama a todas las Casas para que rezasen para aquellas Hermanas, y las consolaba así:

«Yo también indignamente no ceso de encomendaros al Corazón SS. de Jesús, a la SS. Virgen, a S. Antonio de Padua, para que os guarden y os den luces sobre cómo actuar en los casos dudosos en que no tenéis quién os aconseje... Aprecio vuestra resignación a la divina voluntad, vuestro perfecto abandono en Dios; y esta es la mejor disposición, para que el Corazón SS. de Jesús os ayude y socorra en toda vicisitud. Sobra encomendaros a vosotras y, a todas, la más perfecta observancia, el más perfecto ejercicio de las santas virtudes, la más perfecta diligencia de no disgustar en nada al Corazón adorable de Jesús, ¡bastante indignado contra la humanidad pecadora!».

Después de Caporetto, el Hospital Belzoni fue trasladado a Florencia, donde no fue más necesaria la obra de las Hijas del Divino Celo, que regresaron a Trani.

8. *La española*

En 1918 una gran epidemia, la *española*. He aquí, en propósito, los sentimientos del Siervo de Dios: «¡La mano justa, santa y divina del Sumo Dios se hace sentir por doquier en la necia y apóstata sociedad! Oh, ¡qué alegría esto lleva, aunque tuviéramos

que perecer! ¡Venga el tiempo de la reivindicación de las incesantes iniquidades humanas! ¡Quede el Altísimo vengado y satisfecho de la humana universal prevaricación! Queden oprimidos reyes y pueblos, regenerados bajo el divino flagelo: ¡esto servirá para la salvación! *¡Soli Deo honor et gloria!* Pero aún *¡initia sunt dolorum!* Abandonémonos confiados en el Corazón adorable de Jesús, y ofrezcámonos víctimas de su adorable voluntad».

En aquellos días se hallaba en las Apulias, pasando una y otra vez de Trani a Altamura y viceversa, las Casas mayormente afectadas, animando, ayudando, sustituyendo como enfermero y las demás cosas... era el Padre con el corazón de madre...

CAPÍTULO XI

MÁS ALLÁ DEL RECINTO

1. Jamás se echó atrás

Las Congregaciones y los Orfelinatos del Siervo de Dios, aunque lo tuviesen constantemente ocupado, sin embargo, no agotaban su actividad, que se extendía, en lo posible, mucho más allá de sus Obras. Cuando se trataba de hacer el bien, el P. Di Francia no se echaba nunca atrás.

Recordémoslo brevemente.

El Siervo de Dios alimentó desde los primeros años particular devoción a S. Verónica Giuliani, y si no pudo predicar la novena en Ciudad del Castillo – como ya dijimos antes – trabajó para la gloria de la Santa revelando al mundo un *Tesoro escondido* en la publicación de sus admirables escritos, que habían quedado sepultados en el archivo de las Capuchinas durante más de siglo y

medio. ¡Lástima que la publicación se paró en el segundo volumen, por una enfermedad que sobrevino y por otros compromisos!

A su celo y piedad se debe la conservación en Mesina de la preciosa reliquia del corazón de S. Camilo que, al revés, habría pasado a Palermo.

En 1894, el 16 de noviembre, un fuerte terremoto sacudió Mesina y pareció un milagro que la ciudad permaneciera en pie. El pueblo tuvo una reacción saludable y fueron días de grandes trabajos para el Siervo de Dios y para su hermano. Las multitudes corrían al Barrio Aviñón, deseando una palabra de confianza y reconciliación con Dios. De allí movían casi en procesión hacia el palacio arzobispal y el Card. Guarino se asomaba en el balcón para bendecir la multitud con amplio gesto de la mano izquierda, teniendo la derecha ya paralizada.

2. *Hace falta predicar Jesucristo Crucificado*

Más amplia mención tenemos que hacer aquí de la intensa actividad del Siervo de Dios en el campo de la sagrada predicación.

Es oportuno, antes de todo, conocer sus ideas sobre el tema. Las sacamos del relato de un discurso del Can.go Ardoino en finales de 1877, publicado en *La Parola Cattolica* del 2 de enero de 1878.

El sermón del Can.go Ardoino «fue desarrollado con la máxima claridad y popularidad; pero una claridad que no menguaba el pensamiento y una popularidad que no degradaba la sublimidad de las enseñanzas cristianas. La verdad es igualmente más clara y noble cuanto es más simple. Los pasajes bíblicos y patristicos, tanto indispensables en la oratoria cristiana,

acompañaban sus argumentaciones. El modo de dirigirse era grave, seguro y digno, como el del que está todo compenetrado en la verdad de su sujeto. Alguna breve inexactitud de imágenes desaparecía en la abundancia de la elocuencia y en el natural y sobrio uso de las figuras oratorias.

«En algún trato particular relampagueaba el genio de la elocuencia cristiana. Observamos con mucho placer que el pueblo pendía de los labios del orador, y daba signos de compunción, más que de vana e inútil admiración, no añadimos otra cosa: verdaderamente dijimos un poco demasiado por modestia del Rev. Can.go Ardoino, pero nos tomamos esta libertad más bien para expresar una vez francamente nuestras ideas sobre el estado del arte oratoria en Mesina. Queremos esperar que muchos se persuadan en que consiste la verdadera calidad del pregonero de la Divina Palabra. Fuera la vana ostentación de una intricada escolástica y de una nebulosa filosofía: una parábola del Evangelio bien explicada vale más que todas las ampulosas declamaciones. El fondo de la moral cristiana es una mar grande, a la que se puede sacar siempre con éxito e igual con menor fatiga.

«Es la declaración de los discursos de Dios, como dice el Profeta, la que ilumina y da inteligencia a los pequeños. ¿Acaso con el desarrollo práctico de esta moral no subieron a gran altura de la cristiana elocuencia los Massillon, los Bourdaloue, y los Bossuet en Francia, y los Segneri, los Tornielo, los Venini, los Ventura y muchos otros en Italia? ¿Acaso no es que explicando el Evangelio y corrigiendo las costumbres del pueblo que tocaron el apogeo de la elocuencia un Tertuliano, un S. Agustín, un S. Basilio y un S. Juan Crisóstomo, milagro perpetuo de la oratoria cristiana? Ay sí, tengamos siempre en las manos estos modelos, saquemos a

la Biblia, a los Padres, al Evangelio, a la sólida doctrina teológica; ¡se ordene bien la materia que se quiere desarrollar, se estudie el arte de bien vestirla y de hacerla gustosa, trátase el ministerio de la Divina Palabra con pureza de intención, con compunción de corazón, con orden, claridad, oportunidad y parsimonia de adornos, y entonces se obtendrá provecho para las almas!

«Acordémonos siempre que hace falta predicar Jesucristo Crucificado y no a nosotros mismos».

3. *Su elocuencia*

De la predicación del Siervo de Dios ya hablamos algo tratando de su clericalo. El Señor le había dado una palabra fácil, viva, atrayente: una voz si no muy robusta, sin embargo, penetrante, casi cortante, que incidía en los oyentes como una lama; y luego el gesto medido, expresivo; y luego el fuego del corazón... Un sermón suyo se recordaba durante mucho tiempo.

Si no pudo dedicarse a la predicación *ex professo*, aprovechaba con gusto toda ocasión para derramar su alma a través de la palabra.

He aquí, mientras tanto, cómo el juzga su elocuencia en el autoelogio: «Hecho sacerdote se dio a la predicación, y casi en seguida a esta Obra Piadosa... Su sermonear era unos altibajos. ¡Tal vez sermones vibrantes, otras veces miserias! Él decía que a sus sermones acontecían dos fenómenos: unos bostezaban, otros lloraban».

Diferente, sin embargo, es el juicio de los oyentes. El Can.go Celona recuerda: «Su vida interior tenía la ocasión de manifestarse externamente a través de la predicación, que corría espontánea y

elocuente de su corazón y que, escuchada con inmenso placer del pueblo, producía frutos abundantes». Tenía un modo de hablar único. Una vez don Orión en Bra, quiso que dijera dos palabras a los novicios y sacerdotes de su Congregación. Don Risi, que estaba presente, confiesa: «Me encantó, sea por lo que dijo sea por cómo lo dijo».

Los párrocos y rectores de iglesias, especialmente durante los primeros años de sacerdocio, contendían por él; y él no sabía negarse.

Tenía el máximo respeto por la Palabra de Dios y por eso, exceptuados casos particulares, nunca improvisaba, cualquier fuera la audiencia, también pocos niños o religiosas muy modestas, a pesar de su natural facilidad y el largo ejercicio de la palabra.

4. En las grandes ocasiones

De él nos quedan importantes notas de sermones, instrucciones, panegíricos, coloquios, etc. Hacía siempre un esquema, más bien a menudo un esbozo bastante desarrollado y hay discursos escritos enteramente, aunque pocos. Recordamos entre ellos los panegíricos de la Virgen de la Carta y de la Recomendada, de S. Ignacio, S. Clara, S. Marcos, S. Luis, S. Euplio, S. Ciro, la Beata Eustoquio. Por entero, se entiende, fueron escritos los discursos ocasionales, que se leían; y se tienen que recordar algunos elogios fúnebres que, diremos, hicieron época, porque en las grandes ocasiones Mesina quería oír su palabra.

En 1885 murió el Can. go Ardoino, insigne maestro de teología moral, cuya fama llenaba entonces Sicilia; y en el discurso fúnebre el Siervo de Dios desarrolla un himno al Sacerdocio, luz de los

pueblos con el doble rayo de la ciencia y de la santidad. Naturalmente afloran los recuerdos de sus años jóvenes: «¡Tiernas y tristes recuerdos! Me parece verlo, cuando, calmo y sereno, en la escuela de nuestro seminario, como buen padre entre los hijos, explicaba a nosotros, jóvenes las difíciles cuestiones morales y hacía más comprensibles las cultas páginas de Scavini... Siempre alegre, siempre paciente. Los años que llegaban lo hallaban en aquel sitio: mudaban las clases, los clérigos se sucedían a los clérigos, ¡pero él estaba siempre allí, incansable, en su sitio, para instruir y cultivar los brotes del Santuario! ¡Ay de mí! ¡Una nueva generación de clérigos entrará mañana en aquella escuela, pero el antiguo Maestro no irá a instruirla!».

Para la muerte del Arzobispo, Cardenal Guarino, en una magnífica memoria, él lo recuerda: «*Padre*, que hierve de ternura y de amor por sus hijos; *Pastor*, que se derrama a sí mismo por sus ovejitas; *Príncipe*, que reina y gobierna santamente en medio de su pueblo».

Espléndido el elogio fúnebre para León XIII.

Suprimido el poder temporal de los Papas, el liberalismo sectario preveía y anunciaba próxima la fin de la Iglesia con la muerte de Pío IX, pero he aquí que la Divina Providencia suscita León XIII, «el fatídico *lumen in caelo*» que, en veinticinco años de pontificado vibró sus rayos en todo el mundo: «Él acrecentó maravillosamente lustro y esplendor a la S. Iglesia: dilató el reino de Dios en el mundo, recordó a Jesucristo delante del siglo, y lo hizo ver por lo que es en el catolicismo: el Dios de la paz, del amor y de la verdad; el Dios de la vida eterna». Él hizo resplandecer con vívida luz el poder moral del Papado, que no necesita almas materiales para triunfar en un *siglo convulso, irrequieto*,

desenfrenado: «Usó las más fuertes armas espirituales. Se ciñó con la armadura de la fortaleza y de la constancia, abrazó el escudo de la doctrina evangélica y de la santidad de sus derechos, se puso el elmo de las grandes concepciones de la fe católica, empuñó la espada a doble filo de la divina palabra y, confiando en un gran invencible caudillo, que es el espíritu de la verdadera prudencia y de la mansedumbre cristiana, él entró en la lucha y ganó».

El recuerdo de León XIII es indisolublemente ligado a su acción social.

«Oh, qué amplio campo se me abre delante – exclama el Siervo de Dios - ¿Cómo recorrerlo en una hora tan breve? ¿Tendría que hablar sobre la gran importancia de este problema social? ¿Acerca del argumento que las miserias de la clase obrera ofrecen al socialismo, para poner delante sus teorías y pregonar el esperado mesías de los pueblos? Pero yo callo, porque me parece ver aquella mano diáfana y temblorosa del Vicario de Cristo, como si Él de su tumba la acercar a su corazón para decirme: *¡aquí llevé el obrero extenuado!*». Y recuerda la *Rerum novarum* de 1891 y la encíclica sobre la *Democracia Cristiana* de 1901.

5. *La conmemoración de Ludovico Windthorst*

No podemos olvidar una página del Siervo de Dios, que halla particular referencia con los tiempos actuales, especialmente por lo que se dice sobre el apostolado de los laicos: la conmemoración de Ludovico Windthorst (1812-1891), insigne campeón del catolicismo en Alemania, que resistió fieramente a Bismarck y lo obligó a la capitulación.

«Windthorst fue el hombre suscitado por la Divina

Providencia... Entre las muchas persecuciones de que fue víctima en nuestros días la Iglesia de Jesucristo, no se tiene que considerar última la que le venía de la más poderosa nación del mundo, Alemania. Persecución que ya se manifestaba con leyes inicuas, allá donde a cabo de Alemania de Lutero estaba árbitro de los destinos de los pueblos el más inteligente político de nuestros tiempos, que, casi lanzando un guante de desafío al Papado, decía: “¡Nosotros no iremos a Canossa!”.

«Pero hubo un hombre que recogió aquel guante, y bajó en el campo para medirse con el temido prusiano. Aquel hombre fue Windthorst.

«Lo que él actuó para abatir el jefe del parlamento alemán, no se puede explicar con un proceso sencillo de hechos humanos. Sino con el ojo de la fe tenemos que admirar aquella gracia del Señor, que penetra los corazones, que inviste las mentes que enciende, que suscita, que mueve y agita, que inspira, que llena con un sagrado furor, según la expresión bíblica: *sacro furore repletus sum*; como aquel Dios, que forma los santos, forma los genios. ¡Él es el que crea la piedad y el valor, la compasión y la fortaleza, el éxtasis de amor y el ardor de la batalla! *Qui facit omnia in omnibus*, dijo el Apóstol. Y he aquí que, mientras en el frío norte se condensaron las nubes grávidas de horrible tempestad para derramarse contra la mística barca de Pedro, de repente un soplo las aleja: huyen, desaparecen, la tempestad se deshace, vuelve el sereno, y el fiero opositor del catolicismo retira su guante de desafío, rasga sus inicuas leyes y se dirige reverente y humillado al venerando Anciano del vaticano.

«La Providencia obtuvo su intención: ¡Windthorst, el hombre providencial, realizó su misión!».

Habla después de los trabajos, de las batallas sostenidas por Windthorst, para llegar al triunfo de su ideal cristiano:

«Él vio y aferró en su mirada todos los campamentos enemigos. Hacía falta formarse una mayoría; hacía falta que los católicos se unieran, y opusieran su energía y su voluntad al desenfrenado proceder de los adversarios de la religión católica. Y, en primer lugar, hacía falta que este núcleo, que este centro de catolicismo vivo, activo, luchador, fuera catolicismo verdadero, fuera laicado católico constituido, organizado, compacto, cuyos principios fueran puros católicos. Y es aquí la mayor dificultad de nuestros tiempos: ¡muchos se dicen católicos, pero son pocos los que en su entereza profesan los principios del catolicismo! Pero Windthorst fue superior a los tiempos y a toda dificultad. El hombre de mente y corazón fue también hombre de acción y de palabra elocuente. Él reunió a su alrededor los diputados católicos del parlamento alemán, formó la gran mayoría, más bien la constituyó tan firme y compacta, que pareció que fuera un solo hombre, y de esta manera pudo imponerse a los adversarios de la Iglesia para reprimir la osada audacia».

El Siervo de Dios sigue detallando las consecuencias que vienen del ejemplo de aquel grande para los cristianos de su y nuestro tiempo: «¿Cuál es el deber de los católicos? ¿Cuáles son los sentimientos que tienen que despertar en nosotros ante la augusta tumba de tan generoso hijo de la Iglesia? Ay, no diferente es nuestro deber, sino celar nosotros también con todas nuestras fuerzas el honor del místico Santuario de Dios, que es la Iglesia católica, y seguir en esta sagrada tarea con aquella rectitud de conciencia, con aquella pureza de principios, con aquella firmeza de propósitos, con aquella libertad de espíritu y de palabra con que

realizó la noble carrera el benemérito defensor de la justa causa, el gran Windthorst».

Y, dirigiéndose a los jóvenes promotores de aquella conmemoración, exhorta: «Jóvenes, a vosotros en primer lugar se os ofrece este modelo, para que aprendáis que el amor a la Iglesia, el obsequio a las santas leyes y la piedad católica, que el siglo llama fanatismo, forman, en cambio, los grandes hombres, que se atraen la admiración universal.

«Hay una gloria que se funda en la vanidad de las humanas y vanas estimaciones, pero que pronto decae y se ofusca ante el juicio imparcial de la historia y delante de la serena y desencantada conciencia de los nuevos pueblos. Pero hay la gloria verdadera, que cruza los tiempos, porque es un reflejo de aquella eterna; la gloria del que puede decir incluso dentro las humanas vicisitudes y las terrenas derrotas: *¡amé la justicia y odié la iniquidad!* Dejemos al siglo sus locuras y gloriémonos de ser hijos de la Iglesia y de aspirar nosotros también a la verdadera gloria.

«El Reino de Dios en la tierra sea toda nuestra ambición; y nuestras victorias no podrán faltar. Con nosotros armonizan los cielos, con nosotros resuenan los celestes: ¡con nosotros está Dios! Seamos valientes, sin dejarnos atemorizar por los humanos respetos: no nos avergoncemos de llamarnos católicos, porque Jesucristo dijo: *si no me confesaréis delante de los hombres, ni yo os confesaré delante del Padre mío*. Mostremos nuestra religión en las obras y, primera, la pureza de los principios. ¡Que esté lejos de nosotros aquel catolicismo a medias, que acoge todos los artículos de la ley, pero con un *pero!* Que respeta al Vicario de Jesucristo, pero con ciertas condiciones; que perdona los opositores de la Iglesia; aquel catolicismo, en resumen, no puro, no entero, sino

mezclado con las falsas máximas del mundo, por lo cual algunos, mientras se llaman hijos de la Iglesia, ¡no evitan de hacerse cálidos admiradores de los enemigos de la Iglesia!».

Y concluye: «¡Permaneced unidos, jóvenes, en la única intención de la defensa de la santa causa, porque en la unidad está la fuerza! ... Estos son, señores, los sentimientos que tienen que despertarse en nosotros ante la memoria de aquel gran hombre que fue Windthorst, ¡verdadero ejemplo del laicado católico!».

6. *Las Gertrudinas del Sagrado Corazón*

De la oratoria, pasemos ahora a los asilos y casas de religión y beneficencia.

El Siervo de Dios, hacia el 1910, conoció una obra consagrada a S. Gertrudis, fundada en Nápoles por una oblata benedictina, doña Gertrudis Gómez D'Anza, ayudada por el Sac. Ángel Padovano. A la inicial casa de trabajo para la asistencia de jovencitas trabajadoras se había después añadido un orfanato. La obra navegaba entre innumerables dificultades y necesitaba ayudas.

El P. Di Francia, como siempre, no ahorró de su parte y se activó a través de la prensa para hacer conocer la nueva institución llamando sobre ella la atención especialmente de los napolitanos. Dejó también, durante unos años en Nápoles, dos Hijas del Divino Celo, revestidas con el hábito benedictino, para la formación de las “Gertrudinas del Corazón de Jesús”.

En una hoja suya, el Sac. Padovano atribuye a nuestro Siervo de Dios el título de *Cofundador*, que hace suponer que él se activó no poco para hacer ir adelante aquella Obra que hoy, gracias a Dios es bastante floreciente.

7. *Las Hijas del Sagrado Costado*

Mayor compromiso requirieron las *Hijas del Sagrado Costado* empezadas en Gravina de Apulia (Bari) en 1908 por el muy piadoso Sac. Eustaquio Montemurro, ayudado por el Sac. Javier Valerio, con la válida colaboración del jesuita P. Genaro Bracale. Sin embargo, justamente unos años después, en 1911, las competentes autoridades eclesíásticas alejaron los fundadores, bajo la acusación de *pseudomisticismo*, y suprimieron la fundación.

Los Obispos de las diócesis, en las que las Hijas del Sagrado Costado ejercían con celo el apostolado, obtuvieron de S. Pío X poder intentar la salvación del Instituto, dándole una nueva dirección, y pusieron en las manos de nuestro Siervo de Dios la Obra ya destruida, para que le infundiera nueva vida y vigor. Y el Siervo de Dios en ello trabajó con tanta asiduidad y amor que luego escribió: «Cuidé las Hijas del Sagrado Costado como una fundación mía y me gasté para socorrerlas y llevarlas adelante».

Antes de todo, renovó su espíritu, dándoles un reglamento adecuado a su condición. Presentándolo a las comunidades, decía: «Reflexionad bien que necesitaréis mucho observarlo, porque tenéis que consideraros como una Comunidad que fue golpeada por la S. Iglesia y destruida... y, ¿por qué?

«La humildad requiere que vosotras creáis que recibisteis este terrible golpe por vuestros pecados, por vuestras inobservancias... Y así con gran espíritu de humildad, con gran compunción y contrición, tenéis que apegaros a estas nuevas reglas, y tomar este reglamento como un medio que os ofrece el piadoso Señor para vuestra resurrección espiritual. No olvidéis este medio de

salvación. Considerad que de la perfecta observancia de estos puntos de regla podrán salir las ventajas más grandes, o sea que vosotras seréis una comunidad santa, que atraerá otras almas a esta santa vocación, que las casas irán siempre adelante, que abriréis nuevas casas, y así se multiplicará el bien de las almas en la S. Iglesia... y la divina Misericordia podrá daros más de lo que perdisteis».

Y fue justamente así. La institución no sólo se recuperó, sino que empezó a prosperar felizmente. En 1919 por una divergencia con Mons. Rázzoli, Obispo de Potenza, hubo la Visita Apostólica de Mons. Farina, y luego las Hijas del Sagrado Costado se partieron en dos ramas: *Misioneras Catequistas del Corazón de Jesús*, dependiendo del Obispo de Potenza, y las *Hermanas Misioneras del Sagrado Costado*, que permanecieron fieles al Siervo de Dios y después de su muerte se afiliaron a la Compañía de Jesús. Ambas congregaciones son de derecho pontificio y, con la ayuda de Dios, actúan mucho bien en la S. Iglesia.

CAPÍTULO XII

EL PAN DE S. ANTONIO

1. Las estrecheces económicas

Ya mencionamos que, entre las muchas tribulaciones de sus obras, durante más de veinte años, una de las más insistentes estaba constituida por las estrecheces económicas: tribulaciones que el Siervo de Dios pudo superar entregándose ciegamente a la Divina Providencia.

«Considerada por el lado de los medios de subsistencia – escribe en 1901 – esta obra no tiene que la durada de un día, o sea de hoy solamente, y para mañana, el vacío. Sin embargo, de esto no nos preocupamos mucho, pareciéndonos que lo importante para una Obra sea atender a la divina gloria y al bien de las almas, con recta intención – que es pura gracia de Dios – y que las Obras se formen no con oro y plata, sino echando los cimientos en los

purísimos principios del temor de Dios y de las santas virtudes cristianas. De esto sí, nos preocupamos al punto que más veces queríamos desistir...

«Además, aquella Divina Providencia que alimenta los pájaros del aire y viste los lirios del campo, nunca nos falló, ¡sino que a menudo nos socorrió en modo verdaderamente admirable!».

En los tiempos del Siervo de Dios – y ya lo destacamos – faltaban aquellas leyes y providencias inspiradas a la justicia social, que son una conquista de nuestros días. El huérfano que no tenía bienes en familia quedaba abandonado, y el que se comprometía en obras de beneficencia podía sólo contar sencillamente con la caridad particular. El hábito talar, luego, generalmente, provocaba sombra, especialmente a los administradores de la cosa pública.

2. «Yo soy cura...»

Por la petición de una ayuda de L. 3.000, que el Siervo de Dios había dirigido al Ayuntamiento de Mesina con ocasión de las fiestas de mediados de agosto de 1902, le tocó padecer, con la negación de la ayuda, un montón de invectivas en la asamblea del consejo, que suscitaron una vibrada reacción.

«Los señores consejeros contrarios a mí – él dijo fieramente – hacen cuestión de partido y de principios, ¡pretendiendo que por tres mil liras yo tenga que vender mis principios por los de ellos! Pero si ellos no creen, si son racionalistas o ateos, o enemigos de los curas, yo soy cura, soy sacerdote, soy católico, apostólico, romano, soy fiel a mi uniforme, estoy feliz de mis principios de religión, que me sostuvieron y me sostendrán en la tremenda lucha de la salvación de muchas infelices criaturitas, que, con todas las declamaciones e invectivas de mis contrarios, ahora estarían o en

las cárceles o bien en las casas de prostitución. Estoy consciente que mi dirección educativa mira a formar jóvenes con buenos costumbres, trabajadores y civiles.

«Quedé indiferente a la sustracción de la ayuda de las tres mil liras anuales, ¡porque siempre confíé en aquella altísima Providencia que alimenta los pájaros en el aire y el verme bajo la piedra! ¡Sólo me quedó un sentimiento, una mezcla de horror y piedad, constatando en qué dirección corre la actual Sociedad!».

3. *Todos los necesitados recurrían a él*

Su modesto patrimonio de familia terminó muy pronto, y las necesidades se multiplicaron día tras día, tanto más que los que acogía eran para su caridad un círculo demasiado estrecho.

Todos los necesitados recurrían a él y nunca salían de él insatisfechos; él daba sin cálculos y sin reservas, daba siempre y daba a todos; y cuánto menos sentía de tener, tanto más era largo en dar, convencido que era justamente esto el secreto para atraer las divinas complacencias y casi obligar la Divina Providencia a la más larga liberalidad.

En Mesina se usaba decir:

“Esta es la casa del Padre Francia, el que viene se sienta y come”.

El Siervo de Dios dejó escrito para sus hijos: «Recuerden los Rogacionistas que nuestra Obra Piadosa nació con esta santa misión de dar; y cuánto más demos, tanto más el Señor nos dará, habiendo dicho: *unum datis et centum accipietis, et vitam æternam possidebitis*; por uno que daréis se os dará el céntuplo y tendréis la vida eterna. Y, en otro lugar: *beatius est magis dare quam accipere*; es mayor suerte dar que recibir».

¡Qué alegre espectáculo era verlo entre los pobres! Comer con ellos, después de haber recogido de ellos, de rodillas, por amor de Dios, un poco de su comida; hablar con ellos afablemente, catequizarlos, repartir las limosnas, ¡mientras el rostro se le alumbraba por la alegría! Sacaba el dinero de una cierta olla de metal y decía sonriendo: “Aquí dentro las monedas hierven y se multiplican para los pobres...”.

4. *Una acusación que disgusta*

Los principios sobrenaturales eran la regla constante de su vida y alumbraban toda su actividad benéfica. Naturalmente no faltaban los críticos; pero él no se daba por entendido, y en una cierta ocasión quiso también justificarse.

«Se me acusa – escribe – que socorro a los pobres. ¡Esta acusación, en realidad, me disgusta! Socorrer a los pobres afligidos, miserables, abandonados, los que mueren de hambre y frío, lisiados, ciegos, inhábiles para el trabajo, es obligación de cada cristiano, incluso haciendo esfuerzos. Jesucristo Señor Nuestro, nos enseñó de hacer a los demás lo que quisiéramos que nos hiciesen a nosotros.

«Pero no tenéis los medios para socorrerlos, tenéis los huérfanos para proveer».

«Yo nunca quité nada a mis huérfanos acogidos para socorrer a los pobrecillos. Los medios los procuré por la pública beneficencia, y constaté que una Providencia soberana, ante la cual el pobre no vale menos que un rico, nunca me hizo faltar los medios para dar un poco de sopa y algo de pan a los pobres más derelictos y necesitados.

«Pero socorréis mendigos, que podrían trabajar».

«Ruego a mis señores de venir alguna vez en la hora del mediodía a mi Instituto, y verán la piscina probática. Verán viejos decrepitos, ciegos, lisiados, languidecientes por el hambre. Les aseguro que unos cuantos los cogí del suelo desmayados por el hambre. Si luego entre muchos haya alguno en paro, ¿acaso no hay entre los parados los que, aunque quieran trabajar, no hallan trabajo en su arte? ¿La sociedad tiene que condenarlos a muerte? Pero la caridad y la humanidad no se atreven a hacerlo, no se atreven negar al menos un trozo de pan.

«Pero sabemos que algunos os engañan y os roban».

«Puede ser que bajo las mentidas formas de extrema pobreza se esconda tal vez algún ladrón y me roba la sopa y el trozo de pan (¡mucha cosa en verdad!). Pero yo no puedo adoptar el dicho: *¡para que el culpable se condene, que muera también el justo!* ¡No puedo, digo, por temor de dar el trozo de pan a un mendigo falso pobre, negarlo a muchos infelices!

«¡Me roban! Pero, por favor, señores, ¿jamás ustedes fueron robados? ¿Jamás la humana fraude y simulación os sacó dinero del bolsillo o de la caja fuerte, a pesar de vuestra vigilancia y atención? Ay, ¡igual os estoy tocando en una tecla muy dolorosa y os estoy despertando memorias funestas!

«Ruego, pues que no se me critique con mucha facilidad, si, mientras reparto un socorro a muchos pobres afligidos, ¡ocurre que en la multitud se mezcle un mendigo, que es, finalmente, doblemente infeliz! Sí, la sociedad no se cuidó de él cuando era chico, un ladroncito; él fue abandonado a sí mismo, se dio a la mala vida: ¿hoy la sociedad lo condenará a muerte? Al menos en el aliento celestial de la caridad podrá él hallar un aura de paz, que lo reconduzca a mejor consejo».

5. *Las deudas y los acreedores*

Con esta largueza de corazón y de mano del Siervo de Dios, era natural que las deudas se acumularan, con una consecuente seria tribulación: las insistentes peticiones de los acreedores, que llegaban tal vez hasta las injurias, insultos, amenazas.

El Prof. Gazzarra asistió un día a una escena disgustosa que podría acabar trágicamente, pero que, con suerte, tuvo un epílogo feliz. Un acreedor se presentó a la puerta, firmemente decidido a ser satisfecho o a hacer algún despropósito... El Siervo de Dios, calmo, buscaba aplacarlo; pero el otro seguía muy tozudo... La providencia intervino en el tiempo oportuno: llega en aquel momento un sobre anónimo, que paga la deuda con un margen discreto para las necesidades de la casa.

Otra vez, un tal Señ. Presente, cansado por esperar el pago del pan de los huérfanos, llevó el Siervo de Dios a juicio. En el tribunal el magistrado pidió al Siervo de Dios si tuviese el abogado. Él sacó del bolsillo una imagen de San José: “He aquí mi abogado... reconozco mi deuda y quiero pagar, y lo haré seguramente apenas la Providencia me enviará el dinero”.

En este punto el Señ. Presente protesta: “Siempre así, confianza en San José, tengo que pagar, pagaré, esperemos la Providencia... De todos modos, esperemos aún, y por hoy no se hable más”. Y así acabó la audiencia.

6. *La Providencia siempre intervenía*

En verdad, si la Providencia divina ponía su siervo fiel en las dificultades para ejercicio de fe y para acrecentar sus méritos, no faltaba de intervenir en el tiempo oportuno, por caminos que tenían

algo de misterioso: cuando todo parecía perdido, ¡en el último momento un recurso inesperado mudaba la posición! No aconteció una sola vez que en la hora de la comida o de la cena, no se hallara nada en la mesa: el Siervo de Dios recogía a su alrededor sus pequeños, los ponía en oración o, más a menudo, los ponía delante del sagrario o bien de la Virgen y la Providencia llegaba infaliblemente.

Un episodio de sabor evangélico.

En uno de los no infrecuentes días de sequía, los huérfanos habían ido al comedor mientras las mesas estaban desnudas. Entró el Padre: “Hijos, recemos y el Señor no nos hará faltar lo necesario”. Acabada la oración, he aquí que llega a la puerta, con una canasta de pan, un gran atún, que sirvió abundantemente para la comida. Había sido pescado aquella mañana, excepcionalmente en las aguas de Milazzo, y bienhechores desconocidos pensaron que pudiera servir para los huerfanitos. En otra ocasión, las Hermanas se quejaron que a las niñas faltaba ropa. Y el Padre: “¡Hacédsela pedir a la Virgen!”.

Las niñas rezan y la Virgen escucha: he aquí en la puerta un carro de ropa, enviado inesperadamente por una señora caritativa: sábanas, camisas, telas más una cama en hierro y cuatro colchones. Y, mientras en casa estaban ocupadas arreglando aquella providencia, llegó una nueva gracia de Dios: por parte de una persona desconocida, una buena cantidad de pasta...

Una noche, los jóvenes responsables de la cocina van al Padre a decirle que en casa no hay ni una gota de aceite para aliñar la ensalada.

Y el Padre: “¿Lo mirasteis bien?”.

“Muy bien; la aceitera está completamente seca”.

“Volved allí y mirad mejor”.

Se fueron al almacén desconfiados, pero se quedaron con los ojos abiertos y la aceitera estaba allí llena, cantando...

Mientras tanto el Padre, juntas las manos, elevaba los ojos al cielo en actitud de oración... Y he aquí que los jóvenes vuelven felices: "Padre, hay aceite, ¡y hasta bastante!"

Otra vez se le pidieron al Padre con urgencias 78 liras, para no sé qué necesidad improrrogable de la casa. El Padre se hallaba con el P. Vitale y el Can. Celona; sólo el P. Vitale, revisando los bolsillos, recogió pocas monedas: en total, dos liras.

"Haced entrar los chicos en la Iglesia", mandó el Siervo de Dios.

Él vistió sobrepelliz y estola, abrió el Tabernáculo y empezó el rezo de unos *Pater noster*. Acabadas las oraciones se oyó tocar la puerta. Era el cartero con un paquete urgente asegurado. Como el Siervo de Dios lo tuvo en la mano, se hizo dar las dos liras por el P. Vitale como propina para el cartero, que protestaba de no quererlas, y que, de todas formas, eran demasiadas, especialmente para el Padre Di Francia que tenía mucha gente para mantener. Pero el Siervo de Dios se mostraba siempre generoso: insistió y aquel tuvo que aceptar.

Se abrió el paquete: un par de pendientes de oro y un sobre; más un billete que detallaba: los pendientes los pegaréis a la estatua de S. Antonio; el dinero – en el sobre había cuatro monedas de oro de 20 liras cada una – servirá para las necesidades de los huerfanitos. Así S. Antonio enviaba las 78 liras que hacían falta, más la propina para el cartero.

Ya nombramos a S. Antonio, y añadimos en seguida que la solución definitiva del problema económico de la Obra del Siervo de Dios, fue tomada por el glorioso S. Antonio de Padua.

7. *El primer conocimiento con S. Antonio*

Digamos, antes de todo, cómo el Siervo de Dios se dirigió por primera vez a S. Antonio.

Este Santo no gozaba culto particular en su familia. Después de S. José, venía S. Francisco de Paula, de que llevaban el nombre el padre y el hermano del Siervo de Dios: *El Santo Padre*, como decían los auténticos mesineses de los tiempos antiguos, que no podían olvidar la milagrosa llegada del Santo al Ringo, pasando el mar en su mantel lacerado.

No recuerdo si en los primeros tiempos de su clericalo o del sacerdocio, el Padre perdió la hebilla de plata de sus zapatos, inevitable finalización de la sotana de cura en aquel tiempo, al menos en el Sur de Italia. Se le sugirió de recurrir a S. Antonio para hallarla, y él dirigió oraciones al Santo durante unos días; pero la hebilla no volvía... Finalmente, se decidió a ir a un orfebre para una hebilla nueva.

Y el orfebre le dijo en seguida: “He aquí su hebilla: ¡la hallaron en la calle y me la llevaron a mí para si se presentara el dueño!”.

¡Así S. Antonio y el Padre hicieron el primer conocimiento!

Seguidamente, S. Antonio entró en la obra como patrón particular.

8. *El cólera de 1887*

En setiembre-octubre de 1887 el cólera hizo estragos en Mesina.

Entre los huérfanos del P. Francia hubo una sola víctima: Sarino, un angelito de cinco años, muy vivo, inteligente, que conocía bien las oracioncitas y las repetía en la enfermedad: ¡murió

rezando el *Avemaría*! Entre las niñas, Rosa Di Blasi, con once años, reducida un cubito de hielo, se reanimó y superó la crisis después que el Siervo de Dios le administró el Aceite Santo.

Igual víctima del morbo habría sido el mismo Siervo de Dios, que fue contagiado, pero muy pronto fue libre y sin consecuencias: una viejita había ofrecido su vida por él y, cogida por el cólera, había muerto.

En aquella ocasión nació la devoción del *Pan de S. Antonio para los huerfanitos del P. Di Francia*. Y fue así.

Susana Consiglio, viuda Miceli, durante el cólera, prometió que, si S. Antonio la ahorrara junto con su familia, habría enviado sesenta liras a los *huerfanitos del P. Francia, para comprar pan en honor de S. Antonio*.

La gracia se consiguió, y la señora mantuvo la promesa, enviando su ofrenda a través de un criado suyo, el joven Letterío Curró. La señora comenzó a renovar la promesa frecuentemente, en cada necesidad de gracias, que S. Antonio no le faltaba de conceder por las oraciones de sus huerfanitos.

La devoción del *Pan de S. Antonio para los pobres*, desarrollada en Francia por obra de Teresa Bouffier, en Tolón, empezó en 1890, tres años después que en Mesina.

9. *Los Orfelinatos Antonianos*

El Siervo de Dios, entonces, puso bajo la protección de S. Antonio sus huérfanos, y los quiso llamar *huerfanitos antonianos* y *orfelinatos antonianos* sus institutos de beneficencia.⁸

⁸ No es para nada documentado el artificioso coloquio de nuestro Padre con el Siervo de Dios P. Joaquín La Lomía, Capuchino (1831-1905), que, según el P. Da

En una pared del pequeño oratorio fue expuesta una modesta imagen del Santo, delante de la cual se encendían las velas y los huérfanos elevaban las manos en oración. Se empezó así el culto a S. Antonio, que tenía que tener luego un grandísimo desarrollo en el templo majestuoso de la Rogación Evangélica, Santuario de S. Antonio.

Se empezó la propaganda en las iglesias en diversas diócesis de Sicilia, con las cajitas del *Pan de S. Antonio para los huérfanitos del Can. A. M. Di Francia*, con una imagen explicativa, que ilustraba la finalidad del instituto y la naturaleza de la devoción, que tiene que servir para la renovación de las costumbres y el renacimiento de la vida cristiana, y no limitarse al conseguimiento de un favor material por parte del Santo.

«La finalidad del que espera gracias por S. Antonio de Padua – escribía el Siervo de Dios – tiene que ser el verdadero bien espiritual de sí mismo y de sus familiares, en orden a la vida eterna, al revés, toda devoción degenera en superstición». Y aún: «Todo se tiene que entender en el sentido católico y no en el sentido supersticioso y simoníaco. O sea, las gracias del Santo no se compran con dinero, sino que se obtienen con la fe y con la caridad:

Porretta (*Vida popular del Can. A. M. Di Francia*, p. 50 ss.) habría acontecido en la iglesia del Espíritu Santo y al que remontaría el origen de la devoción de S. Antonio en las obras del Di Francia. La visita del P. La Lomía en Aviñón aconteció en los primeros años, en seguida después de su regreso de las misiones (1880), cuando las Obras estaban en su primer comienzo y nada se preveía ni de la iglesia del Espíritu Santo ni de la devoción a S. Antonio. Nuestro Siervo de Dios, hablando del P. Joaquín, alababa sus virtudes, especialmente la sencillez con la que contaba los prodigios actuados por el Señor por su medio; pero jamás tuvo alguna mención a lo que se pudiera referir a la devoción de S. Antonio. En cambio, Él decía a menudo que había sido animado en esta propaganda, y siempre después del hecho de la Miceli, por el P. Bernardo de Portosalvo, Fraile Menor, su confesor.

la fe pura y recta en Dios y en sus Santos, y la caridad del socorro a los huérfanos y a los pobrecillos por amor de Jesús y de su S. Antonio».

Siguió *El Secreto Milagroso*. Un opúsculo cuyas ediciones se multiplicaron cada año, y en 1908 nació *Dios y el Prójimo*, revista mensual que, en un formato bastante modesto, con una publicación que en pocos años fue superando las 700.000 copias, difundía el nombre del P. Di Francia y de sus Institutos en los cinco continentes.

Dios y el Prójimo, órgano de los Orfanatos Antonianos, duró hasta 1942; después de la guerra, cada orfanato creó su edición del *Heraldo de S. Antonio*.

CAPÍTULO XIII

«FE Y POESÍA»

1. Un poco de vena del Parnaso

Por la *Tipografía Antoniana del Orfelinato Masculino* de Oria, fue publicado en 1921 un volumen con el título *Fe y Poesía*, en que se recogieron buena parte de los versos del Siervo de Dios.

Ya hablamos, desde las primeras páginas, de su talento poético; aquí hablaremos de ello en propósito.

Él respiró poesía en su familia. «Desde los nueve años – escribe – empecé a garabateando versos. Mi padre, que no conocí, porque, muriendo, me dejó con dos años, era un buen poeta, estudioso de nuestros clásicos, y escribió y publicó versos en este estilo. Mi madre tenía también algo de gusto poético. No podía, pues acontecer que yo, y otros dos hermanos míos, no tuviésemos un poco de vena del Parnaso».

Su gusto natural se afinó y alcanzó el rigor de la forma, también esto lo decimos, en la escuela de Feliz Bisazza, que en sus tiempos gozó larga fama de poeta fácil y elegante, hoy redimensionada por cierta crítica pretenciosa. Para el Di Francia, sin embargo, él permanece un poeta «que puede estar al lado de los más grandes genios de la *moderna poesía*». *Moderna*, nota con viveza, no *contemporánea*, ¡que nos dio el *libertinaje* también en la poesía! «¡Libertad en todo! ¡Libertad de religión, libertad de culto, libertad de prensa, libertad de pensamiento, libertad de composición! ¿Por qué estar en las sílabas, en los acentos, en las rimas, en la armonía imitativa? ¡Habría sido una esclavitud del libre pensamiento!». Y, según los cánones de la poesía contemporánea, el Padre Di Francia no podría ser un poeta.

2. «Escribí... porque sentía la inspiración»

Él concebía la poesía como la concebía el Bisazza; pero no quiere por esto compararse con él: «Conozco mi límite, y me siento más empequeñecer y casi desaparezco sólo si nombro muchos y muchos poetas antiguos y modernos con que nuestra Italia abunda, ¡tierra de flores, de carmes y de poesía, encanto de la naturaleza, sonrisa de la creación de Dios!».

«Escribí – apunta – muchas composiciones en poesía siendo jovencito, porque sentía la inspiración y aún más aquel íntimo e indefinido sentimiento del bello, del puro y dulce amor de todo lo que es bueno y santo. Aconteció que lo que se siente con un poco de poesía, se quiere sacarlo en aquellas formas poéticas que reflejan el sentimiento interior.

«Pero fui tan lejos de considerarme verdaderamente un poeta, un literato, que casi todos mis componimientos los perdí y

abandoné. Haberme luego dedicado modestamente en las obras de beneficencia para los huérfanos derelictos y para los pobres, me quitó no poco tiempo a los estudios literarios».

De todas maneras, es cierto que él trajo de la naturaleza el alma noble y delicada, corazón exageradamente sensible y afectuoso, fantasía excitable y creadora, sentimiento íntimo y cortés, que le salía límpido y muy fácil, rico de imágenes bonitas y bellas. Y ¿qué se desea, después de esto, para tener el poeta?

El volumen *Fe y Poesía* salió no ciertamente por el interés del autor que, en cambio, así explica su origen: «Hace años, los buenos jóvenes de mi Instituto, con toda diligencia se pusieron en búsqueda de mis pobres escritos, los recopilaron y me pidieron que les concediera publicarlos. No quise negarme, después de que, con tanto afecto, habían emprendido la *poética hazaña*».

3. *Su programa*

En 1869, publicando un opúsculo: *Primeros versos de Aníbal Di Francia de Mesina*, encierra el prefacio con el programa que tiene que iluminar la obra del poeta: «¡Sus ritmos serán la grandeza de su patria y las glorias de su Dios!».

¡Las glorias de su Dios! He aquí el resumen de toda la obra poética del Di Francia y el programa al que fue constantemente fiel durante toda la vida: siempre Dios es el tema de su canto: Dios en el SS. Sacramento, Dios en su SS. Madre, Dios en sus Santos, Dios en su Iglesia.

Es obvio que no todos los componimientos tienen igual valor. Ímpetu lírico, forma escogida, consistencia de pensamiento, genialidad de concepción no pueden acompañarlo siempre ni sostenerlo constantemente en las alturas.

Se añade que el autor – como comprendimos por él mismo – no es literato de profesión y en su laboriosa existencia, tuvo, diría el Papini «algo mucho mejor que hacer, que juntar cantos de versos rimados». Le tocaba correr aquí y allá, donde lo requerían las muchas necesidades de sus casas de beneficencia y los versos eran casi siempre escritos entre los más graves asuntos, algunos también en viajes, en los trenes. Un buen número se destinaron a ser cantados por los devotos de Santos y Santas, para su fiesta, y escritos, por eso, «con estilo bastante popular y plano y en correspondencia siempre con relativas oraciones».

No faltan, sin embargo, componimientos «que conservan una forma y un estilo no sencillo y popular, sino más bien elevado y poético, por cuanto mi limitada capacidad o mi pequeño genio pudieron». Entre estos están las octavas a la Virgen de Lourdes, los recuerdos romanos, los versos en muerte de Carolina Taccone Gallucci y de Santi Nicolás Proto, el polímetro en muerte del Cab. Jaculano y algunos otros más.

4. *Los himnos del 1º de julio*

Después de la muerte del Siervo de Dios se publicaron *Los Himnos del 1º de julio*, que celebran la gran fiesta eucarística de la Obra: el regreso de Jesús Sacramentado. De la fiesta hablaremos más adelante, aquí decimos que un número del programa llevaba un himno nuevo a Jesús y uno a la Virgen relativo a los títulos, para cantarse en la iglesia por las comunidades.

«Notamos en seguida que todos los componimientos fueron escritos sin ninguna preocupación literaria: no era el caso por aquel pueblo de niños y pobres que no buscaban la literatura; pero hay allí todo el corazón del Padre que desborda y toma ocasión del

regreso de Jesús Sacramentado para renovar a Él la protesta del amor y de la fidelidad constante.

«Por eso, ordinariamente, los himnos tienen tres partes, de las que la segunda tiene un carácter general, o sea desarrolla y canta las glorias del nuevo título, mientras la primera y la tercera reflejan la naturaleza y las circunstancias especiales de la Obra, nacida entre dificultades, rica de inmensa confianza en Dios, adornada por un blasón de honor sobrehumano por aquella gran palabra de Jesús: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*; palabra y mandato divino que es recordado y repetido en mil maneras, como el que formaba la gran ansiedad del corazón apostólico del Fundador, que en el *Rogate* reconocía el secreto de la salvación de las almas y de todo el mundo.

«Los himnos generalmente se abren con un grito de alegría por el feliz regreso del Señor, o con una encendida invocación a Él, ardiente suspiro de la Obra, que lo implora con gemidos en la amargura de su momentáneo alejamiento.

«En la última parte hay el recuerdo del misterio eucarístico: Jesús en la Eucaristía nos recuerda el sacerdocio, que esta Eucaristía genera, guarda y reparte a las almas, que todas sienten en la Eucaristía los efectos saludables del nuevo título, pero en modo especialísimo los siente y gusta la Obra, que pone su gloria en vivir y consumirse alrededor del sagrario. Y estos conceptos muchas veces repetidos, son representados siempre con palabras nuevas, con acentos enfocados, vibrantes con sagrado entusiasmo y fervor celestial.

«También la SS. Virgen y los diversos Santos nuestros patronos son considerados en los himnos bajo esta luz: la celestial protección por ellos explicada principalmente a favor de la obra en sus vicisitudesfortunosas» (DI FRANCIA, *Los himnos del 1º de*

julio, p. 18).

5. *Algún ensayo*

El Siervo de Dios reúne a todos sus hijos alrededor del trono eucarístico de Jesús, *dignísimo de infinitas alabanzas*:

*Niños arrancados al olvido
De una suerte infeliz al peligro,
Huerfanitas criaturas de Dios,
Castas vírgenes sagradas al Señor;
Y vosotros todos de la ceja húmeda,
Pobrecillos en el duro abandono,
Todos y todas postrados a su trono,
Alabemos Jesús redentor.*

Viene Jesús, *divino edificador*:

*¡Vuelve! ¡Vuelve! Elevad gritos
De alegría que rompen de los férvidos pechos;
El pequeño vergel se alegra y sonríe,
Un día de fiesta para los hijos nació.
El Dios de los altares, el Amor de los escogidos,
De los cielos estupendos de eterno zafiro,
De los astros refulgentes que danzan en giro,
Edificador divino volvió.*

He aquí, llega el *Divino Emperador*:

Oh, como sonido de harpas angélicas,

*Como explosión de armonías
De los espacios interminables
¡Todos invade campos y vías!
Es librarse en alto vuelo,
En un mar de esplendor,
Con un grito, un grito solo
¡Viva el Divino Emperador!*

¡Qué íntima pena la ausencia de Jesús Sacramentado en la capilla muda y desierta!

*Llorar parecía la escuálida
Capilla desadorna
El abierto sagrario
Parecía decir: ¡vuelve!
¡Vuelve! Parecían gemir
Los apagados candelabros,
Sobre los inocentes labios
Callaba el himno fiel.*

He aquí el programa de la Obra, el Rogate:

*Salve, Jesús, entre los escombros
Un arbolito germina,
De tu Rogate el púlpito
Le vibra en cada hoja
Y ruega... ¡oh Dios! Lo prospera
¡Con el suyo, con tu rogar!*

La gloria de la Obra: sumergirse en el Corazón divino,
154

hoguera siempre ardiente de eterna caridad:

*Y tú, pequeña chispa desconocida
Errabunda, de los remolinos juego
Va, entra en aquel Corazón que chispea
En las llamas de su caridad.
Aquí toda perdida en aquel fuego,
Arderás en los éxtasis de amor
Consumirte allí dentro aquel Corazón
Tu gloria más bella será.*

El Di Francia revisaba su producción poética sagrada a la luz del apostolado, y escribía que «estas cositas, porque dirigidas al sagrado culto y al honor de los Santos del Señor, me sacarán mayor provecho para el bien de mi pobre alma, ¡y tal vez me parecerán más bellas de muchas otras, pintadas por mi vanagloria!».

Nosotros creemos, en cambio, que estas *cositas* podrán merecer al autor su buen sitio entre los poetas sagrados populares de nuestra literatura.

6. Poema en prosa

El Siervo de Dios usaba también la poesía en prosa. En algunas circunstancias escribía unos componimientos que titulaba *Salmos*, en prosa, pero la ola de la poesía se sentía rápida y ferviente, para encadenar el espíritu y raptarlo para la contemplación.

Para el 3er centenario de S. Luis (1891) publicó *Lirio y Ángel*, que *La Madre Católica* de Brescia, publicándolo enteramente, definía «Admirable cántico demasiado bonito y demasiado altamente inspirado... y nosotros lo decimos cántico porque,

aunque escrito en prosa, es todo poesía, y de la más divinamente inspirada, tanto que a nosotros parece no tenga nada para envidiar a los Cánticos de Salomón».

De estas composiciones se nos quedan una docena: una para las bodas sacerdotales de S. Pío X, otra para las bodas de plata episcopales del Venerable Dusmet, arzobispo de Catania; muchas dedicadas a la Virgen.

7. *¡Sine labe!*

Como ensayo recordamos un salmo a la Inmaculada:

«Un frémido de alegría corre en las cumbres del Hermón, del Amaná y del Carmelo, y los altos cedros del Líbano se conmovieron por la exultación...

«Y Dios dijo a sus Ángeles: Id, recoged el rojo de las rosas, el bruno de las violetas, el blanco de los jazmines, el candor de las camelias, cuando están abiertos por el rocío de la mañana;

«Y recogedme la fragancia de todas las flores, el perfume del cinamomo, del aloe y de todos los aromas, que destilan de la corteza de los árboles.

«Dijo el Señor a sus Ángeles: llevadme el azul de los mares cuando no están agitados de la tempestad y el azul de los cielos, que se extienden como una faja en el espacio.

«Y los rayos del sol, cuando en la primavera resplandece en el valle de Betsaida, y la luz que tiembla de las estrellas que parpadean en el firmamento, y el esplendor plateado de la luna, cuando se refleja en las pescaderías de Hésebon.

«Y los Ángeles del Señor bajaron volando en la tierra, y recogieron el rojo de la rosa, el bruno de la violeta, el blanco del jazmín, el candor de la camelia, la fragancia de todas las flores y de

todos los aromas, que destilan de la corteza de los árboles.

«Y recogieron el azul de los mares y de los cielos, y los rayos del sol y la luz de las estrellas y el esplendor de la luna que se refleja en las pescaderías de Hésebon.

«Y pasaron volando en la tierra, para volver ante la presencia del Altísimo y vieron los hijos del pecado, que yacían temblando y mojados de lágrimas, fuera del Edén, donde habían nacido, y los consolaron.

«Y al Altísimo le gustó y formó la belleza de todas las bellezas, un perfume de todos los perfumes, un esplendor de todos los esplendores.

«Por esto la Mujer fue hecha Inmaculada y Ella salió de la mente de Dios como la estrella matutina, que amanece del oriente: por eso fue llamada María, que significa luz.

«Y la bendición del Altísimo la penetró en toda el alma, y el fuego del Espíritu Santo le envistió todo el corazón y la llenó con todas las gracias.

«Ella bajó de los firmamentos y se asomó al horizonte: y los cielos se doblaron bajo sus pies y las estrellas temblaron exultando y los Ángeles del Señor recogieron los orlos de su veste; los céfiros, luego, movieron sus cabellos.

«Ruido de tempestades, estrépito de mil guerreros que se pelean con lanza y cota de malla y se chocan con los escudos en los campos de Amalec.

«Satanás eleva gritos de rabia; él abre sus fauces de par en par como las bocas del Etna, cuando ruge como el trueno y echa en alto sus llamas.

«Y sus ojos echaron relámpagos como en la noche oscura, y las garras enganchadas de un buitre, que tormenta el corazón de su presa.

«Ya de sus patas gotea la sangre de las víctimas, y su vientre está todo lleno de la carne del pecado, y con el giro de su cola descolocó hasta los astros del firmamento.

«Elevad, oh hijos de la tierra, elevad las manos a los firmamentos y entonad un cántico de alegría.

«Ceñid con la fortaleza vuestros lomos y vuestros pies sean siempre en la danza como los pies de un joven corzo.

«Porque el Altísimo hace grandes cosas: Él es el que derriba del trono a los poderosos y dispersa los ejércitos como un puñado de arena, que el peregrino pisotea con su pie; Él es el que destroza la cabeza de Satanás.

«La Mujer destrozó la cabeza de Satanás; la Virgen rompió la cerviz del dragón; la Inmaculada trituró la cresta de la gran serpiente.

«Ella pasó victoriosa: por esto, un fermento de alegría corre por las cumbres del Hermón, del Amaná y del Carmelo y los cedros del Líbano se conmueven por la exultación.

«Por esto es saludada Reina del universo, y las generaciones se consuelan y la naturaleza que no tiene espíritu y vida, y la que tiene espíritu y vida exclaman: alabanza eterna al Altísimo que hace cosas admirables: alabanza eterna a la Mujer *sine labe*».

Este poema en prosa nos parece un espléndido comentario de los inalcanzables versos de Dante:

*En ti misericordia y luz piadosa;
en ti magnificencia; en ti se aduna
cuanto hay en la criatura bondadosa.*

(Par. 33, 19-21)

CAPÍTULO XIV

SU VIDA INTERIOR

1. El espíritu de fe

El venerando Obispo de Oria, Mons. Antonio Di Tommaso, enseñando un día el Siervo de Dios a un sacerdote suyo, decía: “¡Aquel hombre quiere ser santo a la fuerza!”, y quería significar el compromiso y la constancia con la que él perseguía la obra de su santificación.

Para él la santificación no era otra cosa que crecer día tras día en el amor de Dios y en el espíritu de total inmolación por Él, a servicio del prójimo. Propuso: «Tenderé con todas mis fuerzas a destruir en mí el hombre viejo, a mortificar totalmente mis malos hábitos y vestirme con el hombre nuevo según Jesucristo».

Los herederos de los propietarios del Barrio Aviñón le

movieron causa porque no creían legítima la adquisición echa por él. El caso preocupaba, y el Instituto hizo lo que tenía que hacer por su parte y trabajó activamente para preparar con los abogados de defensa. Nombró también una corte celestial, formada por Ángeles y Santos por los que estableció un turno de prácticas devotas y pidió también la ayuda de oraciones de numerosas comunidades socorridas por él. Pero luego se puso tranquilamente en las manos de Dios. La causa, vencida en tribunal y en la apelación, se perdió en el tercer grado de juicio. Como tuve noticia, informé el Siervo de Dios: “¡Padre, perdimos la causa!”. Él no hizo relevar ningún gesto de sorpresa o asombro. Se limitó a destacar: “Hijo mío, ¡Dios gana siempre, gana siempre!”. Y, como si nada fuera, empezó a hablar de la próxima peregrinación que en aquellos días nuestras Comunidades tenían que hacer a la Catedral, para la Virgen de la Carta, ocasión en la cual tuvo el sermón.

La causa finalmente se ganó en la nueva Corte de Apelación de Palermo.

La causa si vinse poi definitivamente alla nuova Corte di Appello di Palermo.

2. «Antes de todo, ¡obediencia a la S. Madre Iglesia!»

Su sumisión a la Iglesia era total e incondicionada.

Escribía al P. Vitale: «¡Actuar con las reglas de la S. Iglesia escrupulosamente es adivinar siempre, como el que se regla con la santa obediencia! Antes de todo, obediencia a la S. Madre Iglesia».

Habiendo sabido que era sospechado de pertenecer a la falsa doctrina de la *teosofía*, en una carta a la Señora Zúccaro protesta enérgicamente «que esto no fue jamás. Si por un solo momento

hubiese admitido esta errónea y falsa doctrina, habría renegado mi santa fe católica, me habría opuesto a todas las enseñanzas de la S. Iglesia... La falsa y errónea y fantástica doctrina de la teosofía es una de las muchas herejías que aparecieron en el mundo... uno de los muchos delirios de la mente humana... queme estos volúmenes, parto de mentes desequilibradas y lejanas de Dios y de la verdad; quede firme en lo que la S. Iglesia enseña».

Leemos en el autoelogio: «Amó la S. Iglesia, se humillaba con gran amor delante del Sumo Pontífice, sufría por los progresos del mal y se complacía con los del bien».

Su devoción al Papa era sin medida. «Consideraré siempre el Papa, hasta el último respiro de mi vida, como la persona misma de Nuestro Señor Jesucristo y con el mismo amor lo amaré y le obedeceré. Todos los intereses del Sumo Pontífice serán intereses vivísimos de mi corazón... Los dolores y las penas del Sumo Pontífice, serán penas y dolores míos... en mis mezquinas oraciones, el primer objeto será el Sumo Pontífice y todas sus intenciones». Prescribe a los Rogacionistas: «En la predicación, en la enseñanza de la doctrina cristiana, mucho más en la educación de los propios jóvenes, se pondrá todo cuidado en inspirar amor, reverencia, obediencia y culto al Sumo Pontífice. Para este fin se harán instrucciones populares sobre la doctrina *De Romano Pontifice*, especialmente en la infalibilidad, y aprovechará recordar hechos gloriosos de la Historia Eclesiástica relativos a los Sumos Pontífices».

Sufría inmensamente por cada ofensa al S. Padre.

En Perugia había sido dolorosamente afectado por un monumento que sonaba como insulto perenne al Papa: ¡el grifo – emblema de la ciudad – que rasgaba la tiara! A nuestro P. Santoro, que iba a escuchar el P. Gavotti, del Centro de la Moralidad, bajado

a Mesina para un ciclo de charlas, le encomendó vivamente de decir al dicho Padre de activarse en todos los modos para hacer cesar aquella suciedad.⁹

Su amor al Papa tenía unas expresiones cuánto más filiales.

Cuando Bendito XV prescribió tres ayunos para la cesación de la guerra, declarando que él primero había dado el ejemplo, el Siervo de Dios lo rogó de dispensarse de esta mortificación, que habría hecho con gusto él y sus comunidades.

Diversas veces le envió un cesto bonito de mandarinos de nuestro jardín de Oria.

Lo había impresionado una imagen de Jesús en los tribunales, con las palabras evangélicas: *Jesus autem tacebat!* Para propaganda, hizo hacer una publicación, muy sencilla en negro en papel lúcido y envió un paquete al Papa, pensando que ella «no podía no salir agradable a la profunda piedad del S. Padre».

En 1919 la revolución sacudía Italia. El Siervo de Dios escribía a la Madre Nazarena: «Los tiempos aprietan terriblemente. ¡Aparte de la guerra! ¡El socialismo, la anarquía empiezan a dominar! El gobierno es impotente para reprimir: no sabemos dónde iremos a parar». Él se preocupa de las Casas, pero piensa en el Papa: «¡No tenemos que olvidar el Sumo Pontífice, nuestro Santo Padre Bendito XV! Dios no quiera que se asalte el Vaticano... parece que de esto estamos aún lejos, pero hay el peligro... ¡Recemos para el S. Padre y hagamos la ofrenda de nuestra vida para la del Sumo Pontífice!».

⁹ El monumento recuerda la revolución de 1859, largamente aprovechada por la polémica anticlerical bajo el nombre de *Estragos de Perugia*. El insulto deprecado fue suprimido hace tiempo.

3. *Los votos de la confianza*

Su confianza en el Señor era ilimitada y a ello se había obligado con triple voto: 1) jamás desconfiar de la bondad y misericordia de Dios acerca de sus pecados, seguro que todos le son y serán perdonados, a condición que él siempre recurra a Él con arrepentimiento verdadero y sincero; 2) entre las miserias, estrecheces y persecuciones en que se mueve su Institución, se obliga a no desconfiar nunca del amor de los Corazones SS. de Jesús y de María, que lo liberarán de todo mal, incluso actuando prodigios de misericordia y de amor; 3) apoyado en las promesas de Jesús, él se compromete con voto en creer en la eficacia de la oración, que siempre será atendida, a condición que se haga con recta intención, humildad, fervor, perseverancia y unión a la adorable voluntad de Dios.

4. *Espíritu de oración*

He aquí su enseñanza: «La vida interior, la unión con Dios, el celo, la caridad, la sed de las almas ofrecen una gran arma al hombre de Dios, con que él hace grandes cosas para el Señor y las almas, no tanto con sus afanes personales, con sus sacrificios personales, con el oro, con el ingenio, cuánto por un invisible, o mejor, por un visible concurso del divino poder. Esta arma con la que todo se gana, esta llave de oro, que abre los tesoros de la divina gracia, es la oración. Un Siervo de Dios, que oí predicar una vez, decía una frase escultural inolvidable: “Dios es todopoderoso, pero la oración es todopoderosísima».¹⁰

¹⁰ Se refiere al P. Cusmano y a su visita a las Casas Aviñón en mayo de 1885.

El Rogacionista «tiene que fundar la esperanza de su verdadero incremento en el espíritu de oración. Si se usará bien el gran medio de la oración, todo irá bien, pero, si falla la oración, se secará el manantial de gracias y todo perecerá.

¡Quod Deus avertat!».

La santidad es vinculada con la oración: «Los santos fueron muy sabios sirviéndose de este gran medio, no sólo para salvarse, sino también para crecer en toda más heroica virtud para vencer y derribar en ellos toda su desordenada pasión, para vencer toda dificultad en superar todo el infierno, para santificar y salvar innumerables almas y actuar prodigios asombrosos. Pusieron su fatiga, su obra, sus sacrificios de todas maneras; pero ni las fatigas, ni sus obras, ni sus sacrificios tendrían valor sin la oración fervorosa e incesante».

La vida del Siervo de Dios era toda una oración, más bien, él vivía de oración. Recogiendo las oraciones escritas por él para las circunstancias más diversas, tendremos unos volúmenes: pide a N.

Escribe: «Jamás olvidaré aquel discurso ferventísimo suyo. El tema fue: *la oración humilde y fervorosa como creadora de obras que se empiezan para la gloria de Dios y el bien de las almas*. Él ponía toda su alma delante de Dios, por lo cual la oración penetra los cielos: parecía que él mismo se anonadase delante del Altísimo, mejor, que reprodujera aquella profunda íntima humildad y perfecta amorosa confianza, con que él había ya tomado el hábito de anonadarse en el sentimiento de la propia nada ante la divina presencia, y de lanzar su corazón al Sumo Bien Jesús con aquel fervor, con el que había arrancado tantas gracias al Corazón adorable del Divino Redentor. ¡La conclusión de su discurso fue sublime! Él dijo: “Si Dios es todopoderoso, la oración así hecha es todopoderosísima”. Esta expresión me chocó, me instruyó, me reanimó. Pasaron 38 años de aquel día y aquel sermón la tengo presente como si fuera de ayer. Tal vez acompañaba sus palabras, cuando hablaba de dicha oración, con una sonrisa que tenía algo de dulce y diría casi de celestial. Acabada él la S. Misa, fui a celebrarla yo, y él me ayudaba a vestir los hábitos; y como yo quería evitarlo, me dijo: “*cui servire regnare est*”» (Informe de 1923).

S. y a la SS. Virgen, a los Ángeles y Santos patronos suyos el crecimiento en las virtudes, el crecimiento de amor divino, y no duda, con sencillez infantil, a bajar en particulares necesidades del día: *hoy me hace falta tanto, pensad Vos en ello; hoy estamos sin pan, proveednos; aquel acreedor se mostró muy bueno con nosotros, él necesita y nosotros no podemos pagar, recurrimos a Vos...*

No cesa de pedir el *espíritu de oración*: «Querido Jesús, Maestro divino, Vos mandasteis la oración como medio necesario para la salvación, dadnos el espíritu. Dadme un espíritu de dulzura y mansedumbre en todas las cosas, el espíritu de perseverancia con la completa victoria sobre los sentidos y sobre la gula».

El Siervo de Dios quería que se aprendiera a rezar, más que con formas determinadas, con gemidos del corazón. «El alma ejercitada en la oración mental, en la meditación y en la mortificación; el alma que siente el amor de Jesús, el vivo interés de los intereses del Corazón de Jesús, el vivo compromiso de conocer a Jesús y amarle; que siente la compasión y el celo ardiente de las almas; esta alma de virtud y sacrificio, no necesita aprender fórmulas de oraciones por los libros, sino el Espíritu que está en ella la hará gemir *gemitibus inenarrabilibus*, con gemido inenarrables... ¿Quién puede decir cuántas continuas gracias arrancará esta alma de los más escondidos rincones del Corazón de Jesús para toda la S. Iglesia, para todas las almas peregrinantes y purgantes y para todo el mundo?».

Hasta que lo asistió la salud, la oración nocturna le era habitual. No conocemos los dones extraordinarios que él gozaba en hecho de oración: pero es cierto que los diversos grados de ella, descritos por S. Teresa y San Juan de la Cruz, no presentaban por él ninguna dificultad: y esto – apunta sabiamente el P. Vitale – no

parece que se pueda explicar sin una cierta personal experiencia.

¿Acaso el Siervo de Dios tenía distracciones en la oración? Podríamos pensar que no, al menos habitualmente, por lo que él escribe que ciertamente tiene que reflejar su estado personal: «Creemos que cuando el alma es de veras mortificada y diligente en sus deberes, difícilmente se verifican y fácilmente se eliminan».

Fruto de la oración era su habitual unión con Dios. Revela el Can. Celona: «Su mente estaba sumergida en Dios; también externamente parecía absorto en Dios». Y un muy bueno misionero jesuita, el P. Fazio, salido de un coloquio con el Padre, exclamó admirado: «¡Este hombre está todo lleno de Dios!».

Si esta era la oración del Siervo de Dios, ¿qué maravilla hay que la respuesta del Cielo viniera a menudo por caminos impensados?

5. *Humildad*

Fue profunda su humildad. Él es «un miserable pecador, la abominación del cielo y de la tierra, que ya no tiene derecho al aire que respira, ni a la tierra que lo sostiene, que tendría que estar eternamente bajo los pies de Lucifer». Reflexionando en las muchas gracias recibidas por el Señor, declara: «No sólo me siento abismar en mi nada, sino un gran temor me coje, pensando que todos estos tratos de la Divina Misericordia pueden formar un nuevo cúmulo de deudas para mí ante la Divina Justicia».

Guardó celosamente, a partir de 1887, una estampita que le había ocurrido en las manos: el Niño Jesús que aferra una gran cruz, reclinado al lado de un burrito estirado en el suelo. Él se siente representado en aquel animal y, detrás de la imagen escribe esta oración: «¡Oh Jesús buen Dueño, tened piedad de vuestro burrito!

Mirad cómo está dolido y languideciente: ¡dadle el alimento de vuestros pastos abundantes y saciadlo en vuestros límpidos manantiales! Montadlo, oh Jesús buen Dueño, y excitadlo con el poder y la suavidad de vuestra palabra para que camine en vuestros caminos y Os lleve dónde queréis. ¡Hacedlo obediente a vuestra voluntad bajo el gobierno de vuestra mano piadosa! Oh Jesús, buen Dueño, si vuestro burrito no se quiere rendir, golpeadlo sin problemas con vuestra S. Cruz y hacedlo perfectamente dócil a vuestros gestos. Haced que el burrito Os conozca como su único y verdadero Dueño y Os sirva con paciencia, humildad, mansedumbre y Os lleve siempre dónde Vos queréis. Amén».

No quería ser llamado Fundador. A menudo ponía el tema en burla: *rompedor, fundidor, comilón*, y en una carta a Melania se firma *fundador, superior y director des châteaux en Espagne* (de los castillos en el aire). La Obra la fundó Dios, y los Corazones SS. de Jesús y de María son sus divinos Superiores, según la solemne proclamación que hizo el 1 y 2 de julio de 1913.

Escribe al P. Palma: «Veo que no hice sino destrozarlo todo, y mi vida no fue sino una cadena de errores, de equivocaciones, de inexperiencias, de temeridades y, lo que, es más, de malos ejemplos». Y otra vez, después de una derrota: «Para mí es clarísimo que el Señor dispuso así por mis pecados, ¡y me duele mucho que muchos y muchas en nuestros Institutos llevan a menudo las penas de mis culpas! El Altísimo se lo atribuya como mérito».

En su autoelogio: «¡Quiere aquella alma ya pasada que se sepa que, durante toda su vida terrena, hizo sufrir muchas almas y muchas personas y afligió muchos corazones! ¡Él pide perdón a Dios y a todos de cada mal ejemplo y de cada sufrimiento dado a quien sea!».

Al P. Vitale: «Yo siempre digo que cuando me alejo yo, las cosas van mejor, y muchas dificultades se superan. ¡Viva Jesús!».

Él había dañado la Obra de Dios, según él, y por esto se llamaba el *daña-trabajos*, más bien el *único daña-trabajos* que hubiera en la Obra, mientras todos los demás se gastaban en edificar.

Y nos decía: «¿Qué es esta Obra en los designios de Dios? Yo la imagino como un gran palacio de varios pisos, con adornos señoriles, grandes patios, amplias salas; o bien como un inmenso jardín, con parques, villas, casinos, etc. ¡Cuánto bien para hacer! ¡Cuántas almas para salvar! ¡Cuánta gloria a Nuestro Señor y consuelo a su Corazón dulcísimo! Esta Obra, ¡si Dios hubiese hallado otro en vez mío, o bien mayor fidelidad en mí! Pero, ¡ay de mí! Mis pecados la redujeron en una mísera plantita, que conduce una vida en las dificultades... ¡la dejaron confinada en la miseria de las Casas Aviñón!».

Y de su Obra escribía que ella era por él «negligentemente llevada, pero que no pude destruirla porque el Señor la protegió contra toda mi torpeza». Y aún: «¡Trabajé más para destruir que para edificar! Y si no conseguí destruirlo todo, fue porque la Obra, como parece, es de Dios, ¡y el Señor no lo permitió!».

La humildad era su virtud predilecta, porque la virtud del Sagrado Corazón.

Un día estaba en el patio mientras los jovencitos juegan animadamente... En verlo, le corren alrededor; y él: “Hijitos, ¿cuál es la virtud que nos hace más agradables al Corazón de Jesús?”.

“La humildad, Padre, la humildad”.

Sonrió complacido: ¡nos habíamos encontrado con su

pensamiento!

“Muy bien, es justamente la humildad – añadió – seguid jugando”, y se retiró.

Y en la *Carta a los Amigos*, destinada a hombres de rectos sentimientos, aunque no de práctica religiosa, intenta hacerles comprender el valor de la humildad con una argumentación adecuada para ellos: «Unos cuantos creen que humillarse quiera decir entristecerse y que la humildad sea tristeza. Pero, en cambio, es todo lo contrario: la humildad engrandece y nos eleva hasta Dios. En efecto, ella es la muerte de la soberbia, del orgullo, de la ambición, de la jactancia: todas pasiones que entristecen el hombre razonable. Ella nos hace corteses y prudentes y agradables también a los demás; ya que, como la soberbia nos hace exigentes ante los demás, así la humildad, que es madre de la modestia y de la discreción delicada, conque no se usa para jactarse de los propios méritos ni se desprecia a nadie, nos atrae el respeto y admiración de los demás».

6. *Mortificación*

Rígida mortificación. Antes de todo, él detalla bien la necesidad de las mortificaciones exteriores: «El que desprecia y tiene por nada las penitencias corporales, diciendo que bastan las interiores, muestra que no tiene ni el verdadero espíritu, ni la sabiduría, ni la verdadera ciencia de los santos, y de no aspirar tenazmente a la adquisición de las virtudes interiores. Tengamos presentes las palabras de N. S. Jesucristo: *nisi pœnitentiam egertis, omnes similiter peribitis* (Lc 13, 5): si no haréis penitencia, todos pereceréis; y el triple grito de penitencia que hizo sentir la SS. Virgen en la gruta de Lourdes, por medio de Bernardita:

¡penitencia, penitencia, penitencia! Es verdad que las sobre dichas palabras de N. S. Jesucristo se entienden sobre todo para la penitencia interior, o sea el arrepentimiento de los propios pecados por motivos sobrenaturales; pero la Palabra de Dios tiene significado de infinita extensión y, cuando inculcó la penitencia, sin la cual dijo que pereceríamos, quiso también hablar de las penitencias voluntarias, sin las cuales el alma llamada a la perfección, pudiéndolas hacer y no haciéndolas por negligencia parece al menos en relación a la adquisición de la perfección religiosa, de lo cual deriva un mal incalculable, en daño del propio espíritu, y de ello puede venir el poco arrepentimiento y el remetido propósito de confesarse, y luego todo lo demás, entre ello, el peligro de extinguir interiormente el espíritu y perder la santa vocación».

El Siervo de Dios, sin embargo, no falta de detallar que «la verdadera penitencia consiste en el ejercicio de las santas virtudes interiores» y quiere que «cada uno abrace como saludables y santas penitencias los sufrimientos, las mortificaciones, las contradicciones, las enfermedades, las molestias, y todo lo que viene de la Divina Voluntad imperante o permitente... Será también saludable y santa penitencia toda fatiga que se tendrá que hacer en el servicio de Dios y del prójimo».

Y alerta de las posibles, más bien fáciles ilusiones que se pueden cultivar en propósito de las penitencias: «Hay almas que fácilmente se engañan con las penitencias corporales: son capaces de hacer algunas asperísimas y luego faltan sin escrúpulos en la santa obediencia, en la humildad, en la caridad fraterna, en el buen funcionamiento de los oficios, etc. Estas almas haciendo penitencias corporales se creen ya santas, y así

se confirman en el mal ejercicio de las virtudes y se convierten en obstinados, poco tratables, negligentes, iracundas etc.». en este caso él prescribe que no se permitan las penitencias que ellas por capricho quieren hacer, sino que a ellas se *impongan otras penitencias también sensibles*.

En cuanto a la práctica de la penitencia, conservamos una verdadera colección de disciplinas, cilicios, cadenillas, fajas armadas con puntas de hierro, que él usaba. Siendo joven se dañó la salud con vigiliias y ayunos. Su comida era habitualmente amargada por aloe o centaurea o bien otro polvo.

Pero su más importante mortificación era la vigilancia sobre uno mismo: siempre medidas las palabras, las miradas, el gesto, la sonrisa; nunca un día de vacaciones, nunca una hora de paseo. Llevaba continuamente, según la expresión bíblica, *su alma en las manos*; y toda su vida le era siempre presente y confiesa con cándida sencillez: «Veo en mi mente todos los innumerables pecados que cometí en mi vida, aunque por misericordia del Señor, confío que ellos jamás alcanzaron la gravedad. Pero la malicia de un defecto, ¿quién puede pesarla? El Señor me hace comprender muchos defectos de mi juventud, hasta más de hace sesenta años, como ningún defecto quedó sin castigo; más bien el Señor me hizo comprender que aquel castigo fue dado para purificarme de aquel tal defecto: y recuerdo por eso las palabras de la S. Escritura: *si el Espíritu está sobre ti, no lo abandones, porque ello actuará la purificación de los pecados*. Pero hace falta tener siempre gran confianza en Nuestro Señor».

7. Pobreza

¡Cuánto el Siervo de Dios la amara se puede deducirlo de la vida que quiso llevar entre los pobres! La pobreza era para él verdadera riqueza, «perla preciosísima y firme cimiento del Instituto». ¡Oh, escualor del Barrio Aviñón! La primera vez que allí entré – fue en 1917, ¡y no estábamos en los tiempos heroicos! – no pude aguantarme de escribir al P. Vitale, en Oria, mis impresiones: «¡La pobreza de estas casitas no haría envidia a S. Francisco de Asís!».

El vestido del Padre, siempre lindo y limpio, también por la educación tenida en familia, de paño común, descolorido y consumido, le tenía que quedar encima hasta que... podía seguir, y en los primeros tiempos de la Obra se encargaba la Conferencia de S. Vicente de Paúl a sustituirlo. ¡Es bonito observar en su pequeño cuarto de Oria su perchero formado por clavos fijados en la pared, por él mismo recubiertos de trapos para evitar las manchas del óxido!

Los viajes siempre en la forma más económica. En vez de maletas, envolvía la ropa en sacos o grandes pañuelos, como los pobres y campesinos. Perdiendo o rompiendo algún objeto se acusaba de falta de pobreza, mendigaba para que la comunidad no sufriera por ello y generalmente se imponía alguna renuncia, especialmente en la mesa, en reparación.

He aquí su enseñanza. Las Obras, nacidas en la miseria del Barrio Aviñón, «recuérdense siempre su origen y tengan presente que cada casa tiene que tener una huella de su primitiva pobreza al menos por lo que será posible. Sean pobres los muebles, pobres los adornos, pobres el comedor, pobre todo. La comida sea también pobre y sencilla, aunque suficiente». Quiere que el Rogacionista «en los casos de controversia y discusión de puntos de regla» se incline «siempre hacia la parte más rígida de

la pobreza evangélica».

8. *Castidad*

En lo que se refiere a la castidad, tenemos su explícita confesión al P. Vitale: «Gracias al Señor, no conozco la tentación en esta materia»; y en su autoelogio: «Declara, a gloria del Señor, que no supo jamás lo que fueran ciertas acciones que se dicen deshonradas, obscenas etc., y no pudo entender nunca qué placer, aunque sea malo, se podría hallar en ellas». Y no creemos que se tenga que añadir nada más.

9. *Obediencia*

La obediencia él la enaltece como «virtud de perfecta santificación y de perfecta unión con Dios, porque obedeciendo al Superior y a las reglas se hace perfectamente la voluntad del Altísimo... La santa obediencia religiosa es el camino más cierto, más seguro y más corto para llegar a gran perfección; y una casa religiosa, donde todos obedecen religiosamente, es un reino de Dios en la tierra». En cambio, en los religiosos «todo empezará a faltar faltando la obediencia: el amor de Dios, el celo de la divina gloria, la humildad, la castidad, la pobreza, la caridad, la misma vocación».

Él había propuesto: «No insistir nunca en mi juicio y en mi opinión, sino, obedeciendo externamente quiero también obedecer interiormente, uniformando mis juicios y mis modos de ver a los juicios y modos de ver de mis superiores». Al P. Vitale que, asombrándose un día de verlo actuar en manera diferente de lo que antes había pensado, declaró que aquello era

el deseo de su Superior: «Y esto basta para que lo siga ciegamente».

Su Superior inmediato era el Ordinario, y hallamos en su autoelogio una frase en relación con él, que pide una explicación. Él, en efecto, se declara en culpa en sus relaciones con el superior: «Enajenó de sí y de la Obra Piadosa el ánimo de Mons. D'Arrigo, Arzobispo de Mesina». Examinando la cosa, en cambio, no hallamos en el Siervo de Dios ninguna culpa. Recordemos brevemente.

Él había sido apreciado y muy querido por el Card. Guarino, con el que el Can. go D'Arrigo alimentó difidencia hacia el P. Di Francia, pensando que le fuera hostil por su apego al Guarino. Nada de más equivocado.

«El Siervo de Dios fue igualmente fiel al Card. Guarino y a Mons. D'Arrigo. Y esta fidelidad nacía exclusivamente por un principio sobrenatural, ya que él veía en cada uno de los dos Arzobispos los representantes de Dios y de la Iglesia. Si Mons. D'Arrigo no supo entender esto, la motivación se tiene que buscar o en una mentalidad preconcebida o en el ambiente que él mismo se había formado alrededor. Mons. D'Arrigo hacía cuestión de persona y esto estaba completamente fuera del pensamiento del Siervo de Dios que, según la idea del Arzobispo, habría obstaculizado su gobierno por resentimiento personal» (cf. PAPASOGLI-TADDEI, *Annibale M. Di Francia*, p. 275).

CAPÍTULO XV

¡JESÚS!

1. «¡Enamoraos de Jesucristo!»

«No puede hacerse a Jesús amantísimo cosa más agradable, que decirle: ¡Te quiero! Él lo desea y lo quiere de nosotros. Repitámoselo, pues, a menudo; más bien, cuando con la boca no podemos, lo diremos con el corazón... Declarémosle que, con cada latido de nuestro corazón, queremos repetirle: ¡Jesús, te quiero!».

Con estas palabras el Siervo de Dios nos presentaba el retrato genuino de su alma: ¡un alma toda inflamada por el amor de Jesús!

“Enamoraos de Jesucristo”, fue el consejo que dio al P. Vitale en una de las primeras veces que lo encontró siendo clérigo; y desvelaba con aquellas palabras, y más con la expresión con que las pronunciaba, toda la riqueza de amor que le llenaba el alma.

Jesús era el espejo que tenía siempre delante los ojos, y todo el compromiso de su vida tendía a reproducir en sí mismo aquella imagen. En una página reservada, que titula *Imitación de Jesús Señor mío*, es todo un estudio de las palabras, acciones y sentimientos de Jesús para poderse conformar en todo al divino Modelo.

En particular, he aquí las principales devociones del Siervo de Dios con referencia a la persona adorable de Nuestro Señor.

2. *SS. Nombre*

Antes de todo, *el Nombre SS. de Jesús. ¡Vivat Jesus, vivat Jesus!*, era su jaculatoria predilecta, porque por él, como por S. Bernardo, Jesús era miel en la boca, armonía en el oído, gozo en el corazón. A este Nombre había dedicado en todas las Casas todo el mes de enero, para cerrarse con la solemne novena por él predicada durante 34 años seguidos. El 31, día de la fiesta – por la cual había obtenido de la S. Sede de poder celebrar dos SS. Misas del Nombre de Jesús – al mediodía se ofrece al Eterno Padre *la gran súplica*: con esto el Siervo de Dios quería hacer como una provista de gracias para todas las necesidades de la Obra para todo el año, apoyado en la divina promesa: *en verdad, en verdad os digo: todo lo que pediréis al Padre en mi nombre, os lo dará* (Jn 16, 13). «No tener fe en esta divina promesa – él decía – ¡es negar fe a la divinidad misma de Jesucristo!».

3. *El Niño Jesús*

¡Jesús Niño! Quería la novena acompañada por prácticas devotas bien adecuadas para suscitar el amor y el entusiasmo entre

los jovencitos. Hacía falta preparar la colchoneta, la almohadita, la manta, las fajas, etc. con particulares obsequios y actos de virtud para que el santo Niño pudiera nacer en los corazones. Sobre todo, quería la imitación del S. Niño, y escribió un opúsculo con 25 oraciones para ayudar las almas en la práctica de la infancia espiritual.

4. *La Pasión*

La Pasión de Jesús: era el objeto de su meditación diaria, que impuso a las Congregaciones. Un retrato del Siervo de Dios nos lo muestra con el Crucifijo entre las manos; y es bastante significativo: nos dice que la característica de su santidad se ilumina con la luz que viene del Crucifijo. Conocer y amar a Jesús Crucificado, hacerlo conocer y amar por los demás, he aquí la finalidad de su vida. Nos recuerda aquellos años en que, haciendo el catecismo a sus niños, amaba presentarles el Crucifijo, enseñando las llagas, los clavos, la corona, las espinas, el Corazón abierto, para hacerles comprender ¡cuánto nos amó Jesús!

Particular devoción tenía para el S. Rostro de Nuestro Señor, al que se consagraba todo el mes de abril. Cuidó la difusión de la santa Imagen sacada de la Santa Sábana por Celina, la hermana de S. Teresa del Niño Jesús, y quería su cuadro grande expuesto en todas las Casas. Destacaba sus preciosas características: «Se podría decir que un ángel movió la mano de la devota artista. ¡Ella consiguió a destacar maravillosamente no sólo las manchas de sangre, las llagas, la hinchazón de la mejilla derecha, la deformación de la nariz, la tumefacción del ojo derecho, sino también la dulce serenidad, la calma profunda, el sufrimiento concentrado y la sublime majestad del Divino Rostro!».

5. *La Preciosísima Sangre*

En Mesina la devoción a la preciosísima Sangre era popular, cantada ya en los primeros años del Siervo de Dios por su maestro Feliz Bisazza, con aquellas estrofas que están entre las mejores salidas de su pluma:

*Sangre del primer Mártir,
Sangre del Hombre-Dios
Que nuestros altares empurpuras
Hostia del fallo mío,
Hostia de amor placable
¡Yo me dirijo a ti!*

Pero con el tiempo, y especialmente con la revolución, había ido perdiéndose: fue mérito del Siervo de Dios que la despertó nuevamente con su predicación desde que era clérigo.

En sus Casas, a la Sangre preciosísima era consagrado todo el mes de julio, especialmente en espíritu de reparación y, además, «podríamos presentar – él escribe – este gran precio de nuestro rescate al Eterno divino Padre para la salvación de la S. Iglesia, a través la sobreabundancia de trabajadores santos y, por eso, para la salvación del mundo entero».

Mandó el obsequio diario a la Sangre divina con siete *Gloria Patri* para rezarse con los brazos en cruz, intercalados por la jaculatoria: *Os saludamos, oh Sangre inmaculada del Hombre Dios, moneda preciosa para el rescate de los pecadores.*

6. *El Sagrado Corazón*

¡El *Corazón de Jesús!* Es la reina de las devociones en el corazón del Siervo de Dios, porque «cuando se dice Corazón de Jesús se dice bondad infinita, amor infinito, caridad infinita, misericordia infinita».

Y explica: «En la vida santísima de Jesús todo es amor... pero, si miramos a Jesús en el vientre materno, en el Belén, en la vida escondida, en los milagros, en la pasión, vemos el amor en sus manifestaciones externas; no es esta la más bella contemplación del amor. Más bella contemplación es empujar la mirada dentro la humanidad santísima de Jesucristo, descubrir el Corazón de Jesús: en aquel divino Corazón se encierra todo el amor de Jesús».

Por lo tanto: «Nada es más dulce, más suave y más querido para mi alma que la devoción al Corazón SS. de Jesús. Todos los intereses de este divino Corazón quiero que sean mis intereses», y así explica el título primitivo que asigna globalmente a sus realizaciones en el campo de la beneficencia y de la religión: *¡Obra Piadosa de los intereses del Corazón de Jesús!*

«Me gloriaré de ofrecerme como amante, hijo, esclavo y víctima de este divino Corazón, y haré todo lo posible para que sea conocido y amado en todo el mundo».

«Vosotros sabéis – escribe a sus hijos – cómo este divino Corazón para nosotros lo es todo: a este divino Corazón somos consagrados, a Él pertenecemos nosotros, pertenece la Obra, pertenecen todos nuestros pobres trabajos, todas nuestras intenciones; son del Corazón de Jesús nuestras casas, nuestros Orfanatos, nuestros externados, y todo es de aquel divino Corazón».

En nuestras iglesias y capillas, quiere que domine el Corazón

SS. de Jesús; y le gustaba la imagen del S. Corazón que extiende las manos como para acoger bajo su protección todos sus hijos:

*Que nos extiende los brazos a defensa,
Casi diciéndonos: "Hijitos, estoy aquí:
No temáis..."*

Pero el Siervo de Dios insistía sobre un aspecto particular de la devoción al S. Corazón; y quiere que sea considerado como *carácter especial del humilde y pequeño instituto de los Rogacionista, creyéndolo un don particular que a ellos hace el Señor*. Y este aspecto consiste en la meditación de la «pasión íntima y amarguísima del Corazón SS. de Jesús... esta pasión abraza aquellas íntimas e inefables penas y amargas, que sufrió el divino Redentor Jesús, en todo el tiempo de su vida, en su SS. Corazón... viendo todos los pecados, todas las humanas ingratitudes, todas las almas que se habrían eternamente perdidas». Escribió en propósito conmovedoras consideraciones y oraciones.

Él ve el *Rogate* en relación a esta pasión íntima del Corazón de Jesús: el que la medita atentamente, «no puede quedar indiferente delante de los intereses de aquel Corazón divino. ¡Entonces resonará en el oído aquella divina palabra y el alma en la obediencia a este mandato halla un gran medio para consolar el Corazón SS. de Jesús en sus penas!».

7. «*¡Ad maiorem consolationem Cordis Jesu!*»

¡Consolar el Corazón de Jesús! Es la nota específica de su devoción al S. Corazón. Lo había afectado profundamente la palabra de la S. Escritura: *sustinui qui consoletur et non inveni*

(Sal 68, 21) y aquella dirigida por Jesús a Santa Margarita: “¡Tú, al menos, *dame esta consolación* de reparar la ingratitude de los hombres!” y toda su vida fue volcada en dar consuelo al S. Corazón; y de ello hizo una norma a todos sus hijos: «Como principio y fin de la regla, se prescribe que los Rogacionistas hagan todo *para la mayor consolación del Corazón SS. de Jesús*». Así, como el jesuita tiene como lema programático: *ad maiorem Dei gloriam*; el salesiano: *da mihi animas cetera tolle*; el orionino: *almas, almas*; ¡el rogacionista toma como su uniforme: *ad maiorem consolationem Cordi Jesu!*(AMCCJ). ¡Y cuántas veces en el ímpetu de su amor a Jesús aquel *maiozem* se lo entendimos mudar en *jad maximam, ad infinitam consolationem Cordis Tui, Jesu!*

8. El 1 de julio

Pero Jesús está siempre con nosotros, vivo y verdadero en el SS. Sacramento del altar. Y he aquí el sitio que el Siervo de Dios reconoce a Jesús Sacramentado en sus Institutos: «Todo el centro amoroso, fecundo y obligado y continuo de esta Obra Piadosa de los Intereses del Corazón de Jesús, tiene que ser Jesús en Sacramento». Se tiene que conocer y considerar, ahora y para siempre, que esta Obra piadosa tuvo por su verdadero, efectivo e inmediato fundador Jesús en Sacramento.

«Parece que de esta Obra Piadosa pueda decirse: *novum fecit Dominus*: Dios hizo algo nuevo; ya que, en las obras que Dios forma, acostumbra poner un fundador rico de sus gracias y de sus dones; pero en esta Obra Piadosa, que tenía que elevar como institución el mandato del divino celo de su Corazón, sin intermediación de un fundador en el verdadero sentido de la

palabra, se mostró celoso de ser Él mismo, desde el S. Sagrario, el verdadero fundador.

«Todas las gracias, las ayudas, las luces, las divinas providencias, todas llovieron de su divino Corazón en Sacramento».

¡Cómo sentía y quería que fuera sentida, por todos, la presencia real de Jesús en el Sagrario que es el centro de atracción de la Casa!

Antes de hacer sacramental el primitivo oratorio, suscitó en los acogidos durante dos años el deseo vivísimo de la divina presencia de Jesús, con ardientes oraciones y con versos patéticos, que resonaban con notas nostálgicas en las casitas Aviñón:

*Cielos de los cielos, abríos,
Baje el Dilecto a nosotros,
Encerrado en el Hostia, víctima
De su divino amor,
Venga entre sus hijos,
¡El amado Redentor!*

El 1 de julio de 1886, octava de *Corpus*, Jesús Sacramentado tomó posesión del primer Sagrario de la Obra. Vino Jesús – escribe el Siervo de Dios – «como rey entre sus súbditos, como buen pastor entre sus corderos, ¡como divino agricultor para cultivar él mismo su plantita, en cuyo germen estaba incluida la pequeña semilla de su divino *Rogate!* Vino como padre amorosísimo entre sus hijos, para formarse una pequeña familia, que viviera de su Carne y de su Sangre y fuera capaz de poder recoger de sus divinos labios el mandato del divino cielo de su Corazón: *¡Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam!*».

Y desde entonces estableció que cada año se renovara la amorosa expectación de Jesús Sacramentado con método adecuado para despertar el fervor de las almas: en los últimos días de junio se quitaba el SS. Sacramento y se repetían tres veces al día las oraciones y los cánticos; el 1 de julio Jesús volvía con un nombre nuevo: *Rey, Pontífice, Padre, Buen Pastor*, etc.; eran cada año nuevos cánticos de alabanza, que brotaban del corazón del Siervo de Dios. Se formó en este modo aquel volumen suyo de versos que se titula *Los himnos del 1 de julio*.

9. *La S. Misa*

De la presencia real pasamos a la S. Misa.

«Todos los Congregados tendrán altísimo concepto del gran Sacrificio de la S. Misa. Entre nosotros la S. Misa será el gran medio para obtener toda misericordia y toda gracia por el Sumo Dios y satisfacer las obligaciones de adoración y de acción de gracias ante su Divina Majestad... Cuando se celebra la S. Misa, se tienen que ver ríos inmensos de gracias y bendiciones que se derraman en toda la Iglesia y en todo el mundo.

«Se tiene que ver Jesucristo en persona, víctima y sacerdote, que renueva en la S. Misa todos los misterios de su vida mortal, de la encarnación a la muerte, a la resurrección, a la ascensión...

«Hace falta, pues, en la S. Misa, contemplar este espectáculo de fe, y unirse a Jesucristo para adorar, ofrecer satisfacción para nosotros y para todos, pedir cada mínima gracia, o espiritual o bien temporal, para nosotros y para todos, pedir gracias sobre gracias y misericordias sin fin para nosotros y para todos.

«Nuestras oraciones hechas en la S. Misa se unen a las de Jesucristo N. S., que se inmola en el altar para obtener todas las

gracias. Los sagrados escritores enseñan que el que, por su negligencia o falta de fe y devoción, no recibe gracias durante la S. Misa, jamás las recibirá».

Él no aceptaba, sino excepcionalmente, limosnas para la S. Misa. La ofrecía para la gloria de la SS. Trinidad, en acción de gracias por los divinos beneficios, para las necesidades de la S. Iglesia y de la Obra, para los bienhechores y finalidades parecidas, que anunciaba a las comunidades antes de la Misa, para que todos se unieran a sus intenciones.

¡Con cuánta fe celebraba! Absorto en la contemplación del gran misterio, ¡ya no era de este mundo! Las lágrimas de compasión y ternura, que a menudo le inundaban el rostro, decían toda su íntima participación al sacrificio de la Víctima divina. Y no hace maravilla que muchos buscasen un sitio adecuado para mejor verlo y seguirlo en la celebración.

Cuando se la servía yo de monaguillo, me preparaba con mucha antelación, al lado del altar, con las vinajeras en mano para la ablución: ¡era para mí una fiesta del alma poder contemplar aquel rostro, que me parecía llevar los reflejos luminosos del contacto con el Señor! Él se dio cuenta, y me dijo: “¡Deja, hijo, total libertad al sacerdote de entretenerse con Dios! ¡Tienes que quedar de rodillas en el escalón, casi detrás del celebrante y para la ablución te levantarás sólo después que el sacerdote consumió la Sangre Divina, y no antes!”.

10. La SS. Comunión

¿Qué decir acerca de la SS. Comunión? El Siervo de Dios fue apóstol de la Comunión diaria, que empezó a frecuentar a partir de los diecisiete años, aún antes de la vestición clerical; y era muy

apenado por no haber podido hacerla desde su Primera Comunión. Encontramos en sus notas que él quiso suplir a esta falta con 2.355 comuniones espirituales, correspondientes a los días que van de los siete a los diecisiete años.

Quería que el día de la Primera Comunión «dejara una huella imborrable en la vida del chico y, por lo tanto, tenía que hacerse en manera solemne y memorable». Quiere que las Hermanas asistentes «aquél día se muestren tan extasiadas por aquella santa función para así impresionar las mismas chicas, edificándolas e infundiendo en ellas, cada vez más, el deseo de recibir el gran Sacramentado Jesús». La asistencia se tiene que seguir después de la Primera Comunión, y si hay aquellas que, con el permiso del confesor, quieren hacer la Comunión frecuente y diaria, «sean vigiladas, para que la hagan siempre con creciente fervor y devoción, sino mejor hacérsela, con buena preparación y acción de gracia, cada domingo y en las principales festividades».

Habiendo notado que entre las Hermanas muchas no tenían memoria de su primera Comunión, pensó en una fiesta de la *Primera Comunión renovada*: con particular purificación de la conciencia y determinadas oraciones y prácticas, cada una tenía que renovar en sí misma el fervor de su primer contacto con Jesús Sacramentado.

Sobre la SS. Comunión había escrito para sus comunidades páginas que no se pueden olvidar, porque de la SS. Comunión «depende en particular modo su santificación y salvación y el incremento y la estabilidad de su Institución». El fruto de la Comunión, se sabe, es ligado a las disposiciones con las que se recibe. ¡Ay si hubiese el pecado! Tendríamos el sacrilegio, el máximo daño en que pueda caer un alma.

«Pero hay también otro daño – él destaca – para considerar

seriamente, para evitarlo a toda costa, con cada esfuerzo y cada sacrificio y santa violencia». Y esto se verifica cuando el alma religiosa «se acerca a la sagrada mesa eucarística con ciertas imperfecciones que no quiere reconocer y de las que no quiere corregirse». Entonces, «¿qué provecho puede sacar aquella alma? Por justo juicio de Dios, ella se ciega cada vez más, se hace mayormente responsable, se confirma en su obstinación y se convierte en más iracunda e impaciente...».

En cambio, el alma «se acerque a la santa mesa de los Ángeles con corazón angelical, con profundísima humildad, con ardiente amor, con fe viva; se acerque con amorosa confianza y ardiente deseo; se acerque famélica, sedienta de Jesús. Todos sus afectos naturales, todos los sentimientos de su corazón, todas las facultades humanas, toda la humana sensibilidad, todo se tiene que transformar en esta *inteligencia espiritual y en esta hambre y sed de Jesús*», porque «Jesús en la Eucaristía es pan que sacia los famélicos y deja en ayunas las almas infelices, que no tienen hambre y sed del Sumo Bien».

Cuando celebraba en las Comunidades, antes de la S. Misa, después de haber recordado, como dicho antes, las intenciones por las que se tenía que ofrecerla, inevitablemente pasaba a hablar de la SS. Comunión, para excitar en el alma el fervor. En las fiestas, y, algunas veces, en los días laborables, añadía un adecuado coloquio en seguida después de la Comunión, en que transmitía en sus hijos todo el fuego de su alma por Jesús Sacramentado.

Era riguroso en pretender la preparación y especialmente la acción de gracias de la SS. Comunión, «a la que tiene que seguir no un solo agradecimiento pasajero, sino un conjunto de acciones de gracias, que consecuentemente se tienen que transformarse en una acción de gracias de todo el día, hasta el tiempo de la otra SS.

Comunión». Y detalla minuciosamente en qué modo estas diversas acciones de gracias se tienen que hacer, así que toda la vida del Rogacionista y de la Hija del Divino Celo, en cualquier manera transcurra, tiene que ser una perenne preparación y acción de gracias de la SS. Comunión.

CAPÍTULO XVI

¡MARÍA!

1. *El nombre de María*

*¡Dulce María! Tú el aliento
De sus suspiros ardientes,
Tú, luz en que él, espléndido,
Alumbró los pueblos:
De sí te hizo árbitra,
¡Trajo cada corazón a Ti!*

Esta estrofa, que el Siervo de Dios cantó en el himno a S. Luis M. Griñón de Montfort, se aplica a él mismo en la plenitud de su sentido. Él amó siempre la Virgen con ternura y fervor y trabajó incansablemente para que fuera amada por todos: era un alma

totalmente mariana.

La piedad de sus padres imponía a todos los hijos como segundo nombre el de María; al nuestro, en cambio, ello resulta como primero, sea en el bautismo sea en el estado civil. Indudablemente hubo una equivocación, pero el Siervo de Dios gozaba por ello y santamente se gloriaba: “Pienso, nos decía, que el demonio tuvo que hervir por la rabia, porque así la Virgen demostraba tomarme bajo su particular protección, sin la cual no podría salvarme”.

Con el amor de Jesús fue siempre creciendo en su corazón el de María: dos amores indisolubles, como indisolubles quería aquellos nombres; y de aquí su saludo y el que introdujo en sus comunidades: *¡Alabados sean Jesús y María!*

Quiso que todas sus Hermanas llevasen el nombre augusto de María; pero para ello tienen que presentar especial petición – *instanter, instantius, instantissime* – y él lo concede con especial decreto; y esta concesión tiene que comprometerlas en un amor particular a la SS. Virgen con la imitación de sus virtudes y la perfecta observancia regular, pena el retiro de la concesión.

Les dio el hábito café para confiarlas a Nuestra Señora del Carmelo y la cinta agustina para recordar justamente la *Virgen de la Cinta*.

Para atraer mayormente sobre sí la protección de la SS. Virgen, se hizo terciario Carmelita; más bien, cuando aún no le parecía definitiva la llamada del Señor a Aviñón, pensaba hasta de entrar en la Orden del Carmelo, «después de la entrega de la pequeña Obra Piadosa a un escogido». Su humildad no le hacía ver que el escogido era justamente él: renunció a su sueño, pero en el espíritu permaneció siempre carmelita.

2. *El Cantor de María*

Puso su inspiración poética a servicio de la Virgen. En 1868 prometía:

*En mis versos te cantaré
¡Reina Santa, inmortal!*

Y la cantó durante unos sesenta años, deponiendo su lira a los pies de la *Reina sentada a la derecha del Rey*, en la contemplación de una madre que es toda bondad y clemencia:

*De la derecha del Dios Redentor
A ti pasa el cetro poderoso
Tú inclínalo compuesta de amor
Sobre tus hijos orantes, clemente:
¡Sepa cada uno qué Madre rezó!*

Y sus cantos marianos no se cuentan, en los títulos más diversos y más bonitos.

Siendo joven, fundó en la parroquia de S. María del Arco la asociación piadosa de la Virgen *Estrella Matutina*; y publicó un librito de oraciones y versos para explicar este título.

Frecuentaba de niño la iglesia de la Meced, cerca de su casa, y fue siempre fiel a esta devoción.

3. *El apóstol de María*

Siendo clérigo predicó durante varios años, todos los sábados, las glorias de la Virgen en la iglesia parroquial de S. Lorenzo y en

1876 – ya lo dijimos – predicó allí el mes de mayo, introduciendo en Mesina la devoción a Nuestra Señora de Lourdes, concluyendo aquí también con la erección de la Cofradía y la publicación de un opúsculo sobre la Virgen.

Estudió profundamente las *Glorias de María* de S. Alfonso y la *Historia de los Santuarios Marianos de todo el mundo* de Vico en 12 volúmenes, y así no le faltaban nunca sólidos argumentos o ejemplos en la predicación.

Él declaraba: «Es dulce y suave hablar de Ella, cuyo nombre es un panal de miel, cuyas veneradas imágenes raptan el corazón, cuya divina memoria hace enamorar».

Empezando un año la predicación del mes de mayo se proclamaba feliz de poder soltar la lengua «para alabanza de Aquella – declaraba – por la Cual con mucho gusto daría mi sangre».

Conservamos muchos volúmenes de sermones sobre la Virgen: por la mayor parte se trata de esquemas, que luego su fe y su amor traducían en palabra viva y flameante. No puedo olvidar lo que decía el P. Narbone S.J.: “Recuerdo un panegírico a la Virgen de la Escalera. Fue una obra maestra: lo que encantaba, sobre todo, era su sentido de amor filial a la Virgen”.

4. *Confianza filial*

Y este amor filial se revela sobre todo en la confianza con la que recurría a Ella.

Pide a la Virgen su conversión: «Madre toda pura, Madre toda bella, Madre toda santa, inspiradme un santo horror a toda culpa, aunque levisima, y convertidme; convertidme a Dios, convertidme a Jesús bendito... convertidme al perfecto cumplimiento de su

soberana voluntad».

Con el máximo fervor a Ella pide las virtudes que necesita: «¡Por favor! Madre mía santísima, Maestra divina de todas las virtudes, os suplico, hacedme caminar en aquel camino en el que consiga mi santificación, la santificación de las almas, el incremento de esta Obra Piadosa del Corazón SS. de Jesús, y llegue a la suspirada unión de amor con mi sumo Bien».

En las necesidades de la Obra, el recurso infalible lo halla recurriendo a la Virgen. En los primeros tiempos de su apostolado, por la multitud de Aviñón hacía cantar a la SS. Virgen *Madre de los pobres*:

*Somos oprimidos y derelictos,
En la mesa el pan nos falta,
Y nuestra vida cansada,
Entre los afanes se va.
Bella Madre de los afligidos,
¡De nosotros ten piedad!
Ruge el viento y la tempestad
Se derrama sobre los techos:
Oh María, si no te apresuras
Este invierno se morirá:
bella Madre y Madre verdadera
¡De nosotros ten piedad!*

Y luego, según los casos: «¡Por favor! ¡Tened piedad de nosotros, oh poderosísima Emperadora, salvadnos! Mañana no tenemos más pan, no tenemos más pasta, no tenemos más entradas». Y aún: «¡Madre de los pobres, de los huérfanos, de las vírgenes, de los sacerdotes, tened piedad de nosotros! Todas las

puertas están cerradas, ¡Puerta de los cielos, abríos por nosotros!».

Y las oraciones que le dirige por las Vocaciones: «Mirad, oh Madre santa, cómo perecen muchas pobres almas, porque no hay el que las salve: mirad, oh Madre piadosa, cómo la inocencia hace naufragio, porque faltan los Buenos Trabajadores, que cultivan los tiernos brotes... Vos sois, oh Madre, la Reina de los Apóstoles y por vuestra intercesión vino toda vocación...».

Ruega por la Iglesia, sacudida por las tempestades: «No puede perecer, porque el Hijo tuyo juró que no perecerá, pero las almas perecen, pero Satanás devora sus presas. Ven, aplasta su cabeza. Basta con que tú lo quieras, oh Inmaculada María».

En una oración recurre el título que luego fue solemnemente proclamado y vivamente encomendado por S.S. Pablo VI: *María Madre de la Iglesia*.

Por María, todas las gracias. «Es verdad – escribe – que cuando Dios cierra, según dice la S. Escritura, nadie abre; pero creo que sea exceptuada la SS. Virgen, que abre o cierra a su gusto; ella misma es puerta, por la que pasa toda gracia a nosotros».

Las dudas, las perplejidades, el Siervo de Dios las solucionaba recurriendo a la SS. Virgen. Recordaba a menudo las estrofas de Arici a la Virgen del Buen Consejo. Insiste que el Superior especialmente implore «en todas las circunstancias la ayuda divina en el Nombre SS. de Jesús y las luces de la Bienaventurada Virgen del Buen Consejo»; él destaca: «La invocación de la SS. Virgen del Buen Consejo, hecha con amor y fe, siempre se demostró eficaz más que lo que se crea y abre las inteligencias más torpes».

5. *El «distintivo especial» del Instituto*

La Obra del Siervo de Dios tiene que distinguirse por una

particular devoción a la Virgen: «Especial gloria y característica de la Congregación de los Rogacionistas será la más gran devoción hacia la Madre de Dios... La devoción a la SS. Virgen forma un especial distintivo de este Instituto piadoso», porque sin el amor a la Virgen no es posible la santidad: «He aquí la llama de amor que forma los Santos: aquella llama que no puede separarse del amor de Dios y sin la cual ninguna gracia del Señor puede conseguirse: ¡y digo el amor tierno, profundo y suave hacia la Madre de Dios María SS.! La Señora Inmaculada es Aquella que forma el amor de todos los predestinados».

E insistía: «Entonces reinará Jesús en nuestros corazones cuando el amor de María SS. habrá penetrado en ellos. No se puede amar Jesús si no se ama María; no se puede ir a Jesús sino por medio de María... En verdad, amando y sirviendo esta gran Madre, y *no diversamente*, se puede llegar a conocer, amar y poseer con unión de caridad el Sumo Bien Jesucristo Señor Nuestro, El que tiene que formar nuestro último y supremo fin. *Pero no hallará Jesús el que no busca María, y el que busca María hallará Jesús*».

El espíritu mariano del Instituto es denunciado en seguida en la entrada de una Casa del Siervo de Dios, en que somos acogidos de las imágenes sonrientes del Corazón SS. de Jesús y del Corazón Inmaculado de María, que hacen respectivamente su presentación así: «Yo soy el Dueño de esta Casa y de los que moran en ella y me aman»; y «Yo soy la Dueña de esta Casa y de los que moran en ella y me aman».

Todas las fiestas marianas se tienen que celebrar siempre con el más gran fervor y preparadas con florecillas, sermones, súplicas, cartas dirigidas a la Virgen. Cada primer día del mes, consagración a la SS. Virgen del Perpetuo Socorro; cada sábado es prescrita la abstinencia de la fruta y la meditación sobre la Virgen; diversas

veces en el año se usan vigiliias, por ejemplo, por la Niña María, la Inmaculada, etc. ¡Y no sabemos decir el entusiasmo que suscitaba en los corazones por la Virgen!

Quería estatuas e imágenes de la SS. Virgen bellas, sagradas, devotas, o sea tales para estimular la piedad e impulsar a la oración, recordando de veras a la Virgen, obra maestra de Dios. A una autorizada Revista Mariana que había publicado un cuadro de la Virgen que no le gustaba, no faltó de hacer sus relieves, porque «no reproduce para nada la sublimidad y la excelencia de nuestra gran Señora María, no apareciendo en los lineamentos nada de celestial, sagrado, divino; ni vale que el autor sea famoso, porque la reproducción, repito, falta de aquella estética que, en vez de invitar a la devoción, me parece que la haga, más bien, perder. Si el original es el mismo, quiere decir que el Autor, con todo su valor, hizo algo inconcluyente». Por eso prefería para sus casas la Inmaculada de Cantalamessa que, con sus manos juntas y la actitud recogida, lo raptaba: “Mirad qué bonita, repetía, ¡es la humildad glorificada!”.

6. Industrias espirituales

¡Y las industrias que sabía inventar su piedad para impulsar el amor a la Virgen!

El 2 de julio de 1913 tenía en Oria que inaugurarse justamente una de estas estatuas. La espera se cultivaba en las almas durante mucho tiempo. Hacía falta descubrir la imagen delante de la comunidad, que se recogió en el patio, alrededor de la caja que la contenía. Los monaguillos estaban listos con las velas, la cruz, el cubo con el agua bendita para la procesión: alertados los músicos y los cantores para saludar la Virgen, en seguida a su primer aparecer.

El Siervo de Dios, en sobrepelliz y estola, empieza a manosear, ayudado por otros, con el martillo y los alicates: la caja se abre, los ojos de todos se apuntan... pero, ¡vaya decepción!, la caja está vacía... “Oh – él exclama como mortificado – la Mística Paloma voló, voló...”. Y he aquí que, detrás suyo, se gira por la casa, se busca en todos los rincones del jardín... y finalmente se halla una lucecita en fondo a un pasillo subterráneo, se escucha el arrullo de las palomas... “He aquí, he aquí la *Mística Paloma*... se refugió en un agujero de la piedra”, y entusiasta propone el canto-invitación:

*Levántate, Paloma eterna,
Deja tu pedroso nido,
Sal de los escombros
Como de la sombra el sol.
¿No lo oyes? A Ti elevan
Muchos hijos tuyos el grito,
En el santo Sagrario
¡Te espera el tu Hijo Dios!*

¡Cuántas ternuras para la Virgen! En La Salette nota que las tres estatuas de la SS. Virgen, que representan las tres estaciones, ¡están en la oscuridad! Él envía a aquel Santuario tres Ángeles de bronce con una lámpara en la mano y con esta inscripción: «Los Ángeles de Mesina iluminan entre las tinieblas de estos montes la Reina de los Alpes, la SS. Virgen de La Salette. Oh Madre de Dios, la Ciudad de tu Sagrada Carta te saluda, te ama y te pide misericordia».

En Oria en una puerta de la ciudad halla una estatua de la Virgen completamente decapitada por la tormenta acontecida doce

años antes. Provee en seguida y hace esculpir una cabeza bonita con unos cabellos sueltos; y la Virgen SS. vuelve a sonreír a sus fieles.

Halla el nombre de María en las entradas de las Iglesias, en los escalones de los altares; y provee a sustituirlos a sus costas, y hace una circular a los Obispos para eventuales casos parecidos, para eliminar así – y siempre a sus costas – que el Nombre SS. de María sea aplastado.

7. La Divina Superiora

La Virgen SS. fue proclamada por él Superiora absoluta, efectiva e inmediata, guía y maestra de los Rogacionistas y de las Hijas del Divino Celo, como también el Corazón SS. de Jesús había sido proclamado Superior absoluto, inmediato y efectivo.

De esta proclamación él se espera «los milagros de la gracia, de la verdadera conversión a Jesús y de la adquisición de los hábitos de las santas virtudes».

En efecto, advierte bien sus hijos: «El amor a la SS. Virgen consiste principalmente en la imitación de sus virtudes, especialmente la humildad, la pureza del alma, el amor fuerte y constante para N. S., el celo de su gloria y de la salvación de las almas, una gran caridad y dulzura en todos los encuentros».

8. La S. Esclavitud de amor

Pero el espíritu mariano del Siervo de Dios y de su Obra está principalmente en la práctica interior y exterior de la Santa Esclavitud de amor, enseñada por S. Luis María Griñón de Montfort.

«En el bautismo acontece el principio de esta esclavitud: de esclavos del pecado pasamos a ser esclavos de Jesucristo Nuestro Señor. Sin embargo, no lo podemos ser, si antes no nos hacemos esclavos de amor de María SS. ¡He aquí el secreto! He aquí la obra dictada a S. Luis M. Griñón por el Espíritu Santo. La finalidad de esta esclavitud de amor tiene que ser que María SS. nos haga perfectos esclavos de Jesús Nuestro Señor, para que Lo reconozcamos como Señor y Dios, Lo sirvamos con fidelidad y hagamos, en todo y por todo, su adorable voluntad».

El Siervo de Dios no ignoraba la polémica suscitada por el título *esclavo*, que hace arrugar la nariz a los hombres de nuestro tiempo, idólatras de una libertad sin confines... pero superaba el obstáculo poniendo el acento en el amor, que caracteriza esta esclavitud, que luego, finalmente, no hace que ligarnos más a la Virgen con vínculos de hijos: «Fundamentarlo todo – escribe – en el amor de hijo que, por singular amor a la Madre Reina, quiere hacerse también su esclavo; o sea que la Reina adopta por hijo el esclavo, impulsada por inmenso amor, y el esclavo permanece hijo y esclavo». Y concluye: «¡Oh, felicísima esclavitud! ¡Así nos convertimos todos de Jesús y de María, y Jesús y María nos unirán a sus divinos Corazones y nos participarán sus gracias! Esta sagrada esclavitud es toda esclavitud de amor, con la que nos convertimos mayormente hijos dilectos de Jesús y de María. Esta sagrada esclavitud nos hará crecer en el conocimiento y en el amor de Jesús y de María, y nos obtendrá muchas bendiciones en vida y nos hará eternamente felices si seremos fieles y perseverantes».

S. Luis M. Griñón advierte que llegará al último escalón de esta devoción y morará allí en modo estable «sólo el a que el Espíritu de Jesucristo desvelará este secreto: el alma muy fiel que allí llevará Él mismo para que progrese de virtudes en virtudes, de

gracias en gracias, de luces en luces, y llegue a la transformación de sí misma en Jesucristo y en la plenitud de su edad en la tierra y de su gloria en el Cielo».

Creemos que una de estas almas afortunadas fue justamente nuestro Siervo de Dios.

CAPÍTULO XVII

LA CARIDAD

1. La virtud propia del Siervo de Dios

La virtud propia del Siervo de Dios, la que dominaba sobre las demás virtudes y da el carácter a su figura, la fisionomía propia a su apostolado es la caridad.

«Él es un sacerdote – dice el P. Nalbone – que se olvidó de sí mismo, humilde y manso, con una pobreza franciscana, con una íntima vida interior y piedad singular»; pero «la caridad hacia los pobres formaba la característica, así que, para indicar un hombre caritativo se decía y se dice hasta ahora: “Es otro Can. Di Francia”».

Hallamos afirmado en él repetidamente: «Fue excelente e insuperable en la caridad; fue un héroe de la caridad, un genio de la caridad». Así que, justamente, él se pone en la misma línea de

los grandes campeones que alumbraron la Iglesia en estos últimos tiempos: Cottolengo, don Bosco, P. Ludovico de Casoria, don Guanella, don Orione, P. Cusmano.

Él hallaba la alegría, la felicidad, la vida en entregar y en entregarse.

2. *La entrega de su vida*

Antes de todo, para el bien espiritual del prójimo.

Amó inmensamente las almas: «Estimaré talmente las almas, que, por la salvación de una sola, creeré bien de emplear mi vida, incluso también cuando fuera toda llena de padecimientos, de obras y de sacrificios, recordando aquella enseñanza de los santos, lo que Jesucristo Nuestro Señor tanto ama una sola alma cuanto ama todas las almas juntas y que si en el mundo hubiese estado una sola alma, para esta alma sola Nuestro Señor hubiera sufrido pasión y muerte».

Remonta al 3 de mayo de 1880 la ofrenda de sí mismo, deseando destruirse y deshacerse para la gloria de Dios; y pide desconsolado al Señor: «¿Por qué no sé amaros? ¿Por qué no todos os aman? ¿Por qué no todos os sirven, os obedecen y satisfacen?». Reconoce la necesidad que Mesina tiene de un apóstol que la transforme, la regenere «actuando la conversión de los pecadores y la santificación de los justos»; y gime en el hondo del corazón: «¡Envía, envía, oh Señor, el que tienes que enviar! (...) De los tesoros de vuestra infinita bondad, enviad a Mesina un verdadero apóstol, prevenido por vuestras bendiciones: un sacerdote puro, casto, inmaculado, sencillo, manso, sobrio, justo, prudente, lleno de Espíritu Santo, lleno de entrañas de misericordia, de fortaleza y constancia, lleno de ciencia de los santos y de toda doctrina

eclesiástica y literaria para cumplir en el modo más digno de vuestra gloria su sublime ministerio». Y termina con la generosa ofrenda: «Si para suscitar este sacerdote según vuestro Corazón, Vos queréis, oh Dios mío, la entrega de mi vida, he aquí que os la ofrezco ahora mismo... Aceptad, oh, clementísimo Señor, esta entrega mía: hacedme desaparecer de la tierra, y en mi lugar poned este apóstol deseado, este sacerdote fiel, que actúe según vuestro corazón. ¡Envía, oh, Señor, el que tienes que enviar!».

Podemos pensar fundamentalmente que la súplica fue acogida: y el sacerdote deseado, el apóstol indicado, sea justamente él.

3. Recurriendo siempre al P. Francia

En Mesina no se sabía concebir una obra de bien pública que no fuera ligada de alguna manera al Padre Francia, incluso para el apoyo moral y el vivo ánimo, además de la aportación material en generosas ofrendas que, en las ocasiones, no hacía faltar.

Niños para catequizar, dudosos para iluminar, enfermos para consolar, pecadores para convertir, caídos para rehabilitar, matrimonios para arreglar: eran todas cosas que lo interesaban directamente: o corría en seguida llamado o bien se ofrecía espontáneamente.

En casos desesperados de moribundos que rechazaban los Sacramentos, se recurría al P. Francia. Él ponía en oración sus huerfanitos y corría en seguida. Tuvo así unas consolaciones bonitas: entre los otros, el farmacéutico Cananzi y el célebre jurista y político Francisco Faranda fueron por él reconciliados con Dios y asistidos hasta el último momento.

Recuerdo que el senador Ludovico Fulci, conocido miembro y jefe de la masonería, no había hecho bautizar a su hijo. Un día el

Siervo de Dios se presenta al senador, que se declara honrado de la visita del P. Francia y listo para servirlo en todo lo que le pueda ocurrir. Y el Padre, en seguida: “He aquí lo que me ocurre ahora: necesito bautizar a su niño”. Al P. Francia no se podía decir que no; y en el bautismo del hijo, el Siervo de Dios pronto añadió la legitimación del matrimonio de los padres.

En su tiempo, el Siervo de Dios quiso preparar personalmente su ahijado a la primera Comunión y lo acompañó al altar en la función que quiso solemne, celebrada por el P. Vitale.

4. Con el Prof. Tomás Cannizzaro

Frecuentes relaciones él tenía con el poeta y literato mesinés Tomás Cannizzaro, que recibía con mucho gusto el P. Francia. Él se profesaba ateo, y así los discursos, las discusiones, iniciados generalmente con la lectura de versos que mutuamente se intercambiaban, bajaban en seguida en el terreno religioso. Su óptima hija nos dio copia de una carta del Siervo de Dios a su Padre, en que le ilustra la divinidad de Jesucristo.

El Profesor había declarado de reconocer a Jesucristo como sublime hijo de María; y el Padre insiste: «Usted, ¿de dónde saca el conocimiento de Jesucristo como hombre sublime, que echó a los fariseos, que consoló a los afligidos, etc.? Seguramente del Evangelio. En verdad, los santos Evangelios están llenos de la divinidad de Jesucristo... Los Evangelistas nos lo presentan en toda su vida como Hombre y como Dios. Nació niño en la gruta: he aquí el Hombre. Los Ángeles en la gruta bajan y cantan, y un Ángel lo anuncia a los pastores, diciéndoles: “Os doy una noticia de inmenso gozo: nació el Salvador del mundo. He aquí Dios. Con treinta años entra en Jerusalén, predica y consuela los afligidos: he aquí el

Hombre. Actúa milagros muy asombrosos, resucitando los muertos, multiplicando los panes, etc.: he aquí Dios. Los judíos lo calumnian y Él calla: he aquí el Hombre. Sus discípulos con el solo nombre de Jesús expulsan los demonios y curan los enfermos: he aquí Dios.».

Y siguiendo así, llega a la conclusión:

«Yo le deseo, pues, profesor muy querido, que la Fe en Jesucristo entre luminosa y espléndida en su mente y en su corazón, y allí encienda la llama bonita de amor divino por Jesucristo verdadero Hombre y verdadero Dios: y esta luz y este fuego sean tales que su conversión a la verdadera Fe sea entera, completa, perfecta, universal, para que la Fe pueda librarlo de la eterna perdición y llevarlo a la eterna salvación».

El profesor murió durante una ausencia del Siervo de Dios de Mesina, reconciliado con Dios. Las oraciones del Padre no fueron en vano.

5. *La «Carta a los Amigos»*

Cannizzaro fue «hombre de mucha bondad natural, recto, incapaz de ofender a cualquiera», como escribe el P. Di Francia; que extiende su pensamiento a muchos y muchos, que en hecho de religión se proclaman ateos o indiferentes, pero que no rechazarían una buena palabra, que abrirían la mente y el corazón a la verdad revelada, que podrían, en resumen, ser conquistados por Dios, mediante la gracia, si encontraran un amigo sincero que se interesara de ellos.

De aquí viene la idea de su *Carta a los amigos*: un opúsculo que hizo imprimir, en que, ilustrando en manera sencilla y llana las verdades de la doctrina cristiana, invita sus lectores a pensar en

serio en el gran problema de la salvación del alma, que es luego el objetivo final de la vida.

La dirige «a sus amigos y señores, que él ama como sí mismo y cuyo bienestar y felicidad desea y anhela como de sí mismo». Y dirigiéndose a un específico destinatario, explica: esta carta «la pensé para aquellos hombres de los que, o por mi conocimiento personal, o bien por relaciones ajenas, o bien por fama, supe que tienen dones admirables de mente y corazón, pareciéndome los más bien dispuestos para recibir las puras expresiones de mi corazón, con pura imparcialidad de la más recta razón».

La carta fue enviada a toda Mesina intelectual, y también a extranjeros, en los ambientes hostiles o indiferentes en el campo religioso; y nos consta que por doquier fue recibida con respeto y, quiera el buen Dios, también con fruto.

6. *El interés supremo: la salvación de las almas*

Ponía siempre delante los argumentos de la fe, porque para él el interés supremo era la salvación de las almas.

Cuando, en 1923, se instituyó en Mesina por primera vez el *Concurso de belleza*, él publicó en *La Scintilla* una fiera protesta, que termina con una vigorosa llamada de atención en la «severísima cuenta que de aquí al breve fin de la vida tenemos que dar de nuestra acción a aquel Soberano Juez, ¡que dijo que es mejor ponerse una piedra de molino al cuello y echarse al mar, en vez de ser causa de escándalo a los inocentes! Y después del fiero pasaje de este mundo, el encuentro de una eternidad feliz para los observantes de la divina ley, para los practicantes de la santísima religión de Jesucristo, e infelicísima para el que vivió ajeno de Dios y de sus deberes religiosos, y que luego, en un momento, como

cuenta el Evangelio, cae en el infierno».

7. Entregar y entregarse

Entregar y entregarse era la vida del Siervo de Dios, no sólo para las almas sino también por las necesidades del prójimo.

Escribió: «Recuerden los Rogacionistas que nuestra Obra Piadosa nació con esta santa misión de dar, y cuánto más demos, tanto más el Señor nos dará, habiendo dicho: *unum datis et centum accipietis et vitam æternam possidebitis*: por uno que daréis os será dado el céntuplo y la vida eterna». Y enseñaba: «Si por un lado tenemos que buscarnos los medios de la subsistencia para nosotros y las Obras, por otra parte, tenemos que homenajear aquella palabra del Divino Redentor: *beatius est magis dare quam accipere* (Hch 20, 35). Esta fe en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo nos hará recordar lo que Él mismo declaró cuando dijo: *quidquid fecistis uni ex minimis meis, mihi fecistis* (Mt 25, 40)». Estas divinas palabras constituyen el programa de la vida del Siervo de Dios. Todo y siempre quiere repartir: pan, dinero, vestidos; y cuando no tiene ya en absoluto nada para dar, dará la sonrisa, la buena palabra y la esperanza de dar mañana; hará sentir toda su angustia de no poder dar en el momento: se siente él mortificado.

En sus casas cada día tiene que estar la caldera para los pobres, nunca nadie tiene que ser despedido sin haber sido socorrido. Habiendo sabido que una vez una superiora había despedido un pobre con las manos vacías, porque, siendo la casa en sus comienzos, en aquel momento no se hallaba justamente nada, no quiso pasar por buena la excusa e impuso que se hiciera una novena de caridad; o sea una ayuda extraordinaria durante nueve días a todos los pobres que se presentaban, que, habiéndolo conocido, en

aquellos días no fueron pocos.

Literalmente verdadero lo que de él mismo escribía con sencillez: «me parecía tener un vínculo de santa amistad con todos en la tierra... ricos o pobres, señores y obreros, humilde y pobre gente o alta aristocracia. Vi a un hermano, a un señor mío en cada uno, y lo que deseé mejor para mí, en esta vida y en la otra, lo deseé igualmente para todos».

Su corazón era inmenso: las penas de todos allí hallaban el eco de una compasión efectiva y las lágrimas de todos los afligidos bajaban allí cálidas y provocaban aquel río de caridad que iba ensanchando cada vez más sus orillas y seguía con abundancia cada vez más llena y fecundadora. Familias decaídas, obreros sin trabajos, jóvenes en peligros, estudiantes que no podían seguir los estudios por falta de medios, afligidos de todas maneras, perseguidos por desventuras sin nombre y sin amparo: todos recurrían a él, que ponía todas sus horas a disposición de todos, y todos en él hallaban el consolador y el padre.

8. Para los sacerdotes y las comunidades religiosas

Reservaba ternuras más que paternas a los sacerdotes pobres y a las comunidades religiosas.

Escribía para sus hijos: «No se puede no conmoverse y alargar la mano hacia los que pertenecen Nuestro Señor Jesucristo, con gran ilimitada confianza en la divina providencia, cuando se leen las palabras del Profeta Malaquías (3, 10 ss.): “Llevad, todos vosotros, la décima al almacén, para que los de mi casa tengan para comer, y ponedme a prueba, dice el Señor, si yo no abriré las cataratas del Cielo y no derramaré sobre vosotros bendiciones en abundancia. Y por vosotros reprocharé los devoradores (o sea: *haré*

dispersar los insectos que devoran las mieses: las orugas, los saltamontes, etc.) y no dañarán los frutos de vuestros terrenos y no habrá viña estéril en vuestros campos, y dichosos os llamarán todos los pueblos, porque vuestro país será un país envidiable».

9. «Un modo de actuar que parece algo raro»

Se arreglaba según estos principios: y he aquí cómo se justifica ante la petición de explicación, por parte del Visitador Apostólico Mons. Francisco Parrillo.

«Tengo que revelar a V. S. Rev.ma – que para nosotros representa la Suprema Autoridad – un modo de actuar que parece algo raro, como me porté durante cuarenta años y más, que me hallo en el campo de las obras de beneficencia.

«Tuve una gran premura para con los huérfanos y pobres, y está bien; pero tuve una especie de presunción de *querer dar*, no sólo para las obras empezadas por mí, sino también para obras buenas de los demás: no sólo para las personas internas acogidas por mí en los Institutos, sino también para pobres mendigos, y especialmente para Casas Religiosas. Confié en aquella divina palabra: *unum datis et centum accipietis*, y en aquella otra: *dad y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante*. Consideré el dar como secreto infalible de continua Providencia.

«Y mi esperanza en Dios nunca fue decepcionada. Nuestro Señor, por su infinita bondad, en cada lado nos sobreabunda con divina providencia. Por lo cual tengo que notar que mis ofrendas, en realidad, en las relaciones de nuestros Institutos y de las personas internas, no se podrían decir sin sentido; *ya que*, por gracia de Dios nunca hice faltar nada, en primer lugar, a los internos; y es

sobre la exuberancia de hoy que se intentó de hacer unas inversiones en el Banco de la *Divina Providencia*, sin mucho *festinare in crastinum*.

«Cerré los ojos especialmente cuando se trató de ayudar religiosas y casas religiosas. ¿Tendría que decirlo? Se lo digo en estrecha confianza: a un Monasterio decaído de Nápoles, llamado de las Monjas de Estrella Matutina, hace unos diez años, di ciento veinte mil liras. A muchos monasterios salesianos de S. Francisco de Sales en Italia y unos en Francia, hacemos donativos que llegan a muchos millares de liras mensuales. Las Salesianas de Bolonia, por graves circunstancias en que se encuentran, tuvieron por nosotros treinta y mil liras. Clarisas, Carmelitas, Dominicicas, etc. tienen ayudas mensuales, dados los tristes tiempos en que las monjas de clausura perecen y son las verdaderas *víctimas del siglo*¹¹».

Así pensaba y actuaba el Siervo de Dios; y la *rareza* y la *presunción* de que humildemente se acusa, no le merecerían ciertamente ninguna condena.

El pueblo de Mesina, en cambio, lo había entendido y lo justificaba diferentemente y lo había bautizado con un nombre que respondía perfectamente a su naturaleza: *Padre de los huérfanos y de los pobres*; y no podemos olvidar la palabra significativa cogida en los labios de un plebeyo, en la muerte del Siervo de Dios: “¡Se cerró la boca que nunca dijo no!”.

¹¹ Para entender la importancia de estas beneficencias se tenga presente el valor del dinero en los tiempos del Siervo de Dios.

CAPÍTULO XVIII

ANÉCDOTAS

1. «Me la hicieron llorar... ¡con tres añitos!»

Cerraremos con unas anécdotas que revelan la ternura de su corazón.

En el orfanato de Taormina halla una niñita de tres años que llora desconsoladamente. Se para a mirarla, se enternece y llora. Aprende por la hermana que la niña no quiere leche.

“¡Oh, deja, deja! ¿por qué hacerla llorar así?”

Y, cogida la niña por la mano, la lleva a su habitación, repitiendo con voz acalorada: “¡Pobre hija mía, me la contristaron, me la hicieron llorar, con tres añitos!”

Y la devuelve a la hermana sólo después que la sonrisa sincera

y sonora vuelve en los labios de aquella inocente.

2. *«¿Acaso no soy yo vuestro padre?»*

Nuevamente en Taormina. Dos jovencitas sentían particularmente el peso de su desventura: no las llamaban nunca al parlatorio, ni recibían regalos, porque no tenían familiares. Y he aquí que el Siervo de Dios les hace llegar un paquete a cada una, con la invitación: “Vuestro padre os espera en el parlatorio”.

Y, ante el asombro de las chicas:

“¿Y qué?”, protestó “¿acaso no soy yo vuestro padre?”.

3. *«El Señor no nos dejará en ayunas...»*

En Oria una vez se presentó un pobrecillo, al que se halló abriendo la puerta el Siervo de Dios. Él fue al comedor y, recogido el pan de los sitios, como no había otra cosa, lo llevó al pobrecillo.

“Padre”, protestaba el encargado, “Vea que ya es la hora de la comida y no hay pan para la comunidad”.

“El Señor proveerá ciertamente, no nos dejará en ayunas...”.

Mientras la campana de la iglesia suena el Ángelus, una señora viene a la puerta, con un gran cesto de pan caliente recién hecho: pide que un pan sea restituido bendecido por el Padre, y lo que queda vaya a los niños.

4. *Vito Morábito*

Una noche de invierno de 1915 el P. Vitale llegó a Regio muy tarde. Mucha oscuridad, porque había guerra, y lluvia a cántaros. Un portador le tomó las maletas y se ofreció de acompañarlo a un

albergue seguro; pero había gente y se tuvo que trabajar bastante para hallar un sitio.

“¿Y cuánto le dio a aquel pobrecillo?”, pidió en seguida el Padre, cuando conoció el hecho.

“Dos liras, Padre”. Los tiempos entonces eran otros y el pobre hombre había quedado contento.

“Demasiado poco, demasiado poco”, destacó el Padre, “¿Sabe cómo se llama?”.

“Vito Morábito, me dijo”.

Y el siervo de Dios escribió en su libreta: Vito Morábito; añadiendo:

“En cuanto vaya a Regio, lo buscaré en la estación y lo recompensaré”.

Creemos que la recompensa se la dio: estas cosas no escapaban al Padre.

5. *El portador de agua*

Un día un portador de agua, habiendo deslizado, rompió el barril, se hizo daño a un pie y rompió en unas blasfemias.

El Siervo de Dios lo reprochó, amenazándole los divinos castigos. El pobrecillo, confuso, le pidió perdón. Él, entonces le secó la sangre con su pañuelo, lo acompañó a la farmacia más cercana Frasti para la medicación y, habiendo sabido que el barril costaba cinco liras, le dio veinte y cinco para comprar dos de ellos y lo que quedaba lo tuviera para los días de estancia en casa.

6. *«Este infeliz tendrá algo para comer...»*

Una vez el Padre regresó acompañado por un hombre que

llevaba una gran canasta de fruta, ciertamente no de primera calidad.

“Oiga, Padre, ¿qué haremos de todas estas cosas inservibles?”, le objetó el Ecónomo.

“Hijo bendito, este hombre tiene que vivir también: ¿quién quieres que compre esto? Descartaremos lo que haga falta, pero este infeliz tendrá algo para comer”.

7. *«Obligaremos la Providencia»*

En tiempos de estrecheces, hacía falta acrecentar la caridad: era el medio seguro para salir del paso felices.

Un día presenta un joven en paro para asumir como obrero.

“Pero, Padre, sabe bien usted que no tenemos dinero: ¿cómo cubriremos los gastos?”.

“Justamente por esto hace falta que tomemos este pobrecillo: haciendo la caridad obligaremos la Divina Providencia a socorrernos”.

8. *«Ves los milagros de la Providencia»*

Yendo a Roma con el P. Carmelo, entonces estudiante, le pidió cuánto dinero tuviera.

“¡Cien liras, Padre!”.

“Demasiadas pocas: de todas maneras, dámelas”.

Inútil protestar que, al menos cincuenta eran indispensables para el billete de vuelta... las quiso todas: las puso en un sobre y fue a entregárselas a un sacerdote pobre, que había visto en el otro compartimiento del tren.

Mientras tanto un señor pidió al P. Carmelo quién fuera aquel

sacerdote; y, enterándose que se trataba del P. Francia, se alegró de haber encontrado un sacerdote de que había oído hablar muy bien y, volviendo el Padre en su sitio, fue a saludarle entregándole un sobre.

Dentro hallaron mil liras; y el Padre hizo observar al joven: “Ves los milagros de la Providencia: si hubiésemos dado cincuenta liras, habríamos tenido quinientos; en cambio, ¡dimos cien y el Señor nos manda mil!”.

9. Tres Padres Capuchinos

Una noche de invierno, bajo el agua habían bajado a la estación de Oria, con el último tren, tres Padres Capuchinos. Los había encontrado el Hermano nuestro José Antonio Meli y había entendido que, hablando entre ellos, habían decidido de ir al Seminario para alojar.

Como lo supo el Siervo de Dios, reprochó el Hermano por no haber ofrecido la hospitalidad en nuestra Casa, y en seguida quiso que, a pesar de la noche avanzada y la lluvia, con linterna, los fuera a buscar para invitarlos. El Hermano los halló, en efecto, detrás de la puerta del Seminario, que en aquellas horas no se abría.

Aceptaron aquellos buenos Padres, y el Siervo de Dios antes de todo se disculpó mucho, y luego hizo preparar el agua caliente y les quiso lavar los pies. Fue, pues, en búsqueda de mantas para que no sufrieran el frío y, como estas escaseaban, por la pobreza de la Casa, les cedió las suyas.

10. «No quería salir sin darte mi bendición»

En octubre de 1926 se hallaba en Oria: sentía que el fin se

acercaba. No tuvo la fuerza de subir a S. Benito, la Casa femenina, pero invitó las Hermanas a bajar a S. Pascual, la Casa masculina, para darles su bendición. Como la comunidad se formó delante suyo, pidió premuroso: “Y Sammeri, ¿dónde está?”.

Sammeri era una antigua huerfanita que, terminada su educación, no quiso dejar el Instituto, sino que quedó como hija de la casa. El Padre no podía olvidar esta antigua hija. Le fue dicho que había sido imposibilitada a venir porque estaba atormentada por los callos. Envió en seguida a buscarla en carroza.

Y como llegó:

“Hija, ya no vendré a Oria y no quería salir sin darte mi bendición. Por los callos encomiéndate a S. Carlos Borromeo, que sufrió mucho por ellos y es el patrono de esta molestia...”.

11. La ovejita al carnicero

Había visto en el jardín una ovejita, regalada por un bienhechor. He aquí llegar a la puerta un pobre que pide limosna para sí y su familia. Mientras tanto, no hay pan...

Dinero, tampoco: ¡el Siervo de Dios tiene sus bolsillos vacíos!

“¿De qué trabaja este hombre?”.

“Es carnicero, Padre”.

Y le salta en seguida una idea luminosa y su rostro se le enciende por la alegría:

“Muy bien, dadle la ovejita: no puede tener mejor destino”.

12. Un intercambio de platos

Un día ordenó a la cocina una comida festiva.

En la hora precisa entraron los invitados: el descarte de la

humanidad, un grupo de pobres harapientos, que son los *marqueses*, los *príncipes* de su gran fe.

Se sienta contento entre ellos y empieza la fiesta. Pero su vecino tiene, menos que los demás, relación con la higiene y la limpieza, y ensucia aquel plato de pasta con lo que le sale de la nariz y de la boca...

Un instante... y el Padre cambia su plato con el del pobre. La hermana que sirve se da cuenta y sale con un grito de horror... una mirada del Padre le impone de callar, y él vacía el plato con excepcional voracidad.

13. El tío Santiago

Un viejo criado, el *tío Santiago*, había trabajado durante años en la casa; ahora andaba, apoyado con un bastón retorcido y lleno de bultos, lo que se le había ocurrido, pero que no le hacía un buen servicio.

“¡Pobre viejo!”, dijo el Padre en cuanto lo vio, “Así no puede ser, no puede ser”.

Y la primera vez que regresó, llevó un magnífico bastón de lujo, con el mango curvo y cómodo, y corrió en seguida al *tío Santiago*, con un paquete de dulces:

“He aquí, tomadlo todo; lo escogí yo para usted”.

14. «Los pobrecillos son nuestros dueños»

Había bajado en la estación e iba hacia casa en la carroza del Orfanato. Una carrocita humilde, tirada por una yegua humilde, guiada por un humilde religioso.

Con el Siervo de Dios viajaba un Hermano Coadjutor y una

Hermana. Eran casi las doce horas.

En la medida en que se acercaban al Instituto, el Padre se asomaba a la ventanilla y dispensaba sonrisas e inclinaciones, que iban creciendo cada vez más. Pero la Hermana no sabía darse cuenta de aquellos saludos tan respetuosamente cordiales, y pensaba: “¡Cuántos amigos tendrá el Padre en este pueblo! Pero, ¿todos se dieron cita en esta hora? ¿Será posible?”. Y en la primera ocasión echa un vistazo fuera de la ventana y se da cuenta con asombro que era una multitud de pobres sucios y harapientos, que venían del Orfanato después de haber recibido la sopa diaria.

El Siervo de Dios leyó en el pensamiento de la Hermana y: “Hija – dijo – no te impresiones si saludo así: los pobrecillos, ¿acaso no son nuestros dueños?”.

15. La bandada de gorriones

Aún un trato digno de las *Floreillas*.

Había caído nieve en abundancia y, detrás de los cristales de la ventana, el Siervo de Dios, miraba una bandada de gorriones que volaba perdida, en la inútil búsqueda de algo para comer sobre aquella blanca sábana.

“Pobres pajaritos, ¡ellos también son criaturas de Dios!”.

Y llama: “¡Hermano, trae unas migajas para saciar estos animalitos!”.

El Hermano volvió en seguida con abundante provista; y el Padre: “Esto no basta: las semillas se perderán en la nieve”.

Hizo falta que se buscara una tabla, y en la tabla fue preparado el banquete y los pájaros hicieron fiesta para *laude de Dios*.

16. *«¿Le podía decir que no al P. Francia?»*

Un portador había sido despedido por haber manipulado y robado la correspondencia, justamente en daño del Siervo de Dios. Algún día después, el Director Provincial hizo contratar nuevamente el cartero y destruir el informe que a él se refería. Al que le hacía maravillas, confió: “No pudo hacer otra cosa. Ayer llegó a verme el P. Francia, se me arrodilló delante intercediendo por aquel desgraciado con mujer e hijos, etc. «Yo le perdoné y tiene que perdonarlo usted también», protestando que no se habría levantado hasta que no lo hubiese escuchado. ¿Le podía decir que no al P. Francia?”.

17. *«No tiene el valor de venir a verme...»*

Una noche de invierno el Cab. Musicó encuentra el Siervo de Dios en la calle, que iba con el Hermano María Antonio. Ambos cargados de ropa que escondían bajo la capa.

“Padre – le pide el Musicó – ¿qué va haciendo en estas horas, con este frío y el agua?”.

“No se puede pensar en el frío y en el agua cuando en la misma manzana hay una familia que se muere de hambre... No tiene el valor de venir a verme; y hace falta que vaya yo”.

18. *El fin de un blasfemo*

Una anécdota, a la que, lamentablemente, es ligado el recuerdo de un trágico fin.

En la estación de Oria, el Siervo de Dios un día encuentra un operador molesto por la ira, que blasfemaba como un turco.

“¿Por qué blasfemas?”, le pide.

“Perdí la cartera con 50 liras”.

El Padre no se dio cuenta, o disimuló de no darse cuenta del engaño: el trabajador quería aprovechar de su muy conocida caridad.

“He aquí las cincuenta liras; pero no blasfemes más, si quieres evitar el castigo de Dios.

El blasfemo puso el dinero en el bolsillo, pero no cuidó de enmendarse y, lamentablemente, no mucho tiempo después, murió aplastado entre dos amortiguadores de un tren.

19. La mosquitera para la niña

Una vez en Taormina observó que la huerfanita era pálida.

“¿Estás mal?”, pidió.

“Padre, por la noche no puedo dormir por los mosquitos”.

El Siervo de dios llama la superiora y le dice de poner en la cama de la chica la mosquitera que habían preparado para él: “Y cuidado – amonestó – de pedir cuenta a las Educadoras sobre la salud de las niñas”. Y concluyó repitiendo su frase: “La más pequeña de las huerfanitas, vale más que el Fundador y la Madre General”.

20. Los zapatos para Tomás

Entre los pobres que frecuentaban el Convento de S. Pascual en Oria, recordamos un tal Tomás, reducido a la ceguera más por falta de limpieza que por un defecto físico.

Un día el Siervo de Dios lo hizo limpiar y vestir como nuevo. Faltaban, sin embargo, los zapatos, y dio orden de buscarlas entre los muchos pares que estaban en el almacén.

El encargado – Saro Marchese – las prueba todas: no hay adecuadas por Tomás. Y va al Padre a relatar y el Padre: “Ves a la iglesia, reza tres *Pater*, *Ave* y *Gloria* a Jesús Sacramentado, y hallarás los zapatos.

Las oraciones se hacen, pero el resultado es negativo: ¡los zapatos son todos irremediablemente pequeños! Y Marchese vuelve al Padre. Este lo envía nuevamente a rezar con fe...

“Rezar sí – murmura aquel entre los dientes – ¡pero los zapatos no están!”. Y vuelve por tercera o cuarta vez al Padre, desconfiado y no perfectamente calmo.

“Ven conmigo”, le dice el Padre. Van juntos a la iglesia a rezar nuevamente; y luego al almacén, donde Tomás estaba esperando. El Siervo de Dios echa un vistazo al montón de zapatos e, indicando un par, dice resolutivo: “¡Ponte aquellos!”

¡Aquellos zapatos parecían hechos a medida!

Marqués concluye: “Me despedí del Padre y lloré”.

CAPÍTULO XIX

HACIA LA PATRIA

1. El sueño de largos años: una Casa en Roma

En el fin de la vida del Siervo de Dios, el Señor quiso coronar su sueño de largos años: abrir una casa en Roma. Había intentado más veces, y siempre con éxito negativo, bien por una motivación o bien por otra; pero él jamás se cansó: Roma quedaba su meta. «Y esto – escribía – no por humana ambición, – ¡que Dios nos guarde! – pero para poder elevar el sagrado estandarte del olvidado mandato de Nuestro Señor Jesucristo: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*; elevarlo digo, en la Ciudad eterna, que es el centro del Catolicismo, donde está la Suprema Sede de la Iglesia docente, personificada en el Sumo Pontífice, Vicario infalible de Jesucristo, que es la gran depositaria

de toda la doctrina evangélica; y es el *Sumo Pontífice* justamente, según la expresiva palabra del S. Padre Benedicto XV, de santa memoria, cuando fuimos todos ante sus pies, *Él que más que todos tiene que interesarse en este gran Mandato dado por Nuestro Señor Jesucristo*».

Como se nota, ¡siempre el *Rogate!* ¡Su pasión, su fijación, la estrella de su vida!

En octubre de 1924 pudo adquirir un discreto lugar con amplio espacio de terreno, fuera de la puerta S. Juan, en el Barrio Appio en la Circunvalación. El proceso de todas las prácticas para el contrato, un conjunto de excepcionales fatigas para el arreglo del lugar, con la añadidura de la morada en lugar húmedo en tiempo rígido – el invierno de 1924 – sacudieron el organismo ya debilitado más que por los años, por las llamas de su celo. Permaneció cuarenta días en la cama y pudo regresar a Mesina el 15 de diciembre, que hasta estaba deshecho.

El 20 de enero de 1925, día en que Mesina celebraba la fiesta de la Beata Eustoquio, cuando las huerfanitas habían ido a aquella iglesia para rezar la Beata para la curación del Padre, empezó decididamente la recuperación, que permitió al Siervo de Dios de poder muy pronto volver al trabajo y empezar nuevamente los viajes al continente.

Preparó el *Número Único* para la Casa de Roma, que él inauguró por la mañana del 24 de mayo, fiesta de María SS. Auxiliadora, consagrando la Casa al S. Corazón de Jesús y a la SS. Virgen, y presentando a los SS. Corazones el primer huerfanito.

Aquella fundación fue empezada como orfelinato masculino infantil, regentado por las Hijas del Divino Celo.

Pero la salud del Padre ya estaba sacudida: ya no se recuperó; él, sin embargo, hasta lo último no quiso dejar sus actividades: sus

obras, sus huérfanos, permanecieron como constante preocupación de todos sus días y cuando se trataba de actuar para la salvación de las almas, él sacaba energías siempre nuevas de las llamas de su cielo.

2. *¡Nunc dimittis!*

El año 1926 fue para el Siervo de Dios el año de la gran misericordia divina para la Obra: las dos Congregaciones religiosas de los Rogacionistas y de las Hijas del Divino Cielo tuvieron finalmente la autorización canónica.

Y aconteció así.

Había bajado a Mesina Mons. Francisco Parrillo, Auditor de la Sagrada Rota Romana, encargado por la S. Sede para una visita a los Institutos. En verdad él estaba prevenido contra ellos, ni parece que sus prevenciones cayeron tras la visita. Él, sin embargo, había hablado con el Siervo de Dios; y su figura, su actitud, su espíritu lo habían chocado profundamente. Pasó sin dormir una noche agitada...

Cuando el día siguiente el P. Vitale fue para alguna clarificación, Monseñor le abrió total y cándidamente su alma: él pensaba en la supresión de la Obra, pero ya estaba convencido que habría sido ir en contra de la voluntad de Dios: «Esta noche no pude cerrar el ojo: tenía delante mío la figura de un santo, de uno que me decía: ¡Dios está conmigo! Repasé en mi mente lo que había visto y entendido: las palabras del hombre de Dios y el recto fin y el funcionamiento de sus Obras, y oía una voz que me reprochaba mis intenciones. Tuve que convencerme que me equivoqué, y me hallo delante de una Obra santa, que el Señor quiere y que se tiene que favorecer a la fuerza».

Y de vuelta a Roma él mismo se comprometió para la solución de las prácticas necesarias, así que el Arzobispo de Mesina, Mons. Ángel Paíno, el 6 de agosto de aquel año 1926, fiesta de la Transfiguración del Señor y primer viernes de mes, pudo emitir los dos decretos con que instituía las dos Congregaciones religiosas y autorizaba sus Constituciones.

El año 1910, en una carta al P. Palma, el Siervo de Dios había escrito: «Ruego al Señor que pueda decir: *nunc dimittis*... cuando verá florecer la plantita, para que así sea fortalecida para dar sus frutos. Confiemos en el Corazón dulcísimo de Jesús Sumo Bien, en su SS. Madre y en nuestros queridos Ángeles y Santos. Mientras tanto, lo que podamos hacer, ¡hagámoslo en el Nombre SS. de Jesús!».

Él había hecho todo lo que había podido hacer y había ya llegado al *nunc dimittis*...

También en aquel año había hecho su usual visita a las Casas. La noticia de la autorización canónica lo alcanzó en Trani, donde, algún día después, y justamente el 15, fiesta de la Asunción de la SS. Virgen, el Señor le imponía una nueva prueba, llamando al cielo una de las primeras Hermanas y de las más fieles, Sor María Carmela D'Amore. Él la asistió en la enfermedad e hizo un magnífico elogio, que fue publicado.

Luego se fue hasta Roma, pasó nuevamente por Oria y el 15 de octubre regresó a Mesina.

3. *La enfermedad*

La mañana del 24 de enero de 1927 el Padre no se levantó: aquella noche había empezado nuevamente a atormentarlo, y, con altibajos, lo llevó hasta el final.

El 20 de febrero, domingo de Sexagésima, celebró la última vez; desde entonces en adelante, tuvo que contentarse de la SS. Comunión. Era un sacrificio que le costaba mucho, pero él se consolaba:

«Quiero hacer la voluntad de Dios. La voluntad del Señor está encima de todas las cosas, hasta de la S. Misa».

El 15 de marzo, martes, pidió la extremaunción, que le fue administrada, según su deseo, por el P. Ernesto Fochesato, de los Camilos: creía asegurarse así la particular protección de S. Camilo para su hora extrema.

Don Orione, como supo de su enfermedad, el 16 de marzo le envió un «telegrama rebotante de fraterna caridad» al que él contestó como «le decía el corazón». El día siguiente le relata sobre su estado: «estoy imposibilitado para leer, para escribir y pensar mucho. Me hallo entre la vida y la muerte, tanto de día cuanto de noche. No quiero sino lo que quiere Jesús. Muchas oraciones se hacen por mí miserable, pero nueve décimos los pasé a los sufridos como yo, que no tienen mis medios y mis asistencias».

Y algún día después, recibiendo por don Orione la seguridad de oraciones hecha por él delante de la Tumba del Santo en Padua para su curación, el 11 de abril contesta con esta pequeña carta que queda como la despedida del amigo del corazón y pone el sello a todo su epistolario: «Mil gracias por haberme encomendado al glorioso S. Antonio. Mi estado está grave, pero el gran Santo es muy poderoso. Me parece ser un hombre destruido. Vivo en una extrema debilidad. Esfuerzos soberanos para alimentarme. Estado interior: ¡desolaciones espirituales! Antes de todo, *fiat in me voluntas Dei* y el amor de mi Jesús me consume!».

Mientras tanto, aunque entre desolaciones, su espíritu se unía cada vez más íntimamente al Señor. *¡Deo Gratias, Deo Gratias!*,

repetía continuamente, en todas las ocasiones, especialmente en sus dolores y en las adversidades, que no le faltaron hasta el final: “¡Hágase siempre la adorable voluntad de Dios!”.

4. *Fiat, Domine, ¡voluntas tua!*

Escribe su enfermero: «Se deleitaba en escuchar lecturas adecuadas para animarlo a esta suave sumisión y concluía: “Así es: también mi enfermedad es voluntad de Dios, que vigila sobre mí. Estoy bajo la prensa de la divina voluntad. Él cuando le parece, aprieta y relaja mis sufrimientos: *Fiat, Domine, voluntas tua, sicut in caelo et in terra*». Algunas veces rezaba: “Estoy seguro de tus voluntades, sé que mi suerte está ya decretada; pero te pido, oh Señor mi curación con fervor, porque la obediencia de los superiores me lo impone”.

Él ganó ciertamente el mérito de la obediencia, pero Dios quiso el sacrificio.

¡Cuántas lecciones en aquellos días terribles no daba su virtud!

“Hijo – dijo un día a uno de sus sacerdotes – ruego al Señor que no te haga probar jamás este padecer”. Y añadió una vez: “¡Cuánto estoy sufriendo! Nuestro Señor sufre cada vez que ve sufrir a sus escogidos. Pero yo le digo a Jesús: Esto es nada, Jesús, esto es nada; no quiero que sufráis por mí”. Declaraba aún: “¡Cómo se nota el efecto de las oraciones que se hacen por mí! ¡En ciertos momentos el padecer es tan agudo! A pesar de esto, ¡qué fuerza siento en mí: y todo me viene de Nuestro Señor!”.

5. «*Con María aquí en el corazón, ¡la muerte en vida es mudada!*»

Había amado con singularísimo amor la Divina Niña María. «¡Qué guapa estás – había escrito – oh mi Niña celestial, con aquella sonrisa que te toca los labios! Oh, ¿quién me dará que me postre al lado de aquella cuna, para que bese un orlo de la manta que te cubre, así que muera por amor en un relámpago de aquellos ojos purísimos?».

Su piedad supo hallar muchas prácticas geniales para honrarla.

Según la tradición piadosa, la Virgen, entrada con tres años en el Templo de Jerusalén, había permanecido allí 12 años, después de los cuales fue esposa de S. José.

El Siervo de Dios destinó un oratorio de la Casa de Taormina para representar el Templo de Jerusalén, donde la Niña Celestial crecía año tras año. Las Hermanas representaban las niñas judías que estaban en el Templo, que aquí, sin embargo, tenían que servir esta excelsa Señora, Madre y Dueña. El 21 de noviembre era para él una fecha fija: salía de dondequiera estuviese para no faltar a la cita de su Divina Dueña. Cuando la Virgen tocó los quince años, celebró su boda con S. José, y hubo la fiesta en presencia de los Santos Joaquín y Ana. Y aquel oratorio, decorado con la presencia de tan ilustres personajes, se llamó y se llama: “El cuarto de la Divina Superiora”.

Ahora que su Siervo fiel se acercaba al fin de su destierro terrenal, la Niña dulcísima quiso darle un signo de agradecimiento, por el culto tenido por Ella.

Una mañana, algún día antes de su muerte, su rostro se iluminó de repente y su mirada se paró en un punto de la habitación... Él empezó a exclamar cautivado: “Mira, Hermano... ¡qué guapa es la SS. Niña María!”, y permaneció extático en la dulce visión.

Hallaba así atendimiento su oración a la Virgen:

*Ay, en aquella hora sin tregua,
Cuando todo se deshace,
La terrible agonía
Muda entonces en la adorada
Presencia tuya, ¡oh Madre mía!*

La jornada del Siervo de Dios había llegado a su término. La noche del 31 de mayo, tras haber rezado las últimas oraciones con el hermano asistente, Miguelito Lapelosa, se acostó después de haberlo bendecido. Pasó alguna hora con creciente afán y visible sufrimiento. De repente, un temblor sacudió la cama. El Hermano se acercó llamando: “¡Padre! ¡Padre!”, pero el Padre no contestó: ya estaba en agonía, que se prolongó durante toda la noche. Llegado el P. Vitale, empezó en seguida las oraciones de los moribundos, con los religiosos y las hermanas. A las 6 horas, el P. Gandolfo celebró la Misa de los agonizantes. A las 6,30 horas del 1 de junio de 1927, miércoles de la octava de la Ascensión, el siervo bueno y fiel pasaba al descanso eterno.

También esto había cantado, vigilado por la Virgen:

*De la muerte el día se acerca,
De la muerte siento los toques...
¿Quién me vigila?
Oh, la Dilecta
De mi corazón ¡me cierra los ojos!
No se diga en aquel momento:
¡Él muere, se apagó!
Con María en el corazón
¡Muerte en vida se mudó!*

Y nosotros podemos piadosamente creer que esta vida plena, bienaventurada, él ya la goce en el regazo de Dios.

6. *En la espera, recemos*

La noticia de su muerte se difundió en seguida. De la ciudad y de los campos hubo un concurso de multitudes para ver “al santo que duerme”.

Se cierran las tiendas, las paredes están rayadas de negro con grandes carteles que anuncian: «Luto ciudadano por la muerte del Can. go Di Francia», y un río interminable de gente se vuelca en la iglesia para venerar el cadáver.

El Arzobispo de Mesina, Mons. Ángel Paíno, en su declaración escribe: «La luctuosa noticia se abatió en nuestras almas, ¡ay, cuánto nos entristece! Ya no está el Can. Aníbal María Di Francia! Se apagó la más viva flama de caridad cristiana que en un largo orden de años alumbró nuestra tierra. El sacerdote de Dios, que desdeñó las comodidades del mundo, consumido sólo por el celo de las almas, voló al cielo cargado de méritos, llevando en el corazón el palpito para sus huérfanos, para su pueblo de sufridos, para el porvenir cada vez más refulgente y más cristiano de su Mesina».

El Teniente del Alcalde recuerda los ciudadanos: «Un hombre que toda su vida y todo su patrimonio gastó para socorrer los sufrimientos humanos; que con cristiana humildad y con sublime espíritu de humanidad realizó y erigió obras grandiosas de pública asistencia; que durante cincuenta años batió puerta tras puerta para recoger la flor de la caridad; un hombre cuya existencia fue toda una misión y un sacrificio; un hombre echo así no desaparece sin dejar un surco profundo, un rastro brillante de reconocimiento

ciudadano y de unánime veneración». Mesina en aquellos días vivió toda la íntima profundidad de este luto, y el *Osservatore Romano* escribía:

«Mesina lloró como jamás lloró».

Los entierros el sábado 4 de junio fueron un triunfo, con la intervención de todas las cofradías de la ciudad, de las escuelas, Órdenes religiosas, Seminario al completo, larga cola de Sacerdotes, Capítulo con a cabo el Arzobispo, Autoridades civiles y militares: procesión imponente que se extendía en un par de kilómetros. Y luego, el gentío enorme, desbordante: Mesina estaba toda allí con sus doscientos mil habitantes, repartidos a lo largo de las calles de la procesión, para saludar reverente y conmovida los despojos de este su gran Hijo.

Y recordemos las palabras escritas veinte y cinco años antes por el sacerdote Silvio Cucinotta, a propósito de los carros militares usados por el paseo de beneficencia: «Otro día otro carro llevará los despojos de él... Entonces de los balcones y de las terrazas y azoteas, en el triunfo de la hora, lloverán rosas y lirios...».

Ahora los restos benditos descansan en el artístico templo fundado por él.

Su fama de santidad va siempre creciendo y los Procesos Ordinarios para su beatificación ya pasaron el examen de la S. Congregación de los Ritos.

Roguemos al Señor que se digne glorificar en la tierra a su Siervo fiel.

ÍNDICE

PREFACIO	9
CAPÍTULO I - LA VIDA SEGLAR	
1. El primer y el último encuentro	11
2. En el colegio San Nicolau.....	14
3. El abrazo del pobrecillo	16
4. En la escuela de Bisazza	16
5. El apostolado de la prensa.....	17
6. «Justicia para la inocencia»	18
7. Una bofetada bien puesta.....	19
CAPÍTULO II - EL CLERICATO	
1. La Vocación.....	21
2. «Oh, ¡si hubiese aún santos!»	23
3. Apostolado de la palabra.....	24
4. Colaboración en la PAROLA CATTOLICA.....	25
5. «¡Rogad el Dueño de la mies!».....	27
6. ¡Sacerdote!	28
CAPÍTULO III - EN EL BARRIO AVIÑÓN	
1. ¡Las Gardenias de Cumía!	30
2. El encuentro con Zancone.....	31

3.	La «tierra maldita»	31
4.	Mano a la obra	33
5.	Las relaciones con el P. Cusmano.....	34
6.	Los primeros asilos	35
7.	Entre espinos y tribulaciones, el Rogate	36
8.	Es una obra sui generis	37
9.	Vio y besó a Jesús	39
10.	Abogado de los pobres.....	40

CAPÍTULO IV - LAS DIFICULTADES

1.	Es Dios que planta, no el hombre	42
2.	«Madre... ¡aconséjame!».....	44
3.	Ambiente ingrato	45
4.	Ánimos autoritarios.....	45
5.	La enfermedad de su hermano	46
6.	La lucha para la existencia.....	47
7.	«Oh niños míos, llegará un día...»	48
8.	Los paseos de beneficencia.....	50
9.	El trabajo de los asistidos.....	51
10.	El pensamiento predominante.....	52

CAPÍTULO V - EL APÓSTOL DEL «ROGATE»

1.	«Por el Rogate no digamos nada: ¡se dedicó en ello!» 53	
2.	El divino mandato	55
3.	En el Rogate el gran recurso de la Iglesia.....	56

4.	Soberano, infalible recurso	56
5.	Programa de vida	57
6.	Opportune et importune	58
7.	Todo en función del Rogate	60
8.	Entre el clero y entre los fieles.....	60
9.	Operarii no quiere decir sólo sacerdotes.....	61
10.	El gran medio de todos los bienes.....	62
11.	Oriens ex alto... ..	63
12.	El primer mediodía	64

CAPÍTULO VI - LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS

1.	Canónigo y responsable de los clérigos	66
2.	De una cosa nace la otra.....	67
3.	La visita del P. Cusmano	69
4.	Los Rogacionistas del Corazón de Jesús	70
5.	Las Hijas del Divino Celo.....	72
6.	El año de bendición.....	74

CAPÍTULO VII - EL TERREMOTO DE 1908

1.	Las huérfanas del P. Sóllima	79
2.	«En treinta segundos».....	80
3.	No es casualidad ni naturaleza.....	81
4.	Azote de Dios más veces preanunciado.....	81
5.	La protección divina sobre los Institutos	83
6.	Las víctimas	84

7.	«¡Dios mío! Mi Mesina... ¡mis hijos!»	85
8.	«¡María nos quiere hacer resurgir!».....	86
9.	Las primeras relaciones con don Orione.....	87
10.	«La S. V. es proclamada nuestro Director General»	89

CAPÍTULO VIII - EL DESARROLLO DE LOS INSTITUTOS

1.	En tierra de Apulia	91
2.	Dos afectos contrarios.....	92
3.	Las bendiciones de S. Pío X	93
4.	En San Pier Niceto	94
5.	Los criterios para las fundaciones.....	95
6.	Las fundaciones en los pequeños centros	96
7.	En Trani	97
8.	Durante la guerra.....	98
9.	El templo de la Rogación Evangélica	99

CAPÍTULO IX - EL EDUCADOR

1.	Fin de la educación	101
2.	El fundamento: la religión	102
3.	Antes de todo, la piedad.....	103
4.	El ejemplo del educador.....	104
5.	Espíritu de sacrificio	104
6.	Normas educativas	105
7.	Castigos y premios.....	107
8.	El trabajo	108

CAPÍTULO X - EL PADRE

1. «Me llaman Padre...» 110
2. «En hecho de higiene, presumo un poco...» 112
3. Entre los niños..... 112
4. Corregir y animar 114
5. Con sus hijos soldados 115
6. «¡Jamás fui tan afligido!» 118
7. Las Hijas del Divino Celo en Padua 120
8. La española 121

CAPÍTULO XI - MÁS ALLÁ DEL RECINTO

1. Jamás se echó atrás 123
2. Hace falta predicar Jesucristo Crucificado 124
3. Su elocuencia 126
4. En las grandes ocasiones..... 127
5. La conmemoración de Ludovico Windthorst 129
6. Las Gertrudinas del Sagrado Corazón 133
7. Las Hijas del Sagrado Costado 134

CAPÍTULO XII - EL PAN DE S. ANTONIO

1. Las estrecheces económicas..... 136
2. «Yo soy cura...» 137
3. Todos los necesitados recurrían a él 138
4. Una acusación que disgusta 139
5. Las deudas y los acreedores 141

6.	La Providencia siempre intervenía.....	141
7.	El primer conocimiento con S. Antonio	144
8.	El cólera de 1887	144
9.	Los Orfelinatos Antonianos	145
CAPÍTULO XIII - «FE Y POESÍA»		
1.	Un poco de vena del Parnaso	148
2.	«Escribí... porque sentía la inspiración»	149
3.	Su programa	150
4.	Los himnos del 1º de julio	151
5.	Algún ensayo	153
6.	Poema en prosa	155
7.	¡Sine labe!	156
CAPÍTULO XIV - SU VIDA INTERIOR		
1.	El espíritu de fe	159
2.	«Antes de todo, ¡obediencia a la S. Madre Iglesia!» .	160
3.	Los votos de la confianza.....	163
4.	Espíritu de oración	163
5.	Humildad.....	166
6.	Mortificación.....	169
7.	Pobreza.....	171
8.	Castidad.....	173
9.	Obediencia	173
CAPÍTULO XV - ¡JESÚS!		

1.	«¡Enamoraos de Jesucristo!»	175
2.	SS. Nombre	176
3.	El Niño Jesús.....	176
4.	La Pasión.....	177
5.	La Preciosísima Sangre.....	178
6.	El Sagrado Corazón	179
7.	«¡Ad maiorem consolationem Cordis Jesu!».....	180
8.	El 1 de julio	181
9.	La S. Misa	183
10.	La SS. Comunión	184
CAPÍTULO XVI - ¡MARÍA!		
1.	El nombre de María	188
2.	El Cantor de María.....	190
3.	El apóstol de María	190
4.	Confianza filial.....	191
5.	El «distintivo especial» del Instituto.....	193
6.	Industrias espirituales.....	195
7.	La Divina Superiora	197
8.	La S. Esclavitud de amor	197
CAPÍTULO XVII - LA CARIDAD		
1.	La virtud propia del Siervo de Dios	200
2.	La entrega de su vida	201
3.	Recurriendo siempre al P. Francia	202

4.	Con el Prof. Tomás Cannizzaro	203
5.	La «Carta a los Amigos».....	204
6.	El interés supremo: la salvación de las almas	205
7.	Entregar y entregarse	206
8.	Para los sacerdotes y las comunidades religiosas	207
9.	«Un modo de actuar que parece algo raro»	208

CAPÍTULO XVIII - ANÉCDOTAS

1.	«Me la hicieron llorar... ¡con tres añitos!».....	210
2.	«¿Acaso no soy yo vuestro padre?».....	211
3.	«El Señor no nos dejará en ayunas...»	211
4.	Vito Morábito.....	211
5.	El portador de agua	212
6.	«Este infeliz tendrá algo para comer...».....	212
7.	«Obligaremos la Providencia».....	213
8.	«Ves los milagros de la Providencia».....	213
9.	Tres Padres Capuchinos.....	214
10.	«No quería salir sin darte mi bendición»	214
11.	La ovejita al carnicero.....	215
12.	Un intercambio de platos	215
13.	El tío Santiago.....	216
14.	«Los pobrecillos son nuestros dueños».....	216
15.	La bandada de gorriones	217
16.	«¿Le podía decir que no al P. Francia?»	218

17.	«No tiene el valor de venir a verme...».....	218
18.	El fin de un blasfemo	218
19.	La mosquitera para la niña	219
20.	Los zapatos para Tomás.....	219
CAPÍTULO XIX - HACIA LA PATRIA		
1.	El sueño de largos años: una Casa en Roma.....	221
2.	¡Nunc dimittis!	223
3.	La enfermedad	224
4.	Fiat, Domine, ¡voluntas tua!	226
5.	«Con María aquí en el corazón, ¡la muerte en vida es mudada!».....	226
6.	En la espera, recemos.....	229
	ÍNDICE	231

Questo volume trascritto a mano da P. Gioacchino Chiapperini nel mese di Aprile

240

2018, corrisponde quasi fedelmente alla II edizione pubblicata con i tipi delle Edizioni Paoline nell'anno 1967, pp. 230.